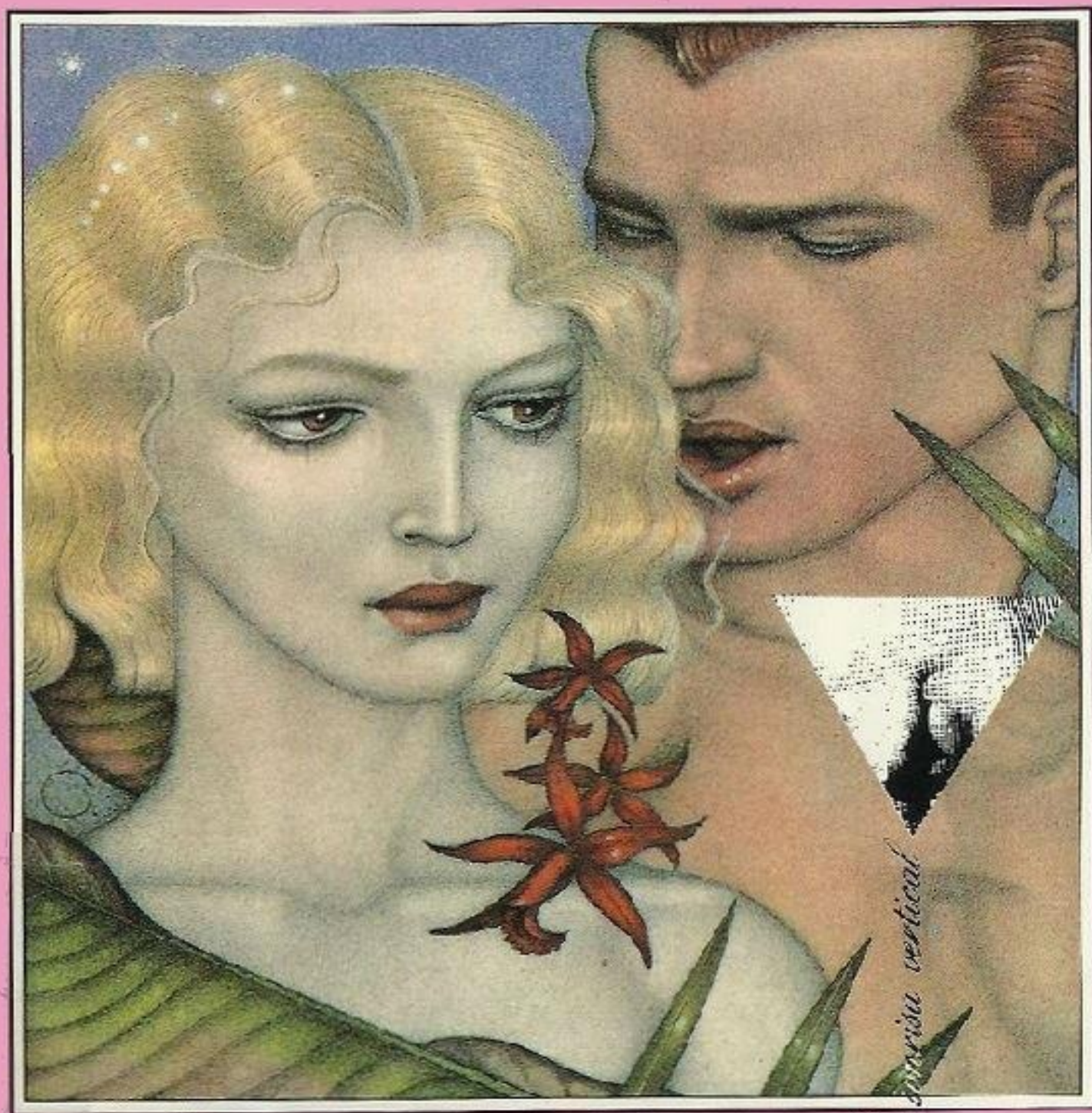


Alberto Bevilacqua

El Eros



La sorpresa vertical
Lectulandia

El Eros es, el hilo rojo que permite al autor hilvanar los fragmentos de un mosaico de historias, reflexiones y episodios autobiográficos. En todos reinan figuras femeninas, algunas nítidamente presentes en la memoria, como la mítica Ada Vitali, que le inicia en el amor a los catorce años, otras evocadas, otra aun inventadas. Porque, como él afirma con emoción, «los hombres insisten en las viejas técnicas, en cambio, las mujeres...». En esta «aventura hecha de aventuras», el autor jamás olvida que tras todo gesto de amor hay un ser que sufre o goza. Solamente así el Eros adquiere sentido; de lo contrario todo se queda en simple gimnástica de cuerpos. Recibir lecciones de conducta de un libertino es una de las agradables sorpresas de este libro, como lo es la lectura de estas páginas intensas, sensuales y a veces dramáticas que no hacen sentir cuán difícil es apresar el misterio del Eros.

Lectulandia

Alberto Bevilacqua

El Eros

La sonrisa vertical - 93

ePub r1.0

Titivillus 27.04.15

Título original: *L'Eros*
Alberto Bevilacqua, 1994
Traducción: Mercedes Corral

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO
E P U B L I B R E

*“Sólo el que sabe es libre,
y más libre el que más sabe...
Sólo la cultura da libertad.*

*No proclaméis la libertad de volar,
sino dad alas;
no la de pensar,
sino dad pensamiento.*

La libertad que hay que dar al pueblo es la cultura.”

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG

Esta aventura...

Esta aventura hecha de tantas aventuras con la que recorro el presente y atravieso a lo largo y a lo ancho el mundo de los sentimientos, mi vida, vibró dentro de mí un día, un amanecer, en el aeropuerto de Roma. Solía ir allí con las primeras luces del alba y me paseaba entre los paneles luminosos que anunciaban las salidas a las más recónditas y remotas ciudades del extranjero.

Me dominaba el deseo de irme, de abandonarlo todo. Pero no sabía adónde: mi deseo no tenía un rostro, era sólo una veleidad infantil.

A veces llegaba incluso a hacer las maletas sólo por el morboso placer que me producía esta ilusión, al que se unía el dolor de dejar atrás sentimientos que parecían alejarse de mí. Los veía como naves distantes a punto de desaparecer en el horizonte, que yo contemplaba desde aquella orilla mía ahora inhabitable.

Me sentía desilusionado, incluso por lo que no debería haberme sentido desilusionado; traicionado, sin saber por quién o por qué, y me equivocaba con las sombras, creyendo reconocer en cada una de ellas una traición al amor que yo ofrecía, que había ofrecido. Me parecía que a mi alrededor solamente existía la volubilidad carnal de las mujeres y la imposibilidad de indagar a fondo en sus secretos: tenía el presentimiento de que incluso las más afectuosas podrían escapármese, antes o después, debido a cualquier contratiempo fatal.

Me hallaba sumido en una soledad a la que no podía resignarme y, sin embargo, la mera idea de reincorporarme a la vida social a la que, como todo el mundo, me veía obligado, me repugnaba y me impelía a irme.

Una mañana, ante un panel luminoso que anunciaba la salida a una lejana ciudad, comprendí qué era lo que me quedaba por hacer; o mejor dicho, qué era lo que a cada uno de nosotros nos quedaba por hacer. No se debe partir movido por un sentimiento de nostalgia a la inversa, y mucho menos por el sentimiento de haber llegado al final, cuando en realidad aún nos quedan vidas de reserva, y batir de alas. Se debe partir movido por el único sentimiento no experimentado anteriormente: el de paz, por fin, y el de reposo; se debe partir con los sentimientos apaciguados, dispuestos como las notas de una partitura, para poder extraer de ellos una bella armonía.

Debía poner en orden mis deseos: viviéndolos, reviviéndolos.

Todo volvió momentáneamente a su lugar. Sentí de nuevo la necesidad de poner en orden mis deseos, de devolverles su esplendor, de liberarles de las pequeñas infamias que nos rodean.

Anoto, vivo, escribo, recuerdo.

Y quizás un día, no muy lejano, parta realmente.

Diálogo con mi amiga A. B.

Con algunas amantes podemos hablar, discutir, incluso evocar recuerdos, y todo ello sin dejar de tener la sensación de estar haciéndonos confidencias a nosotros mismos.

Es como si la amante poseyera nuestras iniciales psicológicas. Descubrimos identidades, una sintonía perfecta:

... Observo su cuerpo con atención. Sus labios aún conservan una sonriente y complacida ambigüedad; y ahora, después de las silenciosas confesiones que acabamos de hacer con nuestros gestos, nos sentimos unidos por el deseo de una confesión verbal.

Ella, leyéndome el pensamiento, me pregunta:

—¿Cuándo fue?

—Ocurrió cuando yo tenía diez años. Me tumbaba en la cama y fantaseaba.

—Cuéntamelo.

—Mis fantasías eran tan intensas, que casi llegaban a convertirse en realidad. Me parecía estar viviendo todo aquello que imaginaba: aquellas figuras femeninas que se aproximaban a mí, sus insinuaciones, los gestos con los que daban vida, en el dormitorio silencioso y en penumbra, a mi primer instinto amoroso; y mi habitación se transformaba en el escenario de un ardiente teatro erótico. Era todavía un niño, pero ya me adentraba despreocupado, con audacia, en aquellas nítidas visiones de gestos y situaciones que, a mi edad, no podía conocer. Parecía que un adulto tomara posesión de mí para recordar las experiencias que él había vivido. Mi edad, suspendida entre la última infancia y la temprana adolescencia, era como las diáfanas alas y la venda en los ojos con las que se representa a Eros, hijo de Marte y de Venus. Pero esa venda no me impedía ver, sino al contrario, me permitía una visión más detallada, pues era el velo de la libido, la esencia misma del placer.

—¿Y después?

—Después, Eros creció y se transformó en mi interior. Ya no era el niño de los mitos antiguos, sino un ávido e insaciable joven que tenía la amabilidad de su madre y la belicosidad de su padre. Diotima, en *El Banquete* de Platón, lo describe así: lleno de energía, aventurero, amante de la poesía, insuperable en sus invenciones sensuales y sexuales. Capaz de prolongar sus arrebatadores juegos gracias a la resistencia y a la fuerza heredadas de su padre... En *El Banquete*, Eros es también el confidente, el ladrón de secretos íntimos, el enemigo de cuantos no comprenden la luz de su poder... De ahí mi *alegría* de entonces.

—Volvamos a las fantasías que tan intensamente vivías en tu habitación silenciosa y en penumbra... Según Freud, el Eros representa la libido narcisista sublimada al principio de realidad y es análogo al instinto de conservación del individuo y de la especie.

—Freud añade que, de ese modo, la libido se convierte en la energía que, precisamente al sublimarse, puede conducirnos a las formas superiores de la vida del espíritu.

En los ojos de mi amiga, leo lo que está pensando, lo que le gustaría preguntarme. Le respondo:

—Sí, ya desde niño, la naturaleza me concedió el privilegio de saborear las delicias del *tiempo detenido* en el excepcional momento en que dos cuerpos se unen.

Ella extiende su brazo, señala una fotografía, la observa. Confirmando su pensamiento:

—Sí, soy yo cuando terna diez años, remando en una barca de mentira. La mujer que está sentada a mi lado es mi madre. En aquellos tiempos se solía fotografiar a los niños sobre fondos pintados.

En el mueble, entre las fotos que más quiero de mi vida, hay una que destaca especialmente.

—¿Y esa mujer?

—Es Albina Savi. De niño, me llevaba a descubrir maravillas a lo largo de los diques del Po. Me hechizaba con su cuerpo, que en mi recuerdo continúa siendo espléndido, y con sus inagotables fantasías. La gente del río decía que era una de las pocas mujeres que tenían un cerebro en la *Siora Luigia*, que es uno de los eufemismos que aquí, en mi tierra, utilizamos para referirnos al órgano sexual femenino. Fue la primera mujer que me contó historias atrevidas, todas ellas de su invención, sobre las curiosidades que estimulan el Eros, al que ella definía como buscar el mar y llegar a verlo incluso sin haberlo encontrado, como esos espejismos que, durante nuestras exploraciones, hacían fluctuar aguas azules donde sólo había áridas extensiones de arena.

»De hecho, ella explicaba: “Estoy dispuesta a todo con tal de vivir una aventura extraordinaria. Da igual que al final no encuentre lo que había soñado, lo importante es el hecho de haber vivido esa aventura”.

»Había recibido una educación religiosa y afirmaba que, dada la ausencia de manifestaciones divinas, se había creado sus propios ídolos terrenales. Tenía multitud de amantes: “La única forma de sobrevivir se encuentra en la vitalidad llevada al límite, no en el transgredir por el mero gusto de transgredir. No conozco el término medio. Y los demás o me aman o me odian visceralmente”.

»Miraba hacia arriba. Se veía a sí misma como la garza de color ceniza que, feliz y libre, alzaba el vuelo desde la vegetación flotante y extendía sus alas en el cielo azul eléctrico. Una nube de halcones la acorralaba inmediatamente. Pero, antes de presentarle batalla, volaban a su alrededor para hacerle comprender que no le

reconocían el derecho a ocupar su territorio. La atacaban por todas partes. Se desplomaba sobre las piedras. Y, haciendo un último intento por levantarse, batía las alas.

»Albina Savi, al ver el ataque sufrido por la garza, decía: “A mí me ocurrirá lo mismo...”.

—¿Qué significado tiene esa mujer en tu memoria?

—Fue la primera mujer por la que sentí respeto, la primera con la que me identifiqué.

»Tomábamos el sol desnudos tumbados en las piedras del arenal y nos bañábamos en las pozas de agua gélida. Yo sabía que todo aquello no volvería a repetirse y que nunca olvidaría la felicidad que nos envolvía, como el agua que corría entre los peñascos. Albina miraba el cielo y, extendiendo el brazo, me atraía hacia su cuerpo.

»Y yo me encontraba frente al sexo de Albina.

—Así pues, aquella mujer fue la primera con la que...

—No. Con ella adquiría todo tal limpidez, que su sexo no me parecía diferente a una de sus manos, a uno de sus blanquísimos y perfectos pies. Albina Savi también decía: “El escándalo se halla en los ojos de quien mira. Está escrito en la Biblia, y es absolutamente cierto...”.

»Tan cierto, que para mí, todavía hoy, continúa siendo una norma de vida.

Mi descubrimiento del sexo femenino no tuvo lugar hasta pasado algún tiempo:

—Ya te lo contaré.

El Eros es un encuentro feliz...

Cuando conozco a una mujer con la que sintonizo, recuerdo las noches en que de niño miraba la Vía Láctea: «Allá en lo alto hay una Vía que se ve cuando el cielo está despejado. Recibe el nombre de Vía Láctea y destaca por su luminosa blancura. Por ella pasan los dioses para acercarse a la morada del Gran Tonante, a su reino».

Así dice Ovidio en sus *Metamorfosis*.

Miraba hacia arriba, sin moverme de la ventana, confiando en que el universo desconocido me enviase, con una presencia, una señal de sí mismo. Reflexionando sobre las *Metamorfosis*, me repetía para mis adentros: «Toda imagen debe superponerse a otra imagen, para adquirir en ella su evidencia. Nos hallamos en un universo donde las formas y las relaciones amorosas celestes intercambian continuamente sus papeles con las formas y las relaciones amorosas terrestres, confundiéndose en una doble espiral».

El Eros vive sus momentos más privilegiados cuando se divierte sorprendiéndonos con inesperados encuentros felices.

El Eros tiene su propia providencia. Y debemos tener una fe libre y profunda en ella.

Crónica de dos amantes cómplices

Los dos amantes se hacen confidencias en medio del silencio:

—Si el Eros carece de alma, la búsqueda es inútil. Para que el sexo llegue a ser erotismo, debe tener un alma, aunque sólo sea un hálito, un rayo de alma; si no, es algo muy pobre. El Eros es sentirse en un estado de confianza, en una identidad bioquímica con el amante, que te permite iluminar el sexo, transformarlo en fantasía, en juego...

—Así pues, ¿requiere esta forma de comunicación entre dos amantes un conocimiento recíproco?

—Sí, pero no en el plano temporal. La frase «Antes debemos conocernos mejor», que pronuncian algunas mujeres, suele ser hipócrita e inopinada. De hecho, todos llevamos dentro una memoria genética en la que las vidas de los que nos han precedido, y que forman parte de la nuestra (la vida de nuestros antepasados a lo largo de miles de años), han ido estratificando en nuestro interior sentimientos y emociones. Un hombre y una mujer se atraen y permiten que el Eros nazca cuando existe entre ellos una identidad de sentimientos y de emociones ya vividos por otros, a lo largo del tiempo, que el presente despierta. Entonces la llamada es irresistible. Esta identidad primordial, de la que podemos no ser conscientes, es a lo que yo llamo *alma* erótica... Puede producirse en el primer encuentro o en uno de los primeros. El Eros es una forma de recordar juntos identidades memorables.

Ella confiesa:

—He pasado de los brazos de un hombre a los de otro. Hubo un tiempo en que estaba dispuesta a ir con cualquiera. Buscaba el Eros. Pero después de estas experiencias me sentía desilusionada, inquieta.

—¿Y cómo te sientes ahora?

Ella le pide que le acaricie los hombros, las caderas, los muslos. Y después que le acaricie el sexo ligeramente, y el sexo se abre, se expande, como cuando con la yema de un dedo se recorre el interior de una flor. Todo cobra una esencialidad y una pureza especial: en la penumbra, los pensamientos y las dudas se disuelven, desaparecen, y el cuerpo se sumerge en una placentera sensación.

—Continúa acariciándome mientras me hablas.

Las palabras, los gestos, adquieren cierta morbosidad. Una morbosidad que se insinúa como una de esas ráfagas de aire tibio que a veces se introducen por las rendijas de las ventanas..., invitando a los silencios y a las confesiones:

—Háblame tú también. Cuéntame algo mientras yo te acaricio. Cuéntame tus

fantasías más ardientes, las experiencias sexuales más fuertes que hayas vivido.

Ella se las cuenta. Después insinúa a su vez:

—Cuéntamelas tú también.

En estos relatos, algunos dulcemente perversos, sobre la intimidad más profunda y secreta, la vida de los dos amantes, nunca revelada, excita, provoca, y llega incluso a producir el sutil dolor de los celos, con una intensidad de otro modo inalcanzable:

—Tengo miedo de hacerte daño.

—Házmelo.

Y después descender la mano a lo largo de su vientre como si en él hubiera minúsculas briznas que tuviera que quitar, y rozar con los dedos las ingles pasando entre el vello del pubis y la piel, los poros apenas húmedos, y luego hacer lo mismo con los labios. En esto consiste el Eros: en amar un sexo porque se le comprende, en dialogar con él como con una mente que se expresa, con la que se produce un intercambio, como la voz de un diálogo en el que se desvelan dos conciencias carnales. Todo esto permite percibir, descubrir el alma en los puntos más huidizos y ocultos, nunca acariciados por los amantes vulgares. Esos puntos que esperan ser desvelados en la armonía del cuerpo y en los más mínimos pliegues. Esos *tres puntos* de los que brota el más intenso placer de la unión.

La mente, con todas sus posibilidades de interpretar, intuir, estimular, se traslada allí, al acto que está realizándose. El respeto mental a un sexo, no el simple disponer de él, es algo esencial.

—Libérate.

Y ella se libera. Los orgasmos. Él los escucha.

Es Eros lanzando sus señales desde el fondo primordial, del mismo modo que desde el fondo astral de una constelación llegan los sonidos de los abismos. A veces, estas señales pueden asustar y convertir en algo violento el encanto, el misterio.

La posesión. El Eros no es, nunca podrá ser, la pura penetración (sería una blasfemia) como creen la mayor parte de los hombres, que alardean de ella como una prueba de fuerza, como una manifestación de virilidad guerrera. Quien se limita a esto, se encuentra en las antípodas del Eros, en la estupidez sexual. Además, en este caso la penetración suele ser rápida. El Eros, por el contrario, es ser dos en uno y vivir esta condición privilegiada, ora imperceptiblemente, ora con intensidad: desde la dulzura, vehemente, de «sentirse» en el adagio de una música contenida, hasta las ascensiones de esa música y la laceración de esa dulzura.

Que todo acabe lo más tarde posible. La capacidad de prolongar la belleza de la partitura musical depende del compañero. La eyaculación es un incidente superfluo. El Eros consiste en el ardor o éxtasis de retrasar, de poder disponer de «la pequeña muerte», como la llaman los orientales. Hay hombres que se liberan enseguida a través del semen, de la potencia acumulada. Son los ciegos y los sordos del Eros.

También hay Eros cuando cada uno de los dos amantes se da cuenta de que no se adelanta ni sigue al otro, sino que marchan al unísono, como si hubieran estado el uno

dentro del otro desde siempre. La precisión infalible de la sintonía. El maravilloso «Te siento»:

—Te siento.

Uno de los momentos más bellos de las horas dedicadas al amor es cuando vemos a la mujer alejarse de la cama y podemos contemplar sus nalgas, sus muslos, su paso, que custodian el placer vivido, antes de que desaparezca furtivamente en el pasillo, en dirección al baño. Es una visión femenina de extraña intensidad, que proporciona consistencia y movimiento al rito de la pausa...

Comer, beber afablemente un vino fresco. Volver a empezar.

Y después, avanzar hacia el amanecer: el uno enlazado a la espalda del otro, el sueño en la mano del hombre posada en el vientre de su compañera, las piernas del uno en contacto con las del otro, perfectamente acopladas; el deseo de la fusión corporal que permanece, el no sentir después extrañeza alguna en el cuerpo del otro. El cuerpo del compañero, o de la compañera, somos nosotros.

Este es un momento sublime del Eros.

Intercambiamos palabras límpidas sobre las pequeñas cosas que nos pertenecen. Ese hablar quedo..., mientras nos aproximamos al sueño. También este tipo de sueño es el Eros, que se transforma por último en la tristeza por la separación...

Ver cómo ella vuelve a vestirse. Sus formas desaparecen. Un momento antes de que los vestidos las oculten, el amante besa su espalda, sus nalgas desnudas, marcadas con las señales de la posesión recíproca, como si quisiera poseerlas por última vez.

La despedida. La sensación de vacío antes de volver a verse.

Mientras esperan a que llegue el ascensor, los besos son diferentes: en ellos comienza a insinuarse la añoranza de una tarde y de una noche bellísimas, ya archivadas en el tiempo. El mutuo abandono adquiere otro carácter. El ascensor, que tarda, se convierte en un elemento de desarmonía. El último beso. Tras la separación, permanece misteriosamente en los labios el perfume de un hálito.

La puerta se cierra. El ascensor se aleja.

El Eros de la pureza

Aquel día dejé de ser un viajero ingenuo.

Fue en África, en la periferia de la antigua Leopoldville...

Las niñas prostitutas se encaminaban hacia un barrio donde serían encerradas en jaulas de hierro para ser vendidas. Me topé por casualidad con ellas en una de esas callejuelas que atraviesan uno de los varios guetos que hay en la ciudad. A la cabeza de la fila iba una niña con una cinta en el pelo. Se detuvo ante mí. Durante el breve instante que el Mercader del Amor le concedió, observó ansiosamente mi mirada, mi figura, con la que el destino la había hecho cruzarse precisamente en aquel camino.

Sus ojos de niña ya tenían el trágico cansancio de una madre maltratada por la vida. En un primer momento no comprendí por qué se había detenido ni la razón de aquella sonrisa que hizo aparecer amargas arrugas en sus labios infantiles. Lo comprendí cuando la pequeña, que era muy bella, alzó su mano derecha para quitarse la cinta que sujetaba sus cabellos.

El Mercader del Amor, obsceno y servil, daba vueltas a mi alrededor invitándome con su horrible francés:

—Viólela... Puede violarlas a todas si quiere.

La niña veía en mí, con tristeza, el futuro que hubiera podido tener como mujer y que no tendría. Dentro de poco desaparecería dentro de una jaula y nadie recordaría que había sido una niña que hubiera podido convertirse en una hermosa mujer. Así pues, se quitó la cinta para dármela a mí, que había aparecido ante ella como la encarnación de sus fantasías y de sus absurdas esperanzas. Quizá pensara que dándome ese mínimo recuerdo suyo, podría evitar que una parte de sí misma se perdiera.

Entre nosotros se produjo un breve diálogo gestual que contenía un adiós a la vida. La cinta pasó de su mano a la mía. Nuestros dedos se encontraron y se enlazaron, sujetando al mismo tiempo la cinta. El mercader obligó a la fila de niñas a moverse. Enrollé la cinta en mis dedos y, dándome la vuelta, le hice un gesto de despedida.

Y, cuando miré hacia atrás, vi que la pequeña, sin dejar de caminar, también se había girado, sonriendo agradecida por aquella cinta que ahora iluminaba, con su color rojo, el único gesto de amor que probablemente le habían dirigido.

Entre las fotografías de las personas a las que he amado durante mucho tiempo, aún conservo esa cinta, recuerdo de aquella criatura con la que me crucé durante apenas unos instantes.

Carta a una compañera para explicarle la «nota de Toscanini»

«... hay momentos —cuando tú no estás y no existen tensiones entre nosotros— en que, pensando en ti, respiro hondo y me dejo invadir por la satisfacción de estar compartiendo contigo mis mejores días. Y es como respirar el aire de una nueva estación. Me invade, gracias a ti, un sentimiento de feliz reciprocidad con las cosas. Salgo a la terraza y respiro hondo contemplando Roma, las cúpulas y los campanarios en el crepúsculo, y el crepúsculo me contempla a mí.

»Son momentos únicos. Cualquier otra pasión —incluida la sed de aventuras que me llevaba a recorrer el mundo, incluidos los cuerpos, que por lo general son como tierras desoladas y vacías indignas de ser exploradas— es sustituida por la idea de que existes.

»Es como si ambos hubiéramos vuelto de largos y azarosos viajes. Un alma no sólo vive por la ilusión de hacer descubrimientos providenciales, como un explorador o un arqueólogo, sino también y sobre todo por la esperanza de poder captar, gracias a un oído milagroso que en Parma llamamos el “oído de Toscanini”, esa nota apenas perceptible, que en algunos momentos resuena como una humilde risita...

»El Eros que nos ha unido, que nos une, también se ha deslizado dentro de nosotros, entre nosotros, como esta nota alegre y llena de una resonancia musical distinta, después de tantos años de sentir el corazón oprimido. Le debemos algo, mucho.

»Me ha cautivado la lealtad con la que has borrado de ti tantas experiencias equivocadas (hasta ahora nunca había creído en la lealtad de cierto tipo de mujeres) y, de ese modo, hemos unido recíprocamente nuestras causas. En este libro encontrarás muchos ejemplos de estas experiencias equivocadas, que son como las de esos niños que, para entretenerse, se tiran por un tobogán o saltan desde lo alto de un montón de heno y, al caerse, les sangra la nariz. Pero esas experiencias ya no te pertenecen, pertenecen al mundo de los otros, a un mundo lleno de gente.

»Por tanto, no debes ofenderte al leerlas. A veces una sola nota, la *nota de Toscanini*, puede cambiar nuestros destinos. Es como pasar de la vigilia al sueño o viceversa. Para quienes hemos tenido la suerte de conquistar una complicidad, una sintonía, el delicado ritmo de unas notas puede convertirse en el ritmo de nuestra propia vida... Me aprietas la mano y siento tus dedos cálidos. En otros tiempos no habrías sido capaz de apretármela, porque tenías los dedos fríos, rígidos. Eran como garras. No te ofendas...

»Pienso en cuando el ser humano se encontró por primera vez con un semejante suyo en la Tierra y, al ser consciente de este encuentro y verse reflejado en el otro, le acarició el rostro y el cuerpo para reconocerse en él.

»La vida se caracteriza por su delirante ingenio, tanto para el bien como para el mal. A veces le bastan sus medios más humildes, como la humedad y el moho, para crear en tomo a un lecho pequeños reinos espectrales, donde las manchas son fastuosos drapeados de sombras, vuelos de querubines negros, damascos que nada tienen que envidiar a los de los “baldaquinos del infierno” del Versalles del Rey Sol.

»Esos drapeados de sombras sobre nuestras cabezas han desaparecido. A algunas privilegiadas les sucede lo que a ti: la mujer de antes, equivocada, cansada, desilusionada y en ciertos aspectos detestable, desaparece y deja paso a una mujer diferente, capaz de modelarse un corazón joven... Lo más importante es poder renacer de las propias cenizas.

»No te ofendas. ¿Qué importancia tiene que yo cuente ciertas cosas? A veces necesitamos hablar cara a cara con Dios o con la idea que tenemos de él. Cuando nos sentimos abrumados por las pequeñas miserias de la humanidad, debemos volver a vemos reflejados en su grandeza, para sentir de nuevo la emoción ante ella, sentimos inspirados y pedirle consejo. De ese modo, podemos estar seguros de volver a encontramos a nosotros mismos...».

Las primeras veces...

Me adentraba furtiva, silenciosamente, en la maleza del bosque. En las extensiones de chopos —mientras el río fluía azul, después verde, después color sangre— surgían de entre los matorrales muchachas que se separaban con feliz indolencia de sus compañeros: por la forma de caminar de sus pies desnudos, podía intuir que acababan de hacer el amor. Cubiertas tan sólo con una camiseta, se dirigían a los arroyos y, una vez dentro, se ponían de cuclillas para lavarse.

Aquellos vientres, que las muchachas mojaban con gestos rápidos, y las nalgas que apoyaban sobre los talones, tenían la forma de los instrumentos musicales que los guitarreros del Valle del Po creaban en sus talleres inmersos en la niebla, con el calor de los antiguos inviernos; en esos talleres, se oía de vez en cuando la campanilla de la puerta, pero por lo general se hallaban sumergidos en un silencio demasiado profundo, que los guitarreros intentaban romper con sus canturreos.

En aquellas mujeres furtivas, como yo, espiaba la redondez de los laúdes, mandolinas y violines, que se intensificaba en los muslos, las rodillas y en la canaladura de las espaldas que se estremecían al contacto del agua.

...

Todavía hoy, suelo dejar una lámpara encendida para no tener que sufrir, al despertarme sobresaltado en mitad de la noche, la pesadilla de haberme quedado ciego. Es una de las pesadillas que me persiguen desde que era un niño. Una vez, durante la guerra, cuando estábamos refugiados en Po, me desperté y no vi ninguna luz; la lámpara se hallaba oculta por la figura, que me pareció gigantesca, de una auxiliar de las Brigadas Negras, que estaba de pie junto a mi cama; en la mano izquierda empuñaba una pistola, mientras que con la mano derecha me retiraba la sábana de encima.

Después, poco a poco, en el halo de luz que envolvía el gesto profanador de la auxiliar, que ahora con la mano enguantada me acariciaba el vientre y me apretaba delicadamente el sexo, vi los ojos de mi madre, sus labios tensos, los dientes afilados y las uñas tan comprimidas que se volvían blancas.

Saltó por detrás de la auxiliar y se arrojó sobre ella y, como una tigresa, le clavó las uñas en la frente. La lámpara volvió a brillar sobre mí con toda su luz, con la impasibilidad protectora de una imagen sagrada.

...

Conservo una fotografía de un sexo femenino.

Lo talló Ligabue^[1] en el tronco de uno los chopos más altos de Baccanello Po. Aún debe de estar allí, porque nadie sabe que es obra de Ligabue. Es una de esas esculturas (él las llamaba así) que el artista diseminaba por los bosques de chopos en los días que nosotros llamábamos *de moto roja*, es decir, los días en los que se hallaba un poco trastornado. El pintor utilizó varias veces a Ada Vitali como modelo de esas pinturas suyas donde los leones, los tigres y los leopardos abren de tal modo sus fauces que parecen querer tragarse el cuadro mismo. Pues bien, muchas de esas fauces son la transfiguración del sexo de Ada Vitali. Ligabue, quien, cuando yo era un muchacho, me tenía mucho afecto, aparecía en el espigón, aceleraba la moto, la hacía encabritarse como un caballo y me decía:

—¡Venga, sube!

Llegábamos al tronco y dábamos una vuelta a su alrededor, yo detrás de él, con su misma circunspección, hasta encontramos delante de la escultura. El aparato genital había sido reproducido en sus más mínimos detalles. Se sumergía entre unos muslos apenas esbozados. Recordaba a dos gajos de naranja colocados en paralelo. Los labios mayores pendían a ambos lados de la hendidura vulvar semejantes a colas de golondrinas. Tenían el color pulpa rosa de la madera sobre la que estaban tallados.

—Mira —me señalaba Ligabue.

El tiempo y las estaciones habían completado la obra del artista. Las tormentas de verano y las violentas granizadas habían eliminado la pátina virginal. Las lluvias de otoño habían tallado pacientemente las arrugas que la naturaleza ramifica en la parte más secreta del cuerpo femenino. El hielo invernal, aparte de ensanchar la hendidura, la había resquebrajado, acentuando la tumefacción de los labios mayores y dando relieve a los labios menores y al monte de Venus.

Había crecido un musgo que se había oscurecido y extendido, sombreando la pelusa del pubis. Algunos roedores habían buscado refugio en el interior. Los martinetes que se alimentan de renacuajos, el martín pescador y el pato marino, habían contribuido también a darle verosimilitud. Las cataclistas, esas mariposas que ponen huevos luminosos como luciérnagas, evocaban la fecundidad. Parecía que todos los moradores del Po hubieran contribuido en algo.

Cuando Ligabue, ensimismado, comenzaba a acariciar su escultura, parecía estar acariciando la parte más íntima de Ada Vitali. «Ada», afirmaba él, y no sólo él, «posee el sexo más bello del Po».

Yo lo contemplaba absorto en su sueño, y seguía con la mirada los ligeros movimientos de sus dedos sobre la escultura, con los que parecía querer apresar la esencia viva, humanísima, de los signos que él mismo había trazado. Amaba aquel sexo como si no lo hubiera creado él, sino la propia naturaleza, que en aquel momento se lo ofrecía como el feliz don que Ada Vitali siempre le había negado.

...

Las mujeres sienten curiosidad por saber cuándo fue la primera vez que estuve con una mujer.

—Fue en Ghiare —cuento—, un pueblecito que se refleja en el río.

Era un pueblo de afiladores de guadañas. Estos se sentaban en círculo, con las piernas abiertas, y, colocando el yunque entre sus rodillas, apoyaban en él la hoja y la trabajaban con el martillo. El repiqueteo se oía por toda la campiña.

Cuando pasábamos en autobús por la carretera, mi madre me señalaba aquel refulgir de guadañas, que eran como siniestras señales enviadas por el horizonte. Me decía que allí vivían las *mujeres gaviotas*, llamadas así porque, al igual que esas aves, vivían en libertad pero se alimentaban de basura. Fue la primera vez que oí la palabra «puta» pronunciada con odio. Esas mujeres, insistía mi madre, devoraban a los hombres, eran la personificación de la muerte, que lleva precisamente una guadaña, símbolo del pueblo de Ghiare.

Una tarde, anuncié a mi madre:

—Me voy a Ghiare.

Sólo tenía catorce años.

Volví allí a menudo.

Mi madre bajaba la cabeza y apretaba los puños. Era su testaruda forma de oponerse y, al mismo tiempo, de rendirse a las situaciones contra las que nada podía hacer. Después del ruido de todo el día, el pueblo parecía recuperarse en un silencio profundo. Había guadañas por todas partes: apoyadas en largas filas contra las paredes; en haces cruzados, como si fueran fusiles, en medio de las eras; apoyadas en los balcones, con aspecto de picos de cormorán; inmersas en los barreños llenos de agua y abandonadas en los hornos apagados, donde se las pasaba por el fuego. La luna las hacía brillar.

Yo paseaba por las callejuelas imaginándome en un reino de la Muerte, que después de dejar en él sus instrumentos de trabajo hubiera detenido momentáneamente su vuelo sobre la tierra. A través de los postigos entornados se oían los ronquidos de los segadores, la tos que sacudía a los ancianos, el lloro de los niños, los grandes relojes de pared dando las horas en las cocinas.

Trataba de imaginar a las *gaviotas*. Se decía que las había de todas las edades, incluso niñas.

Una noche surgió de una de las últimas ventanas del pueblo un grito de mujer. Un orgasmo. Esperé. En el gris del amanecer vi salir a un hombre. Se encogió dentro de su impermeable y advirtió mi presencia. Leyó en mis ojos de muchacho que yo también hubiera deseado subir, pero que me faltaba valor.

Entonces vino hacia mí y se sacó las manos de los bolsillos. Entre cómplice y sarcástico, me acercó sus grandes palmas al rostro, y yo intuí sus intenciones: quería que se las oliera. Su gesto no era vulgar. Era un ofrecimiento de iniciación. Después

se subió a una bicicleta y se alejó pedaleando enérgicamente bajo los chopos.

Me decidí y entré en la casa. Me adentré por un pasillo al que daban varias puertas cerradas. Por la única entreabierta, oí la voz de una mujer que, habiendo sentido mis pasos, me invitaba a entrar. La lamparilla de la mesilla de noche proyectaba sobre ella, envuelta en una bata de seda, una luz que, entremezclada con las sombras, alteraba su fisonomía.

—Ven —me dijo, cuando yo, dominado por un asombro que superaba las palpitations de mi corazón, estuve lo suficientemente cerca de ella como para poder reconocerla. Retiró la manta y dejó al descubierto a su lado una parte de la cama.

Era Ada Vitali.

Yo volvía a Ghiare todas las noches y, al día siguiente, temblaba. Me encerraba en el cuarto de baño y me miraba el pene.

Mi madre comenzó a esperarme despierta.

—Ven —me decía ella también con una dulzura que yo desconocía. Me llevaba al cuarto de baño. Me bajaba los pantalones y me inspeccionaba. Me lavaba cuidadosamente con agua y jabón, y después cogía una botellita y me echaba una solución que me quemaba. Yo la dejaba hacer.

Más tarde comprendí que aquello no era una obsesión, sino la mayor muestra de amor materno que había tenido conmigo hasta entonces.

Febrero. Milán. 1982

Hotel Marino Scala.

Gritó tan fuerte que tuve que apartar inmediatamente mi cabeza de su rostro, por temor a que su grito pudiera romperme el tímpano. Su orgasmo me arrolló, me devolvió la sensación de pequeño triunfo que yo experimentaba de adolescente en los momentos de mayor felicidad. Era el estupor de los cuerpos que viven uno gracias al otro. Ya no podría echarme a mí mismo en cara el no amar mi cuerpo.

Recuerdo aquel orgasmo como el más intenso que yo haya procurado jamás.

Y después, sentado en una butaquita, comencé a observar el cuerpo desnudo de la joven fotógrafa, que dormía tumbada transversalmente en el lecho. No nos habíamos dicho casi nada durante aquellos días que habíamos pasado encerrados en la habitación del hotel haciendo el amor, deteniéndonos únicamente para comer algo, para dormir un poco. Sólo nos habíamos comunicado, con una ardiente obstinación y a veces con una feroz intensidad, a través de sus orgasmos.

Y esos orgasmos con los que la joven fotógrafa me había unido a ella —haciendo que la sintonía de nuestros cuerpos fuera cada vez más profunda— avivaban ahora mi memoria. Recordé una noche en la que una mariposa que revoloteaba entre las plantas de la terraza entró en mi estudio. Había visto la luz encendida. Aquella única mancha en medio de la oscuridad debía de habersele presentado como una meta que contenía todo lo que le atraía de la vida, donde deseaba sumergirse. Por su forma de volar alrededor de la lámpara, podía imaginar su sorpresa y su temor. Después, extendiendo las alas, se adhirió repentinamente al cristal de la bombilla y, como obedeciendo a una fatalidad, intentó traspasarlo.

Bajo mis ojos, la superficie incandescente absorbió la belleza de sus colores deshechos, lo cual me produjo la ilusión óptica de que podía atravesar la barrera vítrea. Me quedé fascinado ante la secreta fuerza que, más allá de la lógica, impulsa a dos realidades físicamente extrañas a sumergirse la una en la otra.

Observaba a la joven fotógrafa que, con los brazos y las piernas extendidos, dormía extenuada, como herida de muerte.

Una luz lechosa se filtraba a través de las persianas. Era un invierno frío, las calles estaban heladas, todo el exterior estaba helado. Milán me hacía recordar ciertos inviernos crueles de mi tierra, en los que a veces encontrábamos anguilas y luminosas hierbas acuáticas encerradas en envoltorios de hielo que habíamos de romper con un punzón. Las gaviotas se dirigían a los cenagales: la escarcha difuminaba el contorno de sus alas y sus picos se abrían y cerraban por el esfuerzo de tener que sostener

durante el vuelo el peso de aquel frío que les hacía perder altura lentamente. En las orillas la gente encendía hogueras gigantescas. Las bandadas de pájaros descendían hasta ellas, las rozaban y volvían al cielo reconfortadas por su calor.

El cuerpo exhausto de la joven fotógrafa se movía ligeramente; de sus labios surgían gemidos apenas perceptibles. Su sexo, dilatado, enrojecido entre los cardenales de las ingles, se ofrecía a mi mirada. Era como si un sádico hubiera desgarrado de un sablazo la parte inferior de su vientre.

Entonces me acordé de la *muerte de la prostituta*.

En Po, durante la guerra, trajeron a nuestra casa a una mujer herida. Yo no sabía quién era, pero tampoco se lo pregunté a mi madre. Para mí no era más que la imagen de una herida sangrienta, de bordes oscuros, que descendía desde uno de sus pechos hasta su ombligo. Esta herida era idéntica a su sexo, que, en algunos momentos, nadie se preocupaba de cubrir. Era como si aquel cuerpo tuviera dos vaginas.

Mi madre cogió afecto a la desconocida, que no pudo devolvérselo porque no volvió a recuperar el conocimiento. De día, permanecía con ella encerrada en el cuarto. De noche, me decía que entrara. Al verla arrodillada, yo también me arrodillaba. La mujer se hallaba en la cama, con la espalda apoyada en unos cojines. La luz de la lámpara de la mesilla iluminaba su herida visible y aquella otra que yo había entrevisto. Su cuerpo exhalaba un olor a musgo y a alcohol. Tenía los cabellos tirantes, las sienes hundidas, las ventanillas de la nariz dilatadas y la mandíbula de piedra.

Era como la mascarilla sepulcral de una reina obscena. Comprendía que la postura de adoración de mi madre estaba dedicada a la herida del pecho, pero también a su semejanza con la otra. Su mente, donde ya deliraban sus primeros pensamientos enfermos, veía en los dos desgarrones una forzada analogía entre la obscenidad y la muerte. Su dedo índice rozaba la herida del pecho con un titubeo sensual; después el índice y el pulgar frotaban un líquido mezclado con sangre.

—Está soñando —murmuraba.

—¿Con qué sueña?, —le preguntaba yo.

Me parecía que el sueño brillaba en las densas gotas de sudor que hasta ese momento nunca había visto en aquella frente.

—Sueña con el Ersatz.

Yo no sabía quién era el Ersatz.

—Es el patrono de los asesinos y de las putas, que es capaz, sin embargo, de transformarse en un Orlando Enamorado.

Era la primera vez en mi vida que oía hablar del Orlando Enamorado y de lo que es exactamente una puta que tiene el valor de serlo, sin hipocresías, sincera dentro de su desesperación, dentro de esa duplicidad que le permite pasar de los comportamientos sexuales más animales al amor más puro. Mientras mi madre me explicaba, con su voz bondadosa y tranquila, el significado de la palabra *ramera*, me di cuenta de que la enfermedad avanzaba en su cerebro como una araña devoradora,

pues, al hablar conmigo, alternaba un pudor excesivo y una timidez puritana con un lenguaje que sólo su extrema y enferma dulzura impedían que resultara desvergonzado.

Una noche las gotas de sudor desaparecieron de la frente de la desconocida herida de muerte. Y yo pregunté:

—¿Sigues soñando?

—Sigues soñando con todo lo que existe, pero desde otro lugar.

El Eros y la maldad de la maledicencia

En Berceto, provincia de Parma, han inaugurado el único monumento del mundo dedicado a «Las víctimas de la maledicencia y de la envidia», consistente en una chapa de cobre y en dos antiguas columnas de piedra.

He ido a la inauguración con mi «traje de domingo», como dicen irónicamente aquí, e incluso con sombrero. Sólo en mi tierra, donde se producen tantos acontecimientos absurdos o extraños que, sin embargo, no carecen de lógica, podía habérseles ocurrido semejante idea. Mi gente conoce la posibilidad del prodigio, el lenguaje de la excentricidad y de la fantasía que les libera de muchas de las esclavitudes que sufrimos en otros lugares.

Poco a poco ha ido congregándose una gran multitud a mi alrededor. Todas las víctimas de la cultura de la sospecha parecían llevar traje de domingo y, por supuesto, sombrero.

Cruzábamos miradas. Y éstas parecían hablar, preguntar:

—Perdone, ¿usted por qué está aquí?

—¿Y usted?

De pronto ha resonado una voz: «La ciudad, a las víctimas de la maledicencia».

También mi vida íntima ha sido víctima de malvadas suposiciones, de todo tipo de desvaríos carentes de fundamento, de murmuraciones indecentes, que no eran más que el reflejo de las mentes inmundas que las formulaban. Pienso que Roberto Rossellini también hubiera podido estar hoy entre nosotros con su traje de domingo. Y recuerdo un día en que, sentados el uno frente al otro, tristes, desilusionados, me dijo:

—Esta Italia infame es capaz de cubrir de fango a un personaje público, a un ser humano, sólo por el hecho de ser conocido. Inventan acerca de uno todas las vergüenzas que ellos mismos llevan en sus almas.

El fango. La Italia del fango...

Algunas personas que no me conocían de nada han dicho de mí que era un heterosexual desenfrenado, un homosexual y otras muchas cosas por el estilo. Algunas mujeres a las que he rechazado, y muchas otras que jamás han cruzado conmigo una sola palabra ni me han visto ni una sola vez en su vida, han inventado sobre mí historias absolutamente infames. Mi idea del Eros, que tantas veces he intentado expresar como poeta, ha sido mal interpretada por los ignorantes, que han visto en ella sólo una sórdida avidéz sexual. Los hombres y mujeres que han dicho tales cosas de mí son los mismos que estarían dispuestos a realizar cualquier baja

con tal de poder hundir un pene en una vagina, o ser penetradas por un pene.

Me he visto zarandeado fuera de mis pensamientos cuando, de la multitud, se ha alzado un grito a coro. Un yo en nombre de todos:

—¡Yo te maldigo!

Yo tengo mi propia forma, mi propio rito secreto, de maldecir a los maldicentes degenerados: he regresado después de muchos años a la capillita abandonada de Parma que compré hace tiempo y que aún conservo. Hubo una época en que me refugiaba en ella, cuando la visión de un montón de mujeres y hombres dedicados exclusivamente a la caza de relaciones demenciales me provocaba una enorme náusea.

He vuelto a encontrarme al pie de su escalinata, completamente desprovista de solemnidad. He subido los corroídos peldaños que conducen a un desnudo recinto con las paredes llenas de manchas de humedad y un ventanuco por el que entra un poco de aire. Aquí venía cuando quería hablar en secreto con la pureza que yo sabía que poseía, que sé que poseo. Fuera del alcance de los ojos del mundo, entraba en sintonía con ella y vivía uno de esos momentos únicos que a veces viven los enamorados.

Como no había luz eléctrica, he encendido la vela que se encuentra encima de la mesita de madera. Me ha parecido que, como siempre, la Figura irónica y melancólica de mi pureza se acurrucaba en una esquina, esperando que pusiera en marcha el único y modesto aparato que he llevado a la intemporal capillita: un viejo gramófono. Lo he puesto en marcha.

He escuchado el luminoso cantabile del «Crucifixus» del «Credo» de la *Misa de la Coronación* de Mozart. Y, cuando el soprano ha entonado el «Agnus Dei», con el que me siento como transportado a una antigua iglesia campesina en penumbra, he mojado en el tintero la pluma que utilizaba para escribir mis poesías y he comenzado a redactar el mensaje que me hubiera gustado repartir entre la gente:

«Recibo con alegría vuestra maledicencia, porque la pureza en la que creo es tan fuerte, que vuelve a surgir, límpida e inalterable, entre vuestros míseros despojos que son como la muerte. La muerte asume todas las identidades, incluso la vuestra... Os abandono a vuestras vaginas, que ofrecéis a cualquiera, incluso a varios hombres al día, a vuestros penes, que esperáis ansiosamente que se yergan cada vez. No buscáis razones, sois unas miserables y unos miserables que nunca habéis conocido las alegrías del amor... Y, sin embargo, os compadezco, porque sois unos ignorantes. El sacrílego no sabe que contribuye con una providencia casi admirable al designio de Dios, que quiere que miremos de frente aquello que nos repugna...

»El fue y sigue siendo el origen de la bóveda estrellada que nos consuela en la noche profunda. ¿Y qué sabéis vosotros de El? Sois peores que los animales.

»Pero os doy las gracias, porque, a vuestro pesar y en contra vuestra, me habéis permitido ser consciente del milagro que supone estar vivo, llevando el peso terrible

y privilegiado de la vida...».

Esas hojas manchadas de tinta nadie las leería. La vela estaba casi consumida y sólo la luna me iluminaba. En la capillita se difundía el *Ave Verum Corpus* de Mozart. Me he vuelto hacia el ventanuco, hacia la noche, y he gritado insensatamente:

—¿Oís la pureza de la fe?... Se halla en esta nota, escuchadla, escuchadla. Es una nota semejante a las otras, un mínimo signo en una partitura, que, no obstante, se convierte en inefable por el simple hecho de haber sido tocada, en medio de las otras, con un don divino, como requiere una armonía para resultar sublime...

El Eros de la violencia y de la venganza

Claudia me había contado hacía unos días cómo sus fantasías de adolescente se habían hecho pedazos para siempre.

A los trece años, el corazón le palpitaba cuando miraba un punto concreto en el difuso horizonte marino y, cuando del azul neblinoso de las aguas remotas, le parecía ver emerger y tomar forma el sueño de lo que sería su vida. Adoptaba el perfil de un velero que, un poco inclinado hacia un lado y mecido por las olas que a veces le levantaban la proa, parecía estar allí para transmitirle un mensaje misterioso.

Claudia se echaba a andar hacia el Velero, su sueño, y comenzaba a comprender que el engaño o el mundo de la fantasía tiene algo del canto de las sirenas. Se dejaba atraer por él. Atravesaba los campos, se perdía por recónditas callejuelas, por los diques y los arenales; y cuando veía un huerto se decía a sí misma: esto es Francia; y cuando veía un canal de Levante: esto es Holanda. Y seguía avanzando y avanzando fascinada por una luz o por un verde lleno de magia o por un canto que parecía de otro país y quizá lo era, porque eran muchos los que emigraban y después regresaban como Marco Polo. Y Claudia continuaba diciéndose: el Po de Venecia es China o, quién sabe, quizá sea la misteriosa Persia; la cuenca de Canalbianco es el Polo Norte; la Abadía de Pomposa es Oriente.

En la Abadía se halla pintado el Apocalipsis de la humanidad.

Pero Claudia, a los trece años, no fue allí donde encontró el suyo. Ella, una chiquilla de mente despierta y limpia dentro de un cuerpo ya formado y favorecido por la naturaleza con un esplendor carnal, comprendió lo que era el apocalipsis, como una ardilla cazada con una trampa dentro de un bosque exuberante.

Un hombre se cruzó en su camino y le interceptó el paso: era Armando, a quien apodaban el Circasiano por sus rasgos caucásicos y sus crueles ojos de bandido.

«Debe de ser ese Más Allá que en las historias de viajes aparece siempre descrito como una fatalidad», pensó Claudia. Pero no pudo atravesarlo, porque el hombre, intuyendo que tendría hambre, le dijo que no tuviera miedo y que entrara en su restaurante:

—Te daré de comer y de beber como a una persona mayor.

Se transformó en camarero y le sirvió una comida por todo lo alto. Cuando estuvo saciada y un poco ebria, la convenció para que subiera con él a la habitación del piso de arriba, con el pretexto de que desde sus ventanas podría verse maravillosamente aquel Velero, que quizás existiera y quizá no, del que ella le había hablado.

Y allí la violó.

Amenazándola después: «Ten cuidado. No debes contarle a nadie nada de lo que ha sucedido hoy. Porque tu hermano, ya lo sabes, es un delincuente. Y tu madre ya sabemos lo que es. Y puedo hacer que les disparen en cuanto quiera».

... *Han pasado veinte años desde entonces.*

Y Claudia me dijo:

—He encargado para hoy en el restaurante del Circasiano una comida pantagruélica para dos. Acompáñame. Elegirás una mesa cercana a la mía y fingirás ser un cliente cualquiera que no me conoce.

—¿Por qué?

—Porque quiero que me sirvas de testigo.

El restaurante tenía un toldo de rayas blancas y azules. Parecía estar esperándonos. En su interior, nada había cambiado. El local estaba desierto debido a la hora y, si entraban y salían algunos hombres, era sólo para mirar a Claudia. Eran los mismos hombres que, el día en que el Circasiano la violó, ella había visto sonreír con complicidad y después salir silbando para dejarle el campo libre.

El dueño del restaurante había cumplido las órdenes de Claudia. La comida era tal y como ella le había exigido y, de los carritos situados alrededor de la mesa, llegaba un delicioso olor a comida. Él saludó a la mujer, le agradeció que se hubiera acordado de su local después de tanto tiempo y sonrió guiñándole el ojo:

—Tienes muy buen aspecto. Estás tan guapa como entonces, incluso más... —Y añadió con sutil perfidia—: No te has dejado ver en todos estos años. Creí que habías muerto.

—Estuve muerta, pero eso fue hace mucho tiempo.

Claudia alzó los ojos hacia la escalera que conducía a las habitaciones de arriba: los mismos peldaños grises, el mismo descansillo con aquella luz grisácea difundida por una vidriera sucia. No quiso revelarles la idea que la había obsesionado durante todos aquellos años: «Volveré, Circasiano, y todo se repetirá exactamente como aquel día, pero a la inversa, porque tú estarás en mi lugar». Volvió, pues, a observar al hombre, ahora envejecido por el peso de los años y de los achaques. A su expresión de bandido se había añadido una luz obscena que no nacía de su mente perversa, sino que se proyectaba en ella. Intuyó de dónde procedía..., del espejito con que la muerte jugaba para deslumbrarlo.

El hombre le miró las piernas insolentemente:

—¿Qué has hecho para mantenerte así? A mí ahora las piernas me juegan algunas malas pasadas, lo mismo que el corazón... —Y, haciendo una pausa, insinuó—: ¿Cuántos amantes tienes?

—¿Y tú?, ¿sigues yendo a la caza de chiquillas?

Por un momento, lo vio sobresaltarse. Después, en sus ojos, volvió a encenderse la mirada circasiana:

—Sí, a veces. No lo dudes.

El hombre no sabía que Claudia era magnífica incluso en sus venganzas. Y que había acariciado su venganza contra él desde el día en que la había concebido, cuando se pasó la mano temblorosa sobre aquella sustancia que le resbalaba a lo largo de la pierna, y que era esperma mezclado con sangre. La mujer se sentó a la mesa y ordenó:

—¡Sírvenme!

El hombre obedeció. Se movía con mucho esfuerzo a causa de los dos infartos que había sufrido, pero seguían llamándole Armando el Circasiano y rindiéndole respetos en honor al hombre obsceno que había sido. No podía echarse atrás ante aquel desafío que ahora le parecía previsible.

—¡Sírvenme y sírvete! —repitió Claudia—. ¡Eres mi anfitrión y debes hacerme los honores!

Mientras comía y bebía con un ansia fingida, le incitaba a comer y a beber a su vez. Él repetía:

—Sabes perfectamente que no debería...

Cuanto más lo decía, más le llenaba ella el vaso. Y él le seguía el juego. Quería continuar demostrándole su superioridad, haciéndole entender que los excesos no le daban ningún miedo, aunque pusieran en peligro su vida, mientras que Claudia no arriesgaba nada.

La mujer sonreía:

—Adelante, haz una excepción. Por un día no va a pasarte nada.

El hombre recordó el dolor de los dos ataques que le habían desgarrado el corazón; sin embargo, no cesó de deglutir los pedazos de cerdo que ella, riendo, le ofrecía en la punta del tenedor; y él también trataba de reír antes de abrir la boca, pensando que tal vez lo consiguiera y, si lo conseguía, sería más que nunca Armando el Circasiano. La noticia se difundiría a los cuatro vientos y viviría de las rentas hasta el final de sus días.

Claudia le hostigaba:

—Caliéntate la sangre. Si no, ¿cómo vas a arreglártelas cuando subamos arriba?

Miraron al mismo tiempo las escaleras. El hombre se dijo para sus adentros que no debía dejar que ella tomara la iniciativa.

—¿Te acuerdas? —Le insinuó con una mueca que quería ser una sonrisa—. ¿Te acuerdas exactamente, Claudia?

—¡La llave! —ordenó Claudia. Y extendió la mano.

El hombre se sacó la llave del bolsillo y, sujetándola con dos dedos, hizo oscilar el trocito de madera que tenía un diez escrito en rojo, el número de la habitación:

—Habitación número diez, ¿te acuerdas?

Por ahora estaba satisfecho. Estaba afrontando muy bien la situación. Tal vez incluso consiguiera dar a su voz el mismo tono hipócrita de aquel día, cuando había visto a la chiquilla que era entonces Claudia con las mejillas inflamadas por la comida y la embriaguez. Entonces había hecho oscilar el trocito de madera mientras

le decía: «Ven. Desde esa habitación parece estar a dos pasos tu Velero, que quizá no exista...».

El tono fue casi el mismo:

—¿Sigues creyendo, amiga mía, en tus veleros de loca?

—He vuelto porque creo en ellos más que nunca. Si estamos aquí, es porque creo que ninguno de los dos ha cambiado.

Se levantó y comenzó a subir, al mismo tiempo que le ordenaba:

—¡Trae tú las botellas!

El Circasiano cogió todas las botellas que pudo abarcar con sus brazos. Mientras subía con gran esfuerzo los peldaños tras los tacones de Claudia, sentía las venas de plomo, la náusea que le subía. Hacia muy pocas mujeres había sentido un odio tan ilimitado como el que le despertaba aquella mujer tan orgullosa de serlo, tan segura de humillarlo con su burlón esplendor, y que ahora balanceaba sus caderas ante sus ojos desafiándole a él, que se había visto impulsado a cazar mujeres debido a un sueño que tenía cuando estaba bien despierto: el de ir una buena mañana a la chopera y ver a una mujer ahorcada en cada chopo.

... Claudia dejó la puerta lo suficientemente abierta como para que pudiera verse el interior de la habitación.

Se encontraron frente a frente en el dormitorio. Si hubiera tenido diez años menos, pensó el Circasiano, no hubiera tenido la boca seca ni la lengua de mármol. Por eso aferró el enésimo vaso que ella le tendió, lo vació de un solo trago y aceptó el siguiente. La lengua se le soltó y pudo moverla.

—¡A tu salud!

—¡A la tuya!, —pudo responderle.

Bajo el empujón de la mujer, cayó sentado en el lecho. Se lo esperaba. Ahora veía claramente las intenciones de Claudia: quería repetir, con los papeles cambiados, cada una de las situaciones de aquel lejano día en el que él la había violado. También él la había empujado encima de la cama, cogiéndola desprevenida mientras miraba el mar por la ventana, riéndose algunas veces, y otras quejándose de que la cabeza le daba vueltas, como ahora le daba vueltas a él la suya, y que, por tanto, no conseguía ver bien el Velero. Entonces él le había dicho: «Desnúdate, no tengas miedo. Sólo quiero mirarte».

Él comenzó a trajinar con su ropa y a quitarse con mucho esfuerzo la camisa y el jersey, mientras oía cómo ella le repetía sus mismas palabras:

—Desnúdate. Sólo quiero mirarte.

Después imprecó:

—¡Maldición!

Porque, asaltado de nuevo por la náusea, se había visto obligado a doblarse en dos, tal como había reaccionado Claudia de niña. Volvió a revivir aquella escena: ella en el lugar que ahora ocupaba él, la espalda desnuda y encogida, el rostro cubierto de manchas rojas, igual que el suyo ahora, como pudo comprobar cuando, al apartar la

mirada, encontró su imagen reflejada en el espejo que había enfrente de la cama. Entonces fue cuando se dio cuenta de que la mujer, con pérfida dulzura, estaba levantándole los pies y tumbándolo a lo largo de la cama, con el objeto de que el espejo lo encuadrara a la perfección.

Siempre le había gustado obligar a las mujeres a que adoptaran aquella postura fúnebre antes de abusar de ellas:

«Yo te ayudo, déjate», había dicho a Claudia cuando era niña.

Y ahora, ya convertida en mujer, le decía ella con sarcasmo:

—Yo te ayudo, déjate.

El Circasiano no fue lo bastante rápido como para impedirselo. Comprobó estupefacto que, después de haberse apoderado de su cinturón, estaba arrancándole la ropa con los mismos gestos rápidos e imperiosos que a él, de joven, le habían hecho invencible. Pero así, tumbado, se sentía mejor.

—Soy viejo —le reprochó lleno de veneno—. Sé que doy asco. ¿Qué satisfacción puedes sentir? Tú crees que es justo hacer esto a un hombre viejo y enfermo...

Mirando impasible aquel cuerpo vencido, Claudia le interrumpió:

—No estoy aquí para sentir satisfacción, sino para que todo cuadre siguiendo una lógica. Tú, hoy, eres demasiado viejo. Yo, entonces, era demasiado joven. ¿Qué importancia tiene eso para quien se aprovecha de la situación?

Aunque el hombre trató de resistirse, no consiguió mantener sus ojos, pesados como piedras, fijos en el vacío: cayeron sobre su pene y su escroto, donde también la mujer dirigía su mirada, sin expresión:

—Míralo. Está muerto —le dijo ella—. ¿Lo ves como está muerto?

Lo que en un tiempo había sido un sexo vivo y siempre dispuesto que se había ganado el nombre de *ídolo* o de animal del Circasiano por parte de sus amigos de juergas obscenas, era ahora un trozo de carne muerta. Bajo los párpados del hombre surgió un líquido oscuro, que tal vez fueran lágrimas de derrota, o tal vez un simple reflejo de su malestar, como el sudor que le inundaba la cara. Y, sin embargo, volvió a adoptar su tono de desafío:

—Eso no quita para que yo haya sido el primero en entrar en tu naturaleza de reina. ¡El que te hizo mujer!

Claudia le replicó con voz neutra:

—Precisamente por eso deseaba ver tu pene muerto.

Volvió a llenar los dos vasos hasta los bordes:

—Y brindar juntos por su muerte.

Alzó su vaso y tendió el otro al hombre, que se lo volcó encima. El Circasiano se rió:

—Todavía no me has vencido. Tenemos mucho tiempo por delante para que vuelva a revivir.

El hombre acercó rápidamente su mano derecha a los vestidos de la mujer, que, veloz, le bloqueó la muñeca entre las rodillas y se la apretó con la intención de

destrozársela. El Circasiano resistía el dolor y continuaba:

—Dicen que eres una mujer capaz de hacer resucitar a los muertos. ¡Demuéstrame!

Ella aflojó la presión de las rodillas cuando comprendió que la mano volvería a caer contra el borde de la cama:

—El milagro es imposible. ¿Cómo puede resucitar algo que jamás ha tenido vida propia, el trozo de carroña de un canalla?

El hombre levantó los párpados y Claudia pudo ver sus ojos como brasas. El Circasiano aferró con la misma petulancia de antaño a aquel ídolo tan temible que todos celebraban con carcajadas y aplausos durante las juergas. Un ídolo vengador nunca muere, deliró, ni olvida a los idólatras. Y ¿cómo iba a negarle a él ese milagro, a él que lo había adorado con los más repugnantes ritos y siempre había estado dispuesto a cualquier baja con tal de satisfacer su voluntad?

Ella recogió el vaso que el hombre había derramado y lo dejó junto al suyo, sobre la mesilla de noche. Volvió a llenarlos. Sentándose en el borde del lecho y dándole la espalda, le dijo:

—Continúa. Está bien, te espero para brindar.

El lecho temblaba. Claudia sólo distinguía los pies del hombre, dos cuchillos de tendones y huesos, cuya tensión, así como la de sus piernas rígidas, delataban el esfuerzo que el Circasiano estaba realizando sobre sí mismo para que el ídolo se separase de su cuerpo, rebelándose a la humillación de ser estrangulado como un urogallo incapaz de esbozar siquiera un revoloteo amoroso.

El hombre se rió melancólico ante aquella imagen al mismo tiempo que movía ligeramente la cabeza. Después trató de concentrarse en las visiones que más le habían excitado a lo largo de su vida. Con la cabeza incorporada hacia delante, sintió que el ídolo iba a levantarse... Tardó en comprender que el fuego que sentía en las arterias no era en absoluto el que experimentaba cuando el ídolo estaba en sus momentos de gloria, y que aquello que apretaba con un sentimiento de triunfo no era una erección, sino algo que ya conocía: el erguirse de una serpiente venenosa que se desliza entre los arbustos del corazón antes del golpe final.

La serpiente le había subido desde los pies rígidos, que se le volvieron de hielo. Debía detenerla a tiempo, como le habían recomendado los médicos, y, para ello, tenía que relajar por completo todas las partes de su cuerpo, hasta fingirse muerto, confiando en que la muerte verdadera se dejara disuadir por su imitación.

Claudia oyó:

—¡Ayúdame!

Se volvió y vio al Circasiano en la postura de alguien que está precipitándose en el vacío, desde el que la miraba, más que con pánico, con una confianza irracional, haciéndole entender que ahora su ídolo era ella, la única capaz de hacer un milagro:

—Ayúdame a no morir.

Se quedó desconcertada, pero de pronto recordó las palabras que siempre le había

repetido su madre: la verdadera crueldad es aquella que puede enorgullecerse de haber concedido una gracia. Le cogió una mano y se la sostuvo, tratando de transmitirle, también con la mirada, la misma fuerza con la que había venido dispuesta a matarlo, para ayudarle así a detener la serpiente un poco más abajo del corazón. Realmente, pensó, aquel mundo burlón no dejaba de deparar sorpresas, de girar sin cesar la rueda del destino. Si le hubieran dicho al entrar en el restaurante que sus dedos y los del Circasiano iban a enlazarse con una solidaridad desesperada y que ella iba a darle ánimos...

—Animo, Circasiano... Lo conseguirás.

Ante la posibilidad de salvarse, el hombre se sintió invadido por primera vez por un sentimiento en el que se mezclaban la sensación de absurdo, de amor y de reconocimiento humano: el sentimiento que uno tiene ante algo que merece la pena. Este sentimiento le había faltado tanto, que no podía, ahora que lo había iluminado, negarle la gracia de sobrevivir.

Miró la luz que se filtraba a través de los dos vasos de vino tinto apoyados en la mesilla, que parecían contener la esencia de la vida, que poco a poco volvía a él, sin ningún ídolo, haciendo retroceder a la serpiente hasta hacerla salir de él.

—Ahora —murmuró, arriesgándose a hacer el esfuerzo de sonreír— brindemos...

Claudia bebió el vino de su propio vaso. Posó el otro vaso sobre el pecho del Circasiano y después salió de la habitación.

El Circasiano se miró en el espejo. Tenía el vaso apoyado en el lugar adonde la serpiente no había llegado: parecía una gran flor con corola de cristal que alguien le hubiera prendido en la solapa.

Diálogo con mi amiga A. B. acerca del «Baile de los Celos»

—Te parecerá absurdo —le digo— pero para mí el sentir celos ha sido una conquista. Las desoladas tierras de nadie que fueron mi infancia y mi difícil adolescencia, en las que el amor era tan escaso (incluido el de mi madre, enferma de ansiedades, angustias, fobias, y siempre ausente y lejana en las clínicas), me acostumbraron a recibir el amor de los otros bajo cualquiera de sus formas, incluso aunque fuera malsano y en parte fingido... Sólo más tarde aprendí a aspirar a sentimientos verdaderos, auténticos. Y, al mismo tiempo, conocí el temor a perderlos, el deseo de defenderlos, el derecho a que fueran absolutamente míos...

—¿Entonces no piensas que los celos son una tendencia a echar en cara al compañero sexual infidelidades sin fundamento? Para Freud, el «delirio de los celos» es un mecanismo de defensa contra las fuertes tendencias homosexuales... La necesidad, atormentada y contradictoria, de que en la relación heterosexual se introduzca y exista otro, otra, hacia el que poder sentir un inconfesable deseo.

—Los celos provocan muchas elucubraciones, a menudo absurdas, que no tienen nada que ver con ellos. En realidad, los celos son naturales y necesarios. ¿Cómo se puede no temer que alguien te robe a la persona que te hace feliz? O más exactamente, prescindiendo de la persona, ¿cómo no temer que te arrebaten la felicidad?

—Sin embargo, los celos es el sentimiento más propenso a la morbosidad.

—No existe ningún sentimiento intenso que carezca de cierta morbosidad. Los celos, además, son un bien privilegiado, porque estimulan el mundo de la fantasía. Son creativos. Ya te hablaré en otro momento de las fantasías que dos amantes pueden intercambiarse. A la hora de fabular sobre el Eros, la creatividad no tiene límites. Puede ser genial y, por eso mismo, desgarradora. La creatividad siempre se paga cara. Es la factura que se paga cuando el alma se siente invadida por lo *maravilloso*, pues te puede hacer sentir la inspiración divina de Dios, pero también el infierno... En cualquier caso, los celos hacen que te sientas vivo, y el sentirse vivo siempre va acompañado del terror a la muerte. En este sentido, los celos pueden convertirse en patológicos, y su patología puede asumir las formas más inimaginables.

—¿Cuándo sentiste celos por primera vez?

—Cuando el derecho al amor, como te he explicado antes, se afirmó en mí tras un largo letargo. En una ocasión una joven me pidió: «Una caricia. Sólo una caricia». Y

yo acaricié larga y minuciosamente su rostro, su cuerpo, y me di cuenta de que mis manos eran capaces de hacerle sentir un bienestar que la iluminaba por completo; era como si, desde sus labios, su sonrisa se extendiera a todas las partes de su cuerpo... No era mi mujer, es más, estaba traicionando a alguien conmigo, pero aunque yo fuera el traidor, sentí una dolorosa nostalgia al pensar que otro, otros, pudieran hacerle una caricia semejante a la mía y que ella se iluminara...

De pronto se abre paso en mi memoria un recuerdo que desmiente mis palabras. Un recuerdo del que siempre había huido:

—No, no fue esa la primera vez... Yo era muy pequeño y mi madre todavía no había caído enferma... De joven le gustaba bailar y lo hacía muy bien. Vuelvo a ver aquel local como si me encontrara en él en este instante mismo, se llamaba Sala de Baile La Gardenia. Conservo una visión nítida de la última vez que mi madre fue al baile, antes de caer enferma... Todos deseaban bailar con ella. Y ella bailaba con unos y con otros, y yo estaba sentado en un rincón, observando cómo en su felicidad se había olvidado de mí y cómo, dominada por la euforia, ya no se daba cuenta de que yo también estaba allí y de que la había acompañado a aquella sala de baile para, precisamente, verla feliz... Me sentía como un amante traicionado, pero al mismo tiempo estaba orgulloso de experimentar un sentimiento que me parecía propio de un adulto; una amiga suya vino por mí bromeando y me arrastró hasta la pista, donde di unos pasos inseguros dominado por el deseo de llorar y al mismo tiempo por una sensación de orgullo... Esos pasos de niño que con una alegre música de fondo lucha contra el dolor de sentirse excluido mientras saborea el morboso placer de la venganza han permanecido desde entonces en mi memoria como el simbólico «Baile de los Celos».

Las fantasías eróticas. El Eros tiene sus propias fábulas...

Los amantes pueden intercambiárselas durante la relación sexual o mantenerlas en secreto. Las *fantasías* del Eros son fisiológicas: intercambiarlas supone estar en comunión; callarlas y recrearse en ellas como si fueran pensamientos, supone distanciamiento, reserva mental. Suelen ser ingenuas, pueriles, como las fábulas. Por eso, al contarlas, regresamos a la infancia, al mundo de los gnomos, de las hadas, de los misterios, sobre los que de niños hacíamos conjeturas o bien alguien las hacía por nosotros.

En las fantasías del Eros lo infantil se convierte a su modo en transgresión, en pequeña perversión. Es una forma de exorcizar nuestras partes oscuras, incluida la tentación de traicionar. La complicidad que se crea a través de las *fantasías* disuelve esos bordes obscenos que rodean como ligeros halos las mentes de los amantes. Esa obscenidad no se traducirá casi nunca en actos, a menos que el vicio de ambos se haga dueño de la situación.

Las *fantasías* son uno de los capítulos más peligrosos y controvertidos del Eros. Con cierta ironía y benévola complicidad, recojo aquí algunas de las fantasías que muchas mujeres confiesan contar a sus amantes. Una de las más banales y recurrentes es la siguiente: «Estoy en el cine contigo; llega un desconocido y se sienta junto a mí, en la butaca de al lado. Comienza a insinuarse y a acariciarme las piernas por debajo de la falda. Después su mano se desliza hacia arriba, a lo largo de mis muslos; al principio con cierto temor, el temor a que tú te des cuenta. Y tú finges no darte cuenta. Su mano sigue subiendo y se introduce bajo las bragas, yo le dejo hacer».

La mujer que así fantasea no se permitiría degradarse de esta forma en la vida real. Si alguien la molestara, reaccionaría violentamente.

Las excepciones pueden tener consecuencias imprevisibles.

Leo un titular de periódico que habla sobre un homicidio. Una joven de treinta años ha sido asesinada en Roma en misteriosas circunstancias: LIDIA, MUJER MORBOSA. El subtítulo insiste en sus relaciones morbosas y secretas: una larga historia de aventuras, de peligrosas transgresiones, a espaldas del marido. Lidia solía ir acompañada de uno de sus amantes a un cine porno y, ante los ojos de su cómplice, que dirigía la actuación, se prestaba a realizar actos sexuales con distintos hombres.

Nos servimos de las fantasías del Eros para conjurar el angustioso temor a tales aberraciones. No es cierto que una mujer íntegra no sufra, en cierta medida, de este tipo de angustia. Es más, es honesta porque la conoce y no se deja contaminar por

ella. ¿Qué conciencia, por límpida que sea, no teme que las fuerzas negativas puedan asediarla y destruirla?

También la mujer fiel se ve tentada por fantasías y contradicciones:

—Quisiera hacer el amor contigo en algún lugar donde todos pudieran sorprendemos, vemos. Quisiera que alguien me viera en este momento.

Un dicho «masculino» sostiene que por la forma de la boca de una mujer puede intuirse cómo es su vagina. En cambio, según un dicho «femenino», se puede saber cómo está dotado un hombre por la forma de sus manos, de sus dedos. Son dos reglas que no fallan nunca, afirma la gente alegremente. Y de ahí que dos amantes puedan jugar, mientras cenan con otros comensales, a cruzarse miradas cómplices a propósito de las manos y de las bocas de los presentes. Las fantasías del Eros, como los juegos infantiles, no siempre tienen necesidad de palabras.

La obsesión por «otra u otro» se repite.

—¿Puedes imaginarme con otro hombre?

—¿Y tú a mí con otra mujer?

La compañera se turba. A veces se vuelve agresiva.

La escena más perturbadora de la película *El imperio de los sentidos* es aquella en la que los ojos del protagonista, extenuado por los interminables retos de su amante, de pronto se iluminan al darse cuenta de que la vieja sirvienta ha estado observándoles desde un rincón. Entonces la posee con rabia y sin piedad, y la sirvienta muere en ese último orgasmo.

El compañero pregunta:

—¿Has hecho alguna vez el amor con una mujer?

—Quizá. Son muchas las mujeres que lo han hecho alguna vez. ¿Y tú con un hombre?

Los hombres, por lo general, se quedan horrorizados ante este tipo de confesiones. Pero también hay algunos que admiten su propia bisexualidad ocasional, vivida en otra época, cuando eran niños, y la recuerdan como simples gestos carentes de morbosidad.

—Puede ser —responden.

Las *fantasías* femeninas se alimentan con frecuencia de una realidad que se desea confesar, precisamente porque se vivió como algo hiena de lo habitual:

—Un día en que yo estaba tomando el sol en una playa africana me di cuenta de que, en medio de la larga y solitaria extensión de arena, había un hombre con la cabeza cubierta por una capucha. Era un anciano del lugar y parecía acecharme. Yo podía ver sus ojos ardientes. Estaba acurrucado como un mendigo, sucio, andrajoso. Me miraba intensamente entre las piernas... Entonces deslicé mi mano hasta las bragas y las estreché descubriendo el pubis poco a poco ante sus ojos, hasta que las bragas penetraron en él. No era ese gesto obsceno lo que me excitaba, sino que aquel desecho humano se sintiera invadido por una felicidad que nunca hubiera esperado: la de sentir su sangre rejuvenecida por el deseo hacia una mujer enigmática a la que

ansiaba con todo su ser, mil veces más que el dinero que esperaba pacientemente, y que, más pronto o más tarde, alguien le daría... Estaba allí sin pedir nada, inmóvil bajo el sol abrasador de aquella playa, como un desecho...

Las amantes también fantasean con que su compañero las insulte con epítetos degradantes; o con que las trate con una torpeza infantil mientras les dirige estos epítetos.

Y cuando parece que cierto delirio envuelve la mente de la mujer, haciéndole olvidar sus inhibiciones, sumergiéndola en una especie de hipnosis de la que afloran verdades que ya no puede controlar..., el hombre, a diferencia de su «cómplice», se ve asediado, en gran medida, por los «celos retrospectivos», que es la forma más morbosa y punzante de los celos. En este caso, la excitación autopunitiva nace de lo que quisiera conocerse —y al mismo tiempo ignorar— acerca del pasado de la compañera, de las experiencias sexuales que ella ha vivido. Con qué hombres, cómo y cuándo... Sobre ese pasado, que puede convertirse en una obsesión, surgen miles de hipótesis turbulentas, y el amante lo llena de fantasmas, de excesos, de situaciones posibles e improbables.

También las fantasías del Eros tienen su Pulgarcito y su Ogro. Entre la larga lista de complejos que toman su nombre de los cuentos, se encuentra el «Complejo de Pulgarcito». Por otra parte, en algunos textos puede leerse: «El Ogro corresponde a la introyección del agresor».

Lo importantes es exorcizar, con libertad, todos estos temores inútiles.

El Eros es también una leyenda amable...

Era una historia que contaban en Parma.

Hace tiempo existió una joven de veinte años que tenía una bellísima voz. Se llamaba Oberta Bonifacio. Su padre, que en virtud de su apellido idolatraba al *Oberto conte di San Bonifacio*^[2] la había tenido a ella en lugar de al ansiado varón. De ahí que la bautizara con el nombre de Oberta: «*Il pensier d'un amore infelice*» explicaba él, citando el breve libreto en dos actos que Temistocle Solera había escrito para Verdi «*Fui tradito, fui deluso... Scherno non sei tu sola*»^[3].

Bajo la casa de los Bonifacio se reunían fervorosos admiradores llegados de todas partes, algunos de muy lejos. Pasaban una y otra vez por delante de la casa, alegando cualquier pretexto; y poco a poco iba formándose una pequeña y palpitante multitud, que esperaba con paciencia lanzando de vez en cuando miradas al balcón, cuyas cortinas estaban echadas tras los geranios.

Antes o después, Oberta cantaría.

Ella los espiaba por detrás de las cortinas. Se sentía complacida de que los fingidos transeúntes formaran un grupo cada vez más numeroso, pero, al mismo tiempo, luchaba contra el pánico que le infundía la gente:

—El mundo me da miedo —decía.

—El mundo le da miedo —confirmaba desolado su padre. Y buscaba un motivo para disculparla—: El mundo de los hombres es cruel. ¿Acaso no fue vencido Oberto, conde de San Bonifacio, por Ezzelino da Romano?

—Así fue —le contestaba la gente dándole la razón.

Pero no siempre la espera bajo la ventana resultaba infructuosa.

A veces Oberta se sentía incitada por una señal que no tenía nada que ver con la humanidad: podía ser una luz que, deslizándose por las paredes, anunciaba una luminosa primavera; o un aroma de tilos que llegaba desde las avenidas y la embriagaba; o la cómica felicidad de un gato salvaje, al que veía revolcarse sobre el tejado de la casa de enfrente.

Entonces corría ardiente a refugiarse en las habitaciones más apartadas de la casa. Y, tumbada en la cama, en medio de la penumbra, hacía el amor en solitario. Sólo cuando gozaba, sólo a través del orgasmo que se procuraba a sí misma, se enfrentaba a su miedo al mundo y su voz se liberaba.

Y nacía un magnífico canto:

—*Tutto è follia nel mondo / Ciò che non è piacer. / Godiam, fugace e rapido / E il*

gaudio dell'amore, / E un fior che nasce e muore, / Né più si può goder^[4]!

El alma de Violeta volaba sobre la ciudad.

—Canta mejor que la Malibran —afirmaban algunos.

—Mucho mejor —aseveraban otros.

El Eros aparece cuando menos te lo esperas...

Cuando vivía en Parma, solía salir de casa después de comer, a esa hora en la que las calles de las ciudades de provincia se hallan desiertas bajo el sol.

De pronto, con estupor, me daba cuenta de que llevaba un rato siguiendo a una mujer por una serie de arrabales y callejuelas. Solía tener un físico parmesano, no sabría definir de otra forma su encantadora vivacidad, sus caderas y sus hombros, en los que se veía su ascendencia campesina, y sus piernas, con las que había aprendido a caminar con elegancia. Esta elegancia era un legado de sus padres, cuyo único medio para que sus hijos se diferenciaron de ellos era enseñarles a moverse y a expresarse como los propietarios rurales a los que se hallaban sometidos.

Veía en ella a generaciones de mujeres que habían amamantado a familias enteras de amos y destetado sexualmente a sus primogénitos.

Y, si paseaba en bicicleta por la periferia, de nuevo me daba cuenta de que estaba siguiendo a una muchacha que se dirigía en bicicleta hacia su trabajo pedaleando con alegre energía. El viento le levantaba el vestido y dejaba al descubierto la parte posterior de sus muslos, y yo observaba aquella carne blanca y rosada, que vibraba de arriba abajo por el pedaleo.

Cuando la muchacha se daba cuenta de que alguien la seguía, se erguía imperceptiblemente sobre el sillín, haciendo que el vestido se le levantara mucho más, hasta dejar al descubierto el inefable punto donde la cenefa de las braguitas surcaba levemente sus nalgas.

Era una calculada invitación por parte de ella con el fin de que surgiese de improviso un diálogo de ardientes y recíprocas provocaciones. Yo debía mantener la distancia, pues, de otro modo, aquel diálogo se hubiera interrumpido. El deseo hacía latir mi corazón, se introducía en mi sangre y me embriagaba como el aroma de los tilos que bordeaban las avenidas. Después la desconocida desaparecía por una callejuela lateral.

Aquellas muchachas de la región de Emilia crecían sexualmente educadas dentro de lo que yo he definido en varias ocasiones como la cultura del sillín, el Eros del sillín. El sexo y el sillín, cómplices, desde jovencísimas, en un vínculo solar, al aire libre. Se trata de algo más sutil que una masturbación, de algo carente de sentimiento de culpa, pues, al hallarse inmerso en las necesidades de la vida, se convierte en una transgresión osada e inocente.

Una joven me confiesa:

—Me gusta llevar faldas que tengan mucho vuelo para que el viento pueda jugar con ellas y deje al descubierto unas minúsculas braguitas. Soy feliz haciendo felices a los que me ven. Y por otra parte me excita el hecho de provocar y al mismo tiempo sentirme honesta.

...

Don Marco, párroco de Sabbioneta, mi segunda patria, era uno de esos hombres de quienes las mujeres dicen que «gusta a las mujeres». Pero llevaba hábito, y eso, ante mis ojos, le hacía diferente. Me tenía simpatía y definía mi inteligencia de chiquillo como «un vino desenfadado», como el malvasía, que, sin embargo, hace hervir la sangre y estimula la mente. Le ayudaba en misa y de vez en cuando le hacía algún recado; pero en general me pasaba las horas sentado bajo el sauce que había junto a su casa.

Giulia aparecía por el campo.

Era una mujer que nunca dejaba en paz a don Marco. Se sentaba junto a él en el banco de la iglesia y, acercando sus caderas a las de él, como para que se apartara un poco, se subía la falda para darse aire y dejaba al descubierto sus piernas abiertas y desnudas. Después del enjambre de beatas que acudían a la misa de la mañana, la nave volvía a animarse con una respiración humana, y aquella figura de mujer volvía a dar un sentido al dedo amenazador con el que Dios hacía una llamada a la humanidad para que se alejara de las tentaciones. Los ojos de los santos parecían más vivaces tras las telarañas y el cielo tempestuoso y violáceo que les servía de fondo se volvía más real.

Don Marco fingía no verla y se recogía aún más en la oración, o al menos eso me parecía a mí, que no dejaba de espiarles.

Después Giulia asía al párroco de la mano y lo arrastraba a través de la nave, como si lo condujera a una sesión de amor. Don Marco se metía dentro del confesonario y, cuando corría la cortinita, encontraba tras la rejilla el bello rostro de la mujer, su respiración. Giulia se confesaba con una voz llena de fingida devoción, pero era implacable a la hora de describir minuciosamente los pecados carnales que cometía con éste o aquél. La maledicencia popular decía de ella: «Va con todos. Incluso con su padre y con los animales». Y, sin embargo, su perfil era tan puro que parecía imposible que pudiera alterarse con placeres infames y mucho menos que los animales aproximaran su cabeza a ese perfil.

Yo espiaba aquella confesión que tenía lugar en el fondo de la iglesia y que, furtiva como un abrazo, unía a don Marco y a Giulia. Al imaginarme lo que ella podía estar confesándole, me veía asaltado por delirantes visiones que se traducían en una tensión insoportable, hasta que la violencia con la que los sentidos reaccionaban alcanzaba el límite.

Un día coincidimos los tres en la puerta del campanario. Se notaba perfectamente

que Giulia no llevaba nada debajo de su ancho vestido de vivos colores, ceñido al talle con un cinturón. Giulia nos precedió por la escalera. Don Marco tras ella. Al alzar los ojos, vi sus finos tobillos y la piel blanquísima de sus muslos dentro de la oscuridad del vestido. Tuve la tentación, como seguramente la tuvo don Marco, de adentrar mi mano entre sus muslos, sin apenas rozarlos, y llegar hasta el calor que emanaba de su pubis: sumergir los dedos en aquel calor y, con un gesto de adoración sacrílega, hundirlos en el sexo que parecía inmenso.

...

Me encontraba dentro de uno de esos atascos que se producen en el Lungotevere a las horas punta y avanzaba lentamente entre una infinidad de coches. Uno de ellos se detuvo a mi lado. El rostro de una joven apareció en la ventanilla y nos miramos a través de los cristales.

Comprendí que ella hubiera deseado apartar los ojos. Pero no lo hizo. Mantuvo mi mirada, resolviendo en una fracción de segundo un conflicto consigo misma. Conozco muy bien ese tipo de mirada, esa expresión del deseo. Este iba convirtiéndose en una fuerza que la joven no conseguía dominar, que la hipnotizaba como estaba hipnotizándome a mí. Sobre sus ojos verdes los párpados parecían inmovilizados.

En su mirada leí, sucesivamente, varias emociones opuestas: estupor, felicidad de encontrarme, amargura, esperanza. Pero sobre todo el deseo de que nos conociéramos. Era una joven bellísima. Me mantuvo la mirada entre el estruendo de las bocinas que nos agredían por todas partes.

Después el coche arrancó de pronto y se llevó consigo la inesperada mirada de Eros.

Entre dos amigos...

Entre dos amigos puede nacer una musical complicidad que encuentra en los sentidos a sus intérpretes orquestales y crea un vínculo inefable, difícil de definir. Entre ellos puede introducirse también la melancolía, el pesar por los amores imposibles y por las mujeres indiferentes que, dominadas por el mundo femenino, a menudo exclusivo, neurasténico y autosuficiente, se muestran obtusas y perversamente distantes, como si la misma atracción que sienten hacia los hombres fuera lo que las alejara de ellos.

Es muy difícil saber dirigirse con delicadeza a las mujeres. En cambio, entre dos amigos se desvanece la angustia por las asperezas, por las traiciones y puede nacer una relación emocional, afectiva, que es como vivir «a pie de página de la vida», como cuando en una carta añades una frase, «apenas una línea», donde el corazón se expresa con una absoluta y recíproca entrega y la propia sensualidad, al reflejarse en la del otro, adquiere unas dimensiones y una fuerza fuera de lo común, porque se alimenta de esa sensación de sentirse excluidos de la realidad vulgar que ambos comparten.

Las mujeres no comprenden qué lenguaje del Eros puede permitir a dos amigos comunicarse castamente. Debido a su malicia, las mujeres imaginan en ellos una oculta homosexualidad. Este absurdo error del mundo femenino nace de su sentimiento de casta, que no las deja aceptar, ni siquiera como hipótesis, la posibilidad de que alguien las destrone.

En muchos casos donde está en juego el placer del alma la homosexualidad y la heterosexualidad son sólo unos dogmas útiles, fruto de la milenaria manipulación de las mentes, semejante a las prevenciones de distinta naturaleza que llevan a veces a la Iglesia católica a no tener en cuenta a las mujeres en la práctica de la vida espiritual.

El Eros, a diferencia del hombre, no vive de dogmas. Disuelve con su luz los conflictos pasajeros y no hace suyos los tabúes, los miedos y los asfixiantes lugares comunes que envenenan a una sociedad superficial. Como Eros no es un dios, sino un sacerdote al servicio de la libre fantasía de los sentidos, tú puedes pertenecer a un amigo y él a ti; cada uno de vosotros puede permitir que el otro entre en su interior, dejándoos llevar por un feliz sentimiento de atracción hacia lo «desconocido», fruto de la inteligencia, que es siempre voluble, abierta a todo, que acepta el riesgo, no se deja destruir por la corrupción y es capaz de sumergirse en el dolor y volver a emerger de él.

Un alma solitaria, incomprendida, tiene mucho valor. Es una Linterna Mágica.

... Recuerdo que aquel día el silencio reinaba en casa de M. Nos sentíamos observados por él, como si fuera una mirada que, fija en nosotros, abarcara al mismo tiempo toda la habitación. Alzamos la cabeza y miramos a nuestro alrededor para responder con los ojos a aquella mirada que nos dominaba y manifestarle que éramos conscientes de su presencia y de su fuerza.

Me hubiera gustado levantarme e irme, y a M., encerrarse a oscuras en su habitación y llorar. Pero en ese momento la soledad se nos adelantó: se transformó en sirena y por encima de los tejados romanos trajo un embrujo de Oriente, que contenía la melodía de la vida justo cuando nosotros la sentíamos alejarse de nuestro lado, de nuestro deseo de ser felices.

M. encendió el tocadiscos y la música inundó la habitación.

Después avanzó hacia mí y me hizo una caricia. Podíamos leer en nuestros ojos la exacta e infalible sintonía que nos unía, permitiéndonos dar un gran salto en nuestra confianza mutua.

Eso fue todo.

El Eros desafía al tiempo

Cuando volví a Po, alquilé una barca con motor y pedí que me llevaran a los diques de Puttina. A ambos lados del río, donde se reflejaba una luz clarísima, se sucedían villas y jardines. A medida que avanzábamos, la soledad fue haciéndose cada vez mayor, hasta que, a una señal mía, el barquero se detuvo ante un dique principal, junto a unos palafitos sobre los que había algunos barracones destruidos.

A aquella zona de vegetación lacustre la llamaban *Véc Bérgniff*: «Viejo Libertino». Las esclusas se hallaban cubiertas por una herrumbre dorada y el centelleo del sol entre los cañaverales las hacía parecer armaduras de guerreros gonzaguescos, hundidos allí a centenares en remotas batallas.

Los viejos iban a aquel lugar a hacer el amor, mientras que las parejas jóvenes jamás lo pisaban.

Una vez vi a dos ancianos haciendo el amor. Surgieron de improviso entre las cañas del Bosco Rosso y se detuvieron debajo de un chopo. Debían de haberse decidido de pronto e irreflexivamente, pues él —un sastre de Cicognara al que yo conocía— tenía el delantal aún lleno de alfileres. Y cada vez que intentaba abrazar a su compañera ésta se apartaba, pues siempre se le clavaba algún alfiler y tenía que quitárselo. Así pues, el comienzo, salpicado de las risas de los dos viejos, fue bastante laborioso. Hasta que llegó un momento en que ya no quedó ni un solo alfiler en el delantal del sastre y pareció que ya nada podría complicar las cosas.

Entonces comenzaron a hablar de una cicatriz que ella tenía en el seno. Seguramente recordaban y discutían la historia de ésta, en una de esas conversaciones sin fin propias de su edad. Debía de tratarse del suceso más amargo de su vida, porque la mujer lloró e incluso trató de huir, pero él la asió bruscamente y comenzó a consolarla con una inesperada ternura.

Volvieron a reírse juntos, ahora por cualquier pretexto, como unos chiquillos. De pronto, ella, haciendo un movimiento imprevisto, obligó a su compañero a tumbarse boca arriba en la hierba. Le acarició el pecho y pareció meditar sobre la posibilidad de unir sus dos soledades, ya no con una fingida alegría, sino con una complicidad distinta. Por último se tumbó junto a él y le desabrochó torpemente los pantalones, sin implicarse en el gesto, como si no se sintiera digna de entregarse a las prácticas de una juventud ya demasiado lejana. Le extrajo el miembro y se inclinó para mirarlo. La anciana debía de haber aprendido, a costa de su propia vida, que los milagros no existen pero que es absurdo no esperarlos.

El viejo, sonriendo, contemplaba con la misma intensidad que ella aquel miembro

flácido que descansaba sobre sus pantalones. Al principio con desconfianza, después cautamente festivas, las cuatro manos comenzaron a acariciarlo al unísono. Los viejos se sentían felices, volvían a ser dos chiquillos que preparan una cometa para echarla a volar. De vez en cuando las manos interrumpían las caricias para estrecharse, como si trataran de infundirse ánimos.

Ante una inesperada y enérgica erección, el viejo sastre se quedó estupefacto. Antes de seguir con la vista a la cometa que se dirigía directamente hacia el cielo siguiendo una mágica trayectoria, se miraron desorientados, sin saber qué hacer, sin creer en lo que veían sus ojos, temerosos de que se desbandara, de que una ráfaga de viento la hiciera perder altura. Parecían preguntarse por qué misteriosa fuerza el miembro se había echado a volar: ¿Sería porque sus propios cuerpos aún poseían y alimentaban esa fuerza sin ellos saberlo, sin imaginarlo siquiera? ¿O se trataba de una pequeña distracción del tiempo, de un momento de gracia olvidado por el paso de los años?

La vieja se levantó y se adentró en el cañaveral para celebrar el acto.

El viejo la siguió: parecía un malabarista que, con extremo cuidado y el corazón en vilo, mantuviera en un peligroso equilibrio una pila de objetos.

El eros de la renuncia

Era octubre...

Riano era un lugar muy agradable. Las habitaciones estaban pintadas de colores delicados. La villa tenía un parque. El bosque comenzaba a teñirse de otoño. La transparencia de las cosas se contagiaba a los invitados. No muy lejos había un pequeño lago a cuya orilla yo había ido a menudo a sentarme. Flavia me había seguido hasta allí el primer día. Me gustaba su forma de hacer que el silencio sonriera. ¿Por qué fingía entonces indiferencia hacia ella?

Quizá me hubieran influido los discursos de los invitados en los que se repetía la acostumbrada frase: «A nuestro alrededor, predomina el sexo sin alma»; paradójicamente, a muchos hombres y mujeres les tranquiliza el hecho de que la sociedad parezca vivir el sexo de un modo tan falso como ellos. Alguien había hecho una referencia al informe del primer Congreso de Sexólogos Europeos: «Para la mayoría de la gente el sexo resulta aburrido, repetitivo, previsible, y, en general, existe una disminución del deseo...».

Otro había ironizado sobre la sexología, sobre las teorías que analizan todo con un gélido bisturí cuando, por el contrario, es un tema que exige una profunda implicación, a veces dolorosa, en las experiencias personales, pues es algo que se alimenta de la propia vida:

—Debemos analizar la sexualidad en nuestra propia carne, como el remordimiento, no desde detrás de una mesa.

Yo había pensado en las palabras del francés Paul Léautaud, uno de mis escritores preferidos de este siglo, que, a pesar de su originalidad, sigue siendo para muchos un desconocido. Poeta del amor físico y, como Proust (a quien nunca quiso leer), de la difícil comunicación amorosa en la época contemporánea, fue cautivador y original sin arrogancia, tanto a la hora de escribir como con sus excéntricas amantes. Escribió: «Nuestra primera patria en la tierra es la vida y ésta se halla contenida en el deseo que nos mueve. No hay nada que justifique el sacrificio de la vida, no hay nada más repugnante que aquello que hace desaparecer el deseo. Es necesario identificar esta araña cruel y sacarla de su madriguera a toda costa».

Y ahora yo decía a Flavia:

—Perdóname. Me gustaría quedarme solo.

Reaccionó con pudor, con una respetuosa tristeza.

—¿Estás deprimido? —me preguntó.

—No —mentí.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Nada.

Comprendí que se alejaba dolorida, humillada. Y, sin embargo, me gustaba muchísimo.

Volví a verla por la tarde. Estaba tomando el sol en el borde de la piscina. Observé disimuladamente su cuerpo, cubierto tan sólo con unas braguitas. Por mucho que tratase de retenerlo, mi deseo, que ella provocaba con su sensualidad, se abrió paso en mí a través de esa ambigua grieta de la certeza que es el asombro.

Al no conseguir manifestarse a través de mí actuaba por su cuenta. Se paseaba sobre Flavia con sus delicadas garras, como una gata que hubiera saltado de las rodillas de un amo huraño. Se detenía en sus senos, en su vientre, en sus ingles y en la sombra del pubis que las braguitas dejaban al descubierto.

Aquel cuerpo solar...

Flavia se incorporó. El pudoroso intento de excitarme que se ocultaba en su graciosa forma de caminar me hizo pensar en los ritos secretos de la femineidad y, de pronto, la asocié con algunos en los que yo había participado hacía ya mucho tiempo, para mí los mejores. Mi deseo se preguntó: «¿Cómo hará Flavia el amor? ¿De un modo exhibicionista o con el pudor con el que se comporta conmigo? ¿En silencio o diciendo alguna palabra que otra? ¿Escogerá con cuidado a sus amantes ocasionales o no hará muchos distinguos entre unos y otros?».

Los demás hombres —era evidente— la observaban con las mismas fantasías que yo.

Era la última noche. Los invitados subieron a sus habitaciones. Yo también. A la derecha de mi cuarto se hallaba el de Flavia, quien, ante su inminente partida, se movía de un lado para otro preparando su bolsa de viaje.

Salió al pasillo y cerró la puerta con más fuerza de lo necesario. Sus pasos se detuvieron detrás de mi puerta. Yo la oía respirar, esperar. Me acerqué al picaporte. ¿Por qué seguía yo dudando?, me pregunté. ¿Por temor a que por una nimiedad mi frágil deseo pudiera desvanecerse? ¿Por temor a que el encanto, cada vez más difícil de hallar, pudiera desaparecer?

«No», reconocí para mis adentros. Era, decididamente, por el morboso placer de la renuncia.

Oí el sonido de los pasos de Flavia, que bajaba las escaleras, y después el ruido del motor de su coche partiendo hacia Roma.

Cuando el Eros conyugal vuelve...

Dejé que me siguiera...

Hacía dos años que no veía a mi exmujer, que ni siquiera hablaba con ella por teléfono.

Y de pronto oí aquellos pasos resonando en la silenciosa y desierta Roma, semejantes a las gotas que después de haber llovido caen cadenciosamente sobre los canalones, a los latidos de un corazón dentro de un cuerpo enmudecido.

Sabía perfectamente que era ella. Cuando oí aquellos pasos a mis espaldas en medio de la noche, fue como si una mano me aferrara la garganta. Eran inconfundibles. Aquellos pasos, sólo aquellos pasos, en los que apenas podía percibirse una ligera desarmonía, han permanecido impresos en mi corazón. Acompañaron a los míos durante largos años, y los míos trataron de armonizarse con ellos por las distintas calles del mundo; mejor dicho, mientras caminamos juntos intentamos aunar en una armonía común dos desarmonías que, después, hemos conservado para siempre cada uno por nuestro lado...

Todo acabó como acaban muchas relaciones conyugales, sin saber por qué. Sólo porque así es la vida.

En ese momento estaba atravesando la Piazza San Bernardo y reflexionaba sobre el *Moisés* que había en el centro de la fuente, atribuido por la tradición al incauto Próspero de Brescia. Cuentan que Próspero quiso emular el *Moisés* de Miguel Ángel, pero esculpió su estatua tumbada en el suelo y cuando, una vez acabada la levantó, descubrió horrorizado que se había equivocado en todas las proporciones.

¿Habría yo esculpido de ese modo mi vida, mi matrimonio? Y a la hora de la verdad, cuando había tratado de levantarlos... Quizá Marta, mi exmujer, estuviera pensando lo mismo.

A esas horas no había nadie en la plaza.

Yo caminaba y mis zapatos emitían el sonido apagado de mi soledad. Los pasos de ella seguían resonando detrás de mí. Cuando me detenía, se detenían. No obstante, yo me detenía o proseguía como si no pasara nada, como si ella no estuviera. Ni me volvía ni pensaba en volverme.

Llegué a Via di Santa Balbina, donde («Qué extraño», me dije), según el *Mirabilia Urbis*^[5], se hallaba encendido el Fuego de la Esperanza y cuando los desgraciados lo miraban dejaban de sufrir. El cristianismo de Roma se refleja sobre todo en esto: en su tendencia a crear leyendas para que los pequeños misterios de los hombres no se pierdan en el universo del absurdo.

Y de nuevo oí sus pasos. Entonces se me ocurrió una idea: haría que Marta me siguiera hasta nuestra casa. Probablemente ella, mientras me seguía, había tenido ese mismo deseo. Marta, al comprender que yo no iba a tratar de entrar en contacto con ella, saboreaba conmigo —yo lo sentía— el placer, un poco desenfadado, de seguirme.

Sentí una emoción, ora violenta, ora dulcísima, al darme cuenta de que estábamos recorriendo los mismo lugares por los que nos habíamos perdido la primera vez que salimos a cenar juntos, en una noche muy fría, también de diciembre, ya perdida en el tiempo.

Recuerdo que, al salir del restaurante, apoyé mi mano en su hombro, sin saber que aquel gesto banal me produciría la sensación de estar felizmente acompañado y que eso supondría un gran paso en nuestro conocimiento mutuo. Percibí el ritmo de una respiración, la expresión más íntima de una existencia que, a partir de aquel momento, estaba destinada a acompañar la mía.

—Me apetece caminar —había dicho Marta.

Caminamos en silencio y, al oír resonar nuestros pasos en medio de la noche romana, se desvanecieron en nuestro interior las palabras que no habíamos pronunciado, que ya no necesitábamos pronunciar.

En su belleza había algo nítido y matutino que me impresionaba. A veces la naturaleza, en estado de gracia, imprime en algunas mujeres ciertos rasgos y formas con los que crea un sutil juego de atractivos opuestos. En Marta parecían prevalecer la entrega y la ternura; aunque a veces un pensamiento que no tenía nada que ver conmigo la distrajera y la distanciara de mí.

En ocasiones cogemos de la mano a alguien simplemente porque deseamos que nos guíe. En cambio ahora nos adentrábamos por esas mismas calles como dos soledades errantes, distantes y encerradas en la idea de lo improbable, entregadas tan sólo al rumor de los pasos que compartíamos desde hacía un rato... Aquella noche había sido muy agradable caminar juntos sin rumbo fijo, riéndonos y parándonos delante de las rejas de las tiendas cerradas. Marta se entusiasmaba ante los escaparates de las joyerías y no nos preocupábamos de decir cosas importantes, sino que decíamos lo primero que se nos pasaba por la cabeza, dejándonos llevar por una risa un poco infantil.

Nuestras manos volvían a ser las de unos adolescentes, tanto por su deseo de contacto como por el modo de despertarlo.

La nieve comenzó a caer suavemente.

Continuamos callejeando, respirando profundamente aquel olor a nieve que invadía la ciudad desierta, y Marta se divertía como una niña al dejar que los copos de nieve cayeran sobre ella. Se acercó a una pared y miró hacia arriba:

—Vayamos a tu casa y hagamos el amor.

Lo propuso con alegría, sin la artificialidad o el ansioso automatismo con el que normalmente las mujeres deciden entregarse.

... También ahora, mientras ella me seguía y yo dejaba que me siguiera, la nieve comenzó a caer suavemente. Yo aguzaba el oído, temiendo que de un momento a otro sus pasos se desvanecieran. Pero se mantuvieron constantes, respetando siempre la misma distancia. Comprendimos que podíamos comunicarnos a través de nuestros pasos e intercambiamos todas las preguntas y respuestas que, durante dos años, habíamos silenciado en nuestro interior:

—¿Por qué sucedió?

—Nos lo hemos preguntado infinidad de veces. Los finales se rigen por unas leyes que a veces nos resultan indescifrables.

—Por tus nervios, Marta. Por las escenas que me organizabas sin ninguna razón, por cualquier motivo. Por tu falta de comprensión...

—No, por la tuya.

Cuando disminuíamos el paso era como si cambiáramos de conversación:

—¿Has rehecho tu vida?

—¿Y tú?

—Ya estás como siempre, respondiéndome con otra pregunta.

—Solamente lo hacía cuando tus preguntas nacían de tu egoísmo. Cuando no comprendías que los demás tenían tus mismos derechos, o mejor dicho, más derechos que tú. A veces das la impresión de querer destruir todo lo que tienes, para después quedarte completamente solo. Mírate.

Me miré en un escaparate:

—Y tú, Marta, ¿no estás completamente sola?... Tienes una idea equivocada de mí. A algunas mujeres os resulta imposible comprender que los hombres sientan tanto amor por vosotras que no puedan separarlo de sus propias crisis, de su miedo al destino, llegando a formar parte de sus propios cuerpos, de todos los matices de sus almas... sin permitir que ningún equívoco lo enturbie...

—Sí, tal vez sea cierto. Sólo ahora lo comprendo.

—Pero ya es tarde. ¿Oyes esa campana en medio de la noche? Parece querer decirnos que es demasiado tarde...

—Sí, la oigo.

Marta, me gustaría volverme y leer en tu rostro las señales que estos años han dejado en ti. Ver si tu rostro está más distendido y si has dejado de tener esas neurastenias que cualquier nimiedad provocaba en ti.

—Puedo ver tu espalda, trato de leer en tus hombros tu nueva vida..., qué difícil es. Se te han aclarado un poco los cabellos.

Sólo la noche, vacía, que miraba amorosamente nuestras vidas, parecía saberlo todo acerca de nosotros. Tal vez porque nuestras propias vidas fueran también dos noches amantes de la soledad.

Entré en el portal de la que había sido nuestra casa y lo dejé abierto. Subí las escaleras y me detuve en el descansillo del segundo piso, delante de la que había sido nuestra puerta. También los pasos de Marta, después de vacilar unos segundos,

entraron en el portal. El corazón me palpitaba: ¿seguirían avanzando? ¿Les oiría subir los peldaños?

Me acerqué al umbral haciendo ruido con los zapatos para que mis pasos resonaran más fuerte en medio del silencio de la casa. Fueron como las últimas palabras de nuestra conversación:

—Marta, ya es más de medianoche. Hoy es mi cumpleaños... ¿Por qué te has detenido? ¿Por qué no me dices nada? Aunque no quieras felicitarme, dime al menos una palabra...

Sólo me respondió el silencio.

—Qué largos se me han hecho estos años... Ahora ni siquiera nuestro gato me espera detrás de la puerta. Parece como si todo estuviera acabando también a nuestro alrededor. Quizás estos pasos que se han detenido sean nuestro último adiós.

Oí los pasos de Marta volver hacia la puerta del portal y desvanecerse en la noche iluminada por el resplandor de la nieve. Entré en el apartamento, pero no encendí la luz. Me quedé quieto en medio de aquella claridad sobre la que se recortaban las cosas. Volví a recordar sus palabras:

—Vayamos a tu casa y hagamos el amor.

Recordé aquella noche de amor en todos sus detalles. Fue como vivirla de nuevo.

Las Mujeres-Mecano

Mecano: juego para niños formado por piezas de metal con el que pueden realizarse diferentes construcciones mecánicas.

... La mitología tuvo sus mecanismos y los convirtió en monstruos: en minotauros, dragones, arpías y quimeras. «Los monstruos son menos frecuentes que los milagros», sostiene Balzac. Y Buffon, que intentó clasificarlos, añade: «El monstruo es una advertencia biológica que nos recuerda cómo la naturaleza, incluso bajo la máscara del sexo, es capaz de helar el alma y el deseo».

Estamos viviendo en la época de la habituación. La televisión, por ejemplo, realiza en nosotros un auténtico lavado de sentimientos al suministrar, a la hora de la comida y de la cena, todo tipo de monstruosidades, utilizando tanto los sucesos diarios como los crímenes de la Historia. Los horrores han acabado por compensarse y por perder sus diferencias, lo cual nos impide distinguirlos unos de otros a la hora de interpretarlos o juzgarlos. De ese modo, las atrocidades de Piazzale Loreto^[6] son equivalentes a las matanzas de la Mafia y de la Camorra; y los exterminios de Bosnia y de Ruanda, a una hipotética Lorena Bobbit que castrara en directo a su desgraciado compañero.

El efecto de la habituación es en sí mismo un horror. Los espectadores se han convertido en indiferentes mirones de las masacres. Ya no sienten indignación ni piedad, sólo una curiosidad teñida de una morbosa veleidad cognoscitiva.

Aristóteles afirmaba: «La monstruosidad no es algo contra natura, sino contra lo que debería suceder en la naturaleza».

Las Mujeres-Mecano se configuran a partir de estas consideraciones. Son actrices y al mismo tiempo espectadoras habituadas a sí mismas. No son juguetes sencillos, sino «cerebrales»: pendientes de guardar las apariencias, como su estatus social y burgués les exige, pasan de un hombre a otro con cautela y en secreto, entregándose casi a diario a un hombre distinto. El tema de la doble moral de ciertas mujeres no es nada nuevo: mientras que por un lado conservan en la vida diaria su «respetabilidad», por otro, se entregan a sórdidos coitos. Por eso, cuando la gente se refiere a ellas no lo hace abiertamente, sino que dicen con una complicidad «burguesa»: van con todos, se entregan a cualquiera.

Con un oscuro imán fálico en lugar de corazón, estas mujeres se dejan atraer por el aspecto del hombre, por poco seductor que sea. Este debe ser guapo y aparentemente joven, tener fama de poseer un pene bestial y, por lo general, ser un ignorante; de la misma manera que se dejan seducir fácilmente por las superficiales

atenciones de hombres demencialmente viriles, no menos monstruosos que ellas y practicantes del coito obtuso e indiferenciado. Y a menudo son los chismorreos de sus amigas-mecano los que las incitan a tomarlos como amantes: «Ese hombre es maravilloso en la cama», aunque después resulte un fracaso.

Lamentables sacerdotisas de los miserables deseos ajenos, sórdidas huérfanas de Eros, por quien son castigadas, buscan ansiosamente al padre imposible en el limitado «placer local», en la gimnasia del coito, en el que son expertas técnicamente pero no sensualmente (algo de lo que no se jacta una prostituta sincera). Piensan que son ellas las que dirigen el juego, sin comprender que el mecano es una forma de absoluto servilismo.

El mecanismo que las mueve, lleno de complejos oscuros y de ambiciones frustradas, forma parte de los pequeños horrores de su deshumanidad primordial. Son unas pobres comediantes que repiten una y otra vez la misma pantomima: deben unirse una y otra vez a unos cuerpos masculinos siempre extraños, deben ofrecerse una y otra vez a la penetración de unos falos extraños, con los que son llamadas a celebrar, en una cama, las ceremonias que aun siendo con frecuencia rápidas siguen siendo forzadas y sórdidas idolatrías.

Las diversas secuencias de esta pantomima, en las que se someten a las experiencias más humillantes, se desarrollan con la misma furtividad cómplice y macabra con la que los sicarios ejecutan sus crímenes: el recíproco desnudarse, los besos forzados del comienzo, el falo que debe ser gratificado con la excitación, con las masturbaciones, con el coito oral. Las Mujeres-Mecano utilizan como parámetro los grandes falos que no emiten ningún magnetismo erótico. El hombre lo hunde en ellas y después pregunta estúpidamente:

—¿Te he hecho daño?

El coito en estos casos es repugnante.

Produce horror imaginar esos cuerpos femeninos tan frágiles en comparación con la fuerza anatómica masculina, a esas mujeres con las rodillas hundidas en la cama y la cabeza inmovilizada hacia abajo, como si esperaran a ser decapitadas. Uno se pregunta cómo consiguen absorber esos falos: hasta qué punto deben dilatar, no ya sus orificios, sino su conciencia. Cómo consiguen soportar esos embates gimnásticos sin que se les rompan los huesos.

No se entiende cómo pueden recibir esperma, de vez en cuando, sin el más mínimo sentimiento de amor, ni cómo pueden dejarse ensuciar para después levantarse, ir al cuarto de baño, lavarse con total desenvoltura, pero sin dignidad alguna, y volver a tumbarse entre las manchas, restos de una monstruosidad que ha tomado consistencia. Y luego otra vez volver a limpiarse y a secarse, sin dejar de soñar con un orgasmo profundo e imposible. Y uno se pregunta también cómo pueden entre coito y coito fumarse un cigarrillo, intercambiar palabras vacías y absurdas y luego volver a empezar siguiendo siempre el mismo esquema:

Primero los «Hazme esto. Ponte así».

Luego la estúpida pregunta del hombre que cree haber salido victorioso de la prueba: «¿Te ha gustado, querida?».

Y por último la acostumbrada respuesta, fingida, hipócrita, cansada de toda esa hipocresía, de la Mujer-Mecano: «Ha sido mejor que nunca».

¿Son ninfómanas crónicas enfermas de una *libido insaciable*? No, son sólo náufragas de una soledad patológica, de una sed de afirmación que no han podido satisfacer en otra parte, de una soberbia femenina. Cuando se les pregunta en confianza acerca de todo esto, tratan de ocultar una profunda turbación cuya razón desconocen, una repugnancia hacia sí mismas que no admitirán jamás; exponen vagas y confusas justificaciones. Sin embargo, dentro de su confesada búsqueda de un placer completo, difícil de encontrar, hay algo de verdad: la búsqueda del hombre adecuado. Las más amargadas reconocen: «Soy todo lo que no quisiera ser. Me siento derrotada y humillada, pues me he entregado demasiado y lo único que he conseguido ha sido hacer gozar a los demás».

Su comportamiento, que nace de ser frías con respecto al Eros, sólo puede curarse con un amor auténtico.

Lo más monstruoso es que sienten nostalgia de algo que no conocen y que, sin embargo, imaginan como algo horrible, cuando en realidad es algo grande y dramático que se encuentra probablemente en los mismos orígenes de la vida de cada ser humano. Esta nostalgia de algo desconocido para ellas las lleva a entregarse a coitos que al final resultan ser todos iguales, como los horrores que nos muestra diariamente el mundo de las imágenes. Y al final lo único que les queda es el cómputo de los falos conquistados.

El Eros de la rendición voluntaria

Era una relación de la que en Parma aún se seguía hablando.

La gente hacía conjeturas, se equivocaba.

Luisa Canali se había casado con Gabriele Barilli. Sí, había elegido a Gabriele, y no a Guido Carra, quien había aceptado su decisión y su rechazo con un comportamiento carente de toda lógica. Sin rebelarse, había detenido las agujas del reloj de su memoria y de sus sentimientos como quien detiene un reloj en la última hora de una época feliz. Era consciente de que sería inútil que marcara en el futuro las horas y los minutos, porque el futuro ya no existía para él, se había acabado. A veces se puede estar muerto aunque el cuerpo continúe viviendo.

Guido había tomado una decisión del mismo modo que la había tomado Luisa.

No se separaría nunca de la mujer a la que amaba. Por eso ahora vivía en una casa situada justo enfrente de donde ella y Gabriele se habían ido a vivir después de casarse. Las dos casas sólo se hallaban separadas por un huerto. De esa forma, Luisa y Gabriele tendrían para siempre a aquel testigo, discreto y silencioso, que parecía tan feliz de aparecer ante sus ojos a lo largo del día, como de que los dos cónyuges se le aparecieran a él.

Nada relacionado con ellos le pasaría inadvertido: les vería amarse, tener hijos, desesperarse, confiar. Y a ellos tampoco les pasaría inadvertido ni un solo detalle de la vida de Guido, que ya no volvería a amar a nadie, no tendría hijos y ya no volvería a tener esperanzas, pero tampoco se desesperaría. Él se contentaba con ser como una yedra que recubre una pared, como un geranio que crece solitario, como un canalón: como todas esas cosas nimias que, con el paso de los días, van haciéndose indispensables a causa de la costumbre.

Algunas noches Gabriele despertaba a Luisa. Cuando ella lo veía levantado junto a la cama y le preguntaba ansiosa: «¿Ha hecho alguna locura?», Gabriele le contestaba con una sonrisa: «Las está haciendo. Pero son locuras tranquilas, locuras bellas. No hay de qué preocuparse». Y los dos se acercaban a la ventana.

Guido estaba inclinado sobre la tierra del huerto, donde había construido un techado de cañas para proteger a algunas plantas del sol y de la lluvia. Era un avezado jardinero de huertos y jardines y conocía todos los ritos agrarios, todos los ritos solares. Guido tenía la cabeza rapada y la llevaba cubierta con una bufanda de lana. Se la había rapado cuando Luisa lo había abandonado para casarse con el otro.

Luisa preguntaba:

—¿Pero qué está haciendo?

—¡Está cavando!, —respondía Gabriele.

—¿A estas horas de la noche? No es posible..., —decía ella inquieta.

—Te he dicho que está cavando en el huerto, ¿no lo ves? Ha salido hace una hora y lo primero que ha hecho ha sido podar las ramas muertas de la planta trepadora.

—¿Y por qué?

—Vete a saber... Sólo él posee ciertos secretos sobre los cambios del tiempo.

Miraban el cielo y creían ver en las primeras luces una señal de que haría buen tiempo. Guido continuaba moviéndose de un lado para otro entre las dos casas y Luisa veía brillar el filo de su azada; por la rapidez con que aquel resplandor se alzaba y se hundía una y otra vez en la tierra, podía deducir que Guido trabajaba con un ritmo alegre. Y desde lejos parecía que el hombre estuviera moviendo los brazos mientras hablaba con los fantasmas del aire a los que hacía saber que la hierba llamada *Maria Luisa* y los alelíos preferidos de la duquesa, los alelíos que los palmesanos todavía siguen llevando a su tumba, en la cripta de los Capuchinos, nacen más perfumados cuando la tierra ha sido removida justo antes de que comience el invierno.

Gabriele y Luisa se escondían y volvían a aparecer detrás de los cristales dependiendo de que Guido se acercara o se alejara de su casa, y se preguntaban con la mirada por qué se dedicaría a destruir con tanta energía el huerto en los albores del día.

Detrás del sauce se oía un silbido.

—¿Es él quien silba?, —preguntaba Luisa.

Gabriele aguzaba el oído:

—Parece un pájaro.

Pero era Guido, que aparecía por detrás del árbol silbando reclamos y, después de clavar la azada en una raíz, se arrodillaba y extraía amorosamente de la tierra un bulbo del tamaño de un huevo. Lo olía como un precioso hallazgo, lo alzaba hacia lo alto y, sin dejar de sostenerlo en la mano, iba a sentarse en el banco colocándose bien el abrigo. Su perro se le acercaba y le ponía el hocico entre las rodillas mientras él observaba el espesor de las nubes y la penetrante fuerza de la gélida luz.

Aquella luz caía sobre el bulbo y lo iluminaba.

—¡Mira, está nevando!, —exclamaba Gabriele.

Desde allí podían ver cómo el viento agitaba la nieve sobre Parma, contra las ventanas de las fachadas, contra las ramas de los árboles más altos; pero en el huerto, protegido por el muro, no había viento y la nieve caía sobre Guido y el perro, su único amigo, con una discreta y acariciadora dulzura.

Guido dejaba que cayera sobre él sin moverse, sonriendo al perro o para sus adentros, pero sobre todo sonriendo al bulbo, que volvía a alzar de nuevo para que ellos lo vieran claramente y, aunque ahora estaba blanco y helado, la luz naciente que lo acariciaba lo hacía brillar poco a poco con una reverberación dorada.

—¿Pero qué hace? ¿Por qué no se mueve?, —preguntaba Luisa cuando veía a

Guido y a su perro totalmente cubiertos de nieve.

—Dejémosle. Es feliz.

Y, efectivamente, Guido se sentía feliz de mostrar a Luisa y a Gabriele —sabía que estaban observándolo— su propio corazón, como si se lo hubiera extraído del costado y estuviera contenido en aquel bulbo que emitía algunos rayos dorados. Un corazón humano que se había congelado pero que todavía podía reaccionar, con un pequeño halo de misterio, ante la piedad de un inmenso cielo invernal.

Luisa y Gabriele comprendían perfectamente que lo que Guido tenía en las manos era su corazón. Pero ninguno de ellos se lo decía al otro. Y también ellos sentían una punzada gélida, como de nieve, en sus corazones.

Gabriele entornaba las oscuras contraventanas para proteger el pudor con que Luisa se le acercaba y le tomaba del brazo, convirtiéndose en dos figuras que ahora se unirían en el sueño. Y Guido, precisamente porque no se había movido de allí, podía imaginar lo que estaba ocurriendo sin necesidad de levantar en ningún momento la cabeza para ver a Gabriele y a Luisa detrás de la ventana.

Gabriele preguntaba a Luisa:

—¿Vienes?

Y ella se metía en la cama y se acercaba a él. Mientras hacían el amor, Gabriele tenía la sensación de estar haciéndolo también por él, por Guido, como si su ardiente sangre pudiera calentar el bulbo que ahora él sentía dentro de su pecho.

Se hundían en el sueño con la certeza de que ellos tres jamás se separarían, y con esta certeza estrechaban sus manos. Antes de quedarse dormido, Gabriele pensaba: «Aún no hemos tenido hijos. Pero aunque no pudiéramos tenerlos...».

Allí abajo estaba Guido, sentado inmóvil bajo la nieve.

Guido, que intuía aquel pensamiento.

El Eros y el juego...

En algunos momentos entre R. y yo vuelve a aparecer el Eros niño de los antiguos mitos.

El Eros de los ojos vendados, el Eros de alas diáfanas. Cuando era niño, le gustaba jugar y sólo entonces se quitaba la venda. Nuestros juegos comienzan después de una serie de actos sexuales que, aunque pueden llegar a ser extenuantes, no agotan nuestro mutuo deseo de poseernos. Inventamos con alegría nuevas posturas para abrazar nuestros cuerpos, para fundimos; bautizamos nuestros gestos y caricias con la graciosa ternura que sólo la infancia conoce.

Y nos sentimos felices, pues volvemos a descubrir a Eros, al que apenas habíamos vislumbrado, del mismo modo que los niños descubren, a través de la sabia ingenuidad de sus juegos, el primer sabor de las verdades de la vida, las primeras analogías entre el sueño y la realidad...

Es imposible explicar a los idiotas fálicos en qué consisten, por ejemplo, las delicias de una *covina*. Te tomarían por loco, pues están acostumbrados a sus penetraciones obtusas y carentes de fantasía, en las que la alegría ni siquiera los roza. No, no vale la pena explicarles qué es una *covina*. Prefiero que el significado de esta palabra sea como el enigmático contenido de la caja que la protagonista de *Belle de jour*, de Buñuel, recibe al final de la película. Al descubrirlo, el rostro de Severine, interpretada por Catherine Deneuve, se ilumina.

También el nombre que he dado a R. —la *Mujercita*— forma parte de nuestros juegos, cuya alegría es todo lo opuesto a la violencia que, por el contrario, mata a Eros. Efectivamente, es necesario que la mujer posea, como R., una inteligencia sensual que, habiendo superado su necesidad de satisfacer sus ocultas ansias en el mecanismo adquirido del coito, se encuentre ante el Eros como ante un prado verde sobre el que se echa a volar una cometa. R. y yo hemos hecho volar muchas cometas. Y el lenguaje cifrado de los juegos en el que somos cómplices es sólo nuestro.

Cuando tenemos el privilegio de encontrar a una persona con quien nos entendemos y a quien nos parecemos sexualmente, incluso en los más sutiles matices, sentimos hacia ella una profunda gratitud.

Volvemos así al concepto de música. El regocijo del Eros es el «contrapunto» que, como dicen los manuales, permite la «apoyatura», llamada comúnmente por los músicos «apoyo mutuo de notas extrañas». Las notas extrañas, y el alegre placer que proporcionan, permanecen durante más tiempo dentro de nuestro corazón que el gran concierto del coito.

Después R. y yo nos dormimos adoptando esa postura tan perfecta de la que ya he hablado; y nos damos cuenta de lo maravilloso que es cuando un hombre coge por el vientre a una mujer y consigue hacer olvidar no sólo a ella, sino también a sí mismo, aquellos momentos en que, cada uno de los dos, solo en una cama o desilusionado por algún mal amante, se llevaba la mano al vientre imaginando, no obstante, que una presencia invisible, cómplice, perfecta, compartía su propia desolación.

Así enlazados podremos afrontar un largo vuelo a través de esa eternidad desconocida y misteriosa.

Mientras dormimos respiramos adaptando nuestro ritmo al del otro y solemos tener sueños parecidos. Por la mañana, al despertamos, nos sentimos tristes por ese sueño de Eros niño que se ha desvanecido al entrar el primer rayo de sol por la ventana, como se marcha volando una mariposa.

Breve diálogo:

—Qué bella es la lealtad en el amor.

—Es un idioma nuevo que hemos aprendido juntos y que me gusta hablar.

—Lo llevábamos en nuestro interior, oscuramente silencioso e inconfesado.

—Es también un acto de gratitud y de respeto hacia nuestra vida, a la que con frecuencia hemos desilusionado con nuestros errores.

Cuando tenemos que separarnos y pasar el día cada uno por nuestro lado, somos capaces de hacerlo con esa misma serenidad que transmiten las luces azules y violetas del invierno, sabiendo que somos leales el uno al otro.

—La lealtad es diferente a la fidelidad, pues tranquiliza por convicción, no por deber.

—Es la cualidad más valiosa de la vida.

Explico a R. cómo la lealtad conjura las pequeñas catástrofes y cómo las pequeñas catástrofes, en una relación de pareja, son parecidas a aquel esturión que al desbordarse el río Po fue arrojado fuera del agua, realizando un gran arco en el cielo antes de caer como un meteorito delante de nosotros, entre las casas medio hundidas. Y que coleteando por última vez tronchó un arbolito antes de quedarse rígido. Aquel esturión pesaba más de un quintal y hubiéramos podido decir de él que era el ejemplar más bello que jamás habíamos visto, de no haber estado cubierto, desde la cabeza a la cola, por una capa de barro duro como la piedra y de no haber tenido el costado desgarrado por una terrorífica herida.

Mientras miraba el esturión me había sentido dominado por un llanto silencioso y, movido por un sentimiento de piedad, había deseado acariciar sus escamas:

—La lealtad nos protege de esto —explico a R—, de que el amor acabe del peor de los modos, de que muera como el esturión.

El «Anhelo de ti mismo»...

Es un anhelo solitario, saturnino, que aquí, en Parma, lo llaman el «Anhelo de ti mismo».

Puede despertarse por una nimiedad. Como por ejemplo que, de pronto, en la ventana de la casa de enfrente veas aparecer durante unos segundos una joven desnuda poniéndose las braguitas con un gesto rápido que te fascina y en el que reconoces un gesto repetido a lo largo de toda una vida. Y todo esto te sucede como al loco enamorado de Po, que mientras camina silbando entre el Delta y el mar, en medio de las irritadas avutardas, soñando con la artemisa cerúlea, con la flor del sauquillo, ve brillar de pronto un espejismo: el resplandor de una garza roja sobre el fondo violeta del cielo.

O puede ocurrir también que te encuentres entre los ociosos del Bar Azul, que, sentados en las butaquitas de mimbre, miran distraídamente las bandadas de gorriones y observan la puesta de sol saboreándola, dicen, como se saborea un albaricoque cuando dejas que se te deshaga lentamente en la boca.

Están sentados tranquilamente al aire libre y comparten un secreto deseo de mujeres, como si todos estuvieran bajo la misma sábana, dicen. En la atmósfera se respira *al mai pò*^[7] el nunca más, es decir, la melancolía por las mujeres que ya no podrán tener, el presentimiento del fin, y por eso todos hablan a tontas y a locas, con *paroli zò d'pòst*, palabras fuera de lugar, *da putlètt*, de niños, sólo por la belleza y la dulzura de este hablar sin sentido, de este hablar atolondrado. Y tal vez uno de ellos diga de pronto:

—¿Sabéis una cosa? Cuando meto la lengua en la boca de una mujer, es como si estuviera hablando con Dios.

Y he aquí que en ese momento privilegiado pasa una muchacha que parece volver a su casa con alegría y mueve sus majestuosas nalgas, acentuando con malicia su forma de caminar de pamesana, para dedicársela sólo a ellos, a los ociosos. Esa forma de caminar me hace pensar en una frase atribuida a Stendhal: «Si un extranjero me preguntara qué es lo más característico de Parma, yo diría que la gracia. La gracia de los rostros y de la forma de caminar de sus mujeres. La ciudad parece haber sido creada para ellas...».

Los ociosos se levantan y se desperezan como si no pasara nada. Y van marchándose uno tras otro con distintos pretextos detrás de ese caminar, hasta que los silloncitos blancos se quedan desiertos.

Entonces el anhelo solitario estalla en tu interior como las tormentas de verano de

la zona, cuando las primera gotas comienzan a caer humeantes sobre la era y suena como si estuvieran cayendo monedas. Esas tormentas que parecen desgarrar el cielo y hacen huir a las bandadas de golondrinas en medio de los nubarrones mientras la gente corre gritando a guarecerse bajo los pórticos. Y se levanta un olor a polvo impregnado de lluvia y de rayos que te deja sin aliento y te embriaga, haciéndote recordar los olores que formaron parte de tu infancia.

En los campos los campesinos sujetan con la horca los haces de heno y se protegen del diluvio alzándolos como paraguas sobre sus cabezas, en medio de los rayos.

Así es como estalla en tu interior ese anhelo nebuloso que te acompaña a casa, y si lo llaman el «Anhelo de ti mismo», es porque te lleva a tumbarte en la cama y a hacer el amor en solitario... Un sabor desacostumbradamente intenso, como si proviniera de tu propia alma, amargo pero en cierto modo dulce, va concretándose, tomando forma: se insinúa en la parte inferior de tu cuerpo y dentro de él, pero sin perder su especial ingravidez. No es una simple masturbación, es mucho más: es como un relato que te haces a ti mismo, con un erotismo sencillito, amigablemente pícaro, en el que la corporeidad, a pesar de su peso, encuentra una luz.

Creo que lo mismo puede sucederle a una mujer cuando, en estas condiciones, hace el amor en solitario en su lecho.

Te acaricias el cuerpo. Una energía sutil y delicada mueve tus gestos, como si los dedos se deslizaran por el teclado del extraordinario placer de existir, y sientes un fortísimo deseo de volver a encontrarte contigo mismo y, al mismo tiempo, un anhelo de un más allá desconocido. Vuelves a ser niño, o niña, y tus fantasías, enormemente sencillas, se suceden una tras otra, como cuando el mundo aún no te había hecho nada. Te calientas con tus fantasías, con sus exuberantes florituras, porque se parecen a las brasas que en otro tiempo exhalaban su aroma dentro de las chimeneas... Robas cópulas perfectas a tus fantasías y juegos amorosos que son músicas deliciosas, y recuerdas el olor a ropa limpia de los primeros juegos amorosos de tu vida.

¿A quién te gustaría tener en ese momento en tu cama?

A todos y a nadie.

Vuelves a adentrarte, sinceramente, en el lugar más profundo de ti mismo. Y los gestos que realizas asumen formas misteriosas. Es como si volvieras a dialogar con las verdades intactas de tu sexo, a recuperar un diálogo que se interrumpió debido a lo que ahora te parece una excesiva intromisión de los otros.

En esos gestos, mientras te acaricias y vuelves a encontrar en tu cuerpo esos puntos que ningún extraño podrá jamás descubrir, del mismo modo que se hace una cala en las sandías para comprobar hasta qué punto están rojas y sabrosas, el Eros tiene un brillo especial porque le basta contigo, sólo contigo, y entonces descubres que es tu mejor amigo, que no necesita a nadie más; es como si estuviera sentado en el borde de tu cama y te *sonriera amistosamente*, como dicen en mi tierra. Un Eros musicalmente perfecto en este dúo para una sola voz.

Es el Eros ventrílocuo: habla contigo pero eres tú quien le da voz.

Lo sientes bajo las yemas de tus dedos semejante a las cuerdas de un violín y, en tu solo, las fantasías dan vida a miles de dúos; te encamas en tus fantasías. Comprendes que este Eros puede vivir al margen de tu amor a los otros, pero siempre respetándolo. Eros, alma mía, que lindas con todo lo deseable... Y guiado por este amigo te deseas, te deseas largamente, estás felizmente obligado a desearte —¡qué luminoso milagro!— hasta que se apodera de ti ese cansancio que incluso la propia vida llega a sentir de sí misma. Y cuando ésta ya no se desea (no es nuestro deseo de ella lo que cuenta), entonces, sólo entonces, se acaba...

Gina, la gata, salta a mi cama y se acurruca sobre mi vientre.

Vuelvo la cabeza y me parece que también el geranio, solo en el balcón, se embriaga de un *anhelo* del cielo que lo envuelve, que existe un Eros ventrílocuo en todo lo que vive.

El Eros de la memoria repentina

Marco está haciendo serenamente el amor a su amiga, que serenamente lo secunda, y la mirada de su amigo se complace en su estar sereno, lo mismo que la de su otra amiga... Pero después, en esta aparente serenidad, se insinúa la nostalgia del equilibrio de unos cuerpos que, inmersos en su recíproca complicidad, se encuentren verdaderamente en armonía con sus deseos, tan profundos como la conciencia; una nostalgia de silencio, de noches sosegadas, en las que sea posible saborear el aroma de los tilos que se introduce por las ventanas abiertas mientras el silencio, como un mar, tiene un lejano oleaje de cantos festivos...

De pronto Marco se retrae; como si, en su efímera serenidad corporal, un fulgor lo hubiera asaltado. Se separa de su amiga y no sólo sale de ese cuerpo, sino también de la complicidad que debería unirlo a sus amigos amantes. Se agazapa en una esquina de la cama, lo mismo que un perro herido en el arcén de una carretera, y deja de participar, como si ya no viera los cuerpos, el espacio.

Marco mira fijamente la oscuridad. Marco es la oscuridad.

Los otros lo observan perplejos...

Y ahora los amigos comienzan a caminar en medio de la noche como amigos de verdad, y sus cuerpos respiran esta amistad, purificada por el recuerdo que acaba de asaltar a Marco. Se olvidan de los actos en los que poco antes se hallaban implicados, sin sentimiento, o con el sentimiento de un equívoco, de una morbosidad que no era otra cosa que una soledad enferma. Los amigos comprenden que la serenidad puede ser engañosa, que bajo ésta puede ocultarse un mal que a veces se apodera de nosotros y es todo lo contrario a ella.

Marco y una de las jóvenes alzan la cabeza y miran una estrella, y quizá piensen que están viendo a un dios.

En un puesto aparecen, rojas bajo la luna, las primeras sandías del año. Los amigos siguen caminando hundiendo sus rostros en la fruta roja. Y de pronto se sobresaltan, sienten los ojos velados de lágrimas: ¿quién les amaré en un futuro que ellos desearían que fuera próximo? ¿Existirá alguien que quiera y sepa amarlos de verdad, con un corazón puro, alguien que nunca haya sido víctima del sexo apátrida, cuya única tierra es la tierra de nadie?

El repentino recuerdo de Marco:

... De pronto volvió a ver a su madre en aquella noche lejana después de haber tenido una violenta discusión con su padre a causa de Malo, que ella sabía que era su

amante, la causa de su desesperación: su madre, sola, desnuda, replegada sobre sí misma, repetía un obsesivo estribillo, «Malo, Malo, Malo», junto al espejo ovalado que había al lado de su cama.

Volvió a verse a sí mismo de niño espiándola desde la puerta; al principio creyó que su madre estaba encogida debido a la angustia que la dominaba, pero no, era para realizar aquel gesto de hundirse los dedos entre los muslos; un gesto cada vez más urgente acompañado por una vehemente retahíla de blasfemias, para olvidar a Malo y al mismo tiempo para evocarla; un gesto que equivalía a un llanto cada vez más desconsolado; un gesto que ella observaba en el espejo, como si sus ojos, al ser testigos de él, pudieran hacerlo menos insensato. (Marco, de niño, quiso también ser testigo de todo aquello y venció la tentación de huir).

La madre se introdujo aún más los dedos, movió la cabeza con un gesto de negación y llegó al orgasmo provocado por, la desesperación. Después cayó de rodillas bajo la imagen sagrada que había en la pared, un cuadro de la Virgen con su Hijo, y dijo entre gritos y llantos:

—¡Maldito sea el sexo!, ¡maldito sea el amor!

Se quedó como sin vida junto a la pared, y Marco se le acercó y la abrazó y le pasó los dedos por los cabellos mientras le rogaba:

—Vuelve, mamá, vuelve.

Y la madre se volvió hacia él y lo miró con ojos inexpresivos, pero no era a él a quien veía, sino a su padre, al marido traidor que desde que había perdido la cabeza por Malo no había vuelto a abrazarla así.

Y su madre murmuró:

—Yo te amo. Te sigo amando.

Marco comprendió que aquellas palabras, aquella declaración de amor, no iban dirigidas a él sino a su padre. Y entonces hizo las veces de su padre, sintiéndose hombre y traidor y no amado por sí mismo... Abrazó más fuerte a su madre y, preguntándose cómo besarían los hombres, la besó en la boca con un beso que no era de hijo sino de amante. Y contestó:

—Yo también te amo. Mi relación con Malo se ha acabado, madre. Aquí me tienes, sólo para ti.

Comenzó a acariciar el cuerpo de su madre, suavemente, y de nuevo trató de imaginar con todo su ser cómo acarician los adultos a las mujeres, trató de seguir lo más fielmente posible los dictados de su imaginación, sus hipótesis, y llegó a rozar el punto, la raíz de la que había nacido, y le surgió de forma natural utilizar el encanto que ella, como un maravilloso don, le había transmitido en el momento de engendrarlo.

Los dos se dieron cuenta al mismo tiempo de lo mismo: de la presencia de aquel cuadro de la Virgen con su Hijo que estaba colgado en la pared justo encima de ellos. Y fue como si, desde el cuadro, descendiera una luz de pureza para abrazarlos a los dos, que ya estaban fundidos en su propio abrazo.

Gracias a aquella fuerza volvieron a recuperar lúcidamente sus papeles, y con ellos sus pesares y remordimientos, pero también la dignidad de existir. Gracias a ella todos sus instintos se disolvieron sutilmente y ambos pudieron comunicarse, entrar en sintonía.

Del «Cuaderno de los días que pasan»

El Eros «color malva».

A veces, cuando me invade el sentimiento del paso del tiempo, nace en mi interior el deseo de que me busquen tal y como buscamos los rastros de afectos perdidos en los lugares que nos han visto vivir.

Reflexiono sobre una confesión de Proust: «El nombre de Parma, una de las ciudades a las que más deseaba ir después de haber leído *La Cartuja de Parma*, me parecía consistente, sencillo, suave y de color malva...».

Existe un Eros que no tiene necesidad de relaciones corporales, un Eros inconcreto que debe ser respirado como una brisa, contemplado como un rayo de sol sesgado.

Sólo se le puede respirar y contemplar en algunos lugares: en ciertas plazuelas medio iluminadas, medio en sombra, en determinadas callejuelas, o en unos soportales durante una sencilla mañana de abril.

Yo lo llamo el Eros «color malva».

...

Hay una desconocida que se introduce en mi casa. Creo que es una mujer joven.

Ignoro totalmente quién es. A muchas mujeres puede haberles resultado fácil sacar una copia de mis llaves. La intrusa se introduce con habilidad en mis habitaciones cuando yo no estoy. Está claro que controla todos mis movimientos.

No hago nada por descubrir su identidad. Acepto su juego. Me gusta ese pequeño misterio de que ella venga a visitarme cuando yo no estoy, de que me dé vida cuando «soy ausencia».

Me deja mensajes colocados como al azar sobre los muebles, con una letra claramente desfigurada para que yo no pueda reconocerla. Leo: «¿Dormimos juntos esta noche?».

Pero después no aparece. Ya he dejado de esperar que venga a sus anunciadas citas. Sé que no vendrá.

También me deja, aquí y allá, objetos curiosos. Por ejemplo, colgada en una pared del despacho me ha dejado una gran fotografía enmarcada en la cual se ven la cúpula blanca de un templo y los campos y las murallas de Katmandú. O bien un curioso bombín y una varita mágica de prestidigitador encima de un sofá.

Poco a poco va tomando posesión de mi casa. A veces abro un armario y, entre

mis trajes, encuentro un elegante vestido de noche que debe de ser suyo. O abro los cajones y veo camisetas de colores vivos con emblemas extravagantes escritos en diferentes idiomas: algunas invitan a la meditación; otras, a un exagerado erotismo.

Me pregunto si algún día llegaré a descubrir quién es esta joven que, con juguetona malicia, despierta en mí el Eros de la curiosidad.

Leo molesto los artículos sobre las «transgresiones de las masas» que invaden las páginas de los periódicos; todos ellos bajo titulares de este tipo: ¿Y TU DE QUE VICIO ERES?, MEJOR PERVERSOS QUE INDIFERENTES, LOLITAS EN MANHATTAN Y EN OTROS LUGARES...

De vez en cuando me acuerdo de Nino.

Nino solía decir: «Contra la vulgaridad, lo importante es conocer la riqueza de un misterio». Aquello también lo decía la letra de la *Mazurka blu*, una canción de mi tierra en la que a la luna se la llamaba «alma oscilante». Nino cantaba aquella canción después de hacer una señal a la orquesta para que comenzara a tocar en el Merlin Cocai, un local de Po donde aparecía vestido de galán, con una chaqueta roja como el fuego.

Y nosotros, al escucharle, dejábamos de tener el alma oscilante como la luna.

...

Leo en el periódico un enésimo mensaje del pontífice con vistas a la próxima Conferencia del Cairo sobre población y desarrollo:

SEGÚN EL PAPA, EL SEXO NO ES TABÚ.

Alzo los ojos. Veo la fotografía ampliada que tengo colgada en la pared: parece representar la corteza lunar, pero es un compuesto de ADN y proteínas fotografiado con un microscopio electrónico. En esta imagen, que parece una especie de bóveda celeste invertida, resuena el eco de los abismos que encierra secretamente el cuerpo humano. El ADN no debería llamarse código genético, sino «la partitura musical de la naturaleza»: exactamente igual que el punto y la línea utilizados en el código Morse para representar las letras del alfabeto. En la ampliación fotográfica distingo, pues, ese lenguaje sagrado que llevamos inscrito en nuestro ser.

Es como si tratara de oír en el interior de mí mismo ese lenguaje que somos nosotros, ese reflejo de la inmensidad del cosmos. Y aunque sólo perciba un aparente e inmenso silencio, yo sé que este silencio comunica y habla mientras que las otras palabras —las de mi mente, las de mi corazón— de las que habitualmente me sirvo me resultan inertes.

Veo insinuarse en mí palabras que me llegan desde el mismo núcleo del misterio y tranquilizan mi espíritu, suavizan mi soledad...

...

Mi padre murió hace unos meses.

El dolor provocado por su muerte crece en mi interior como la herida producida por un cuchillo que al principio se me hubiera clavado de punta en el cuerpo y ahora fuera hundiéndose cada vez más.

Un día, ante mi sorpresa, mi padre definió sin proponérselo, con esa sencillez que le caracterizaba, lo que yo entiendo por Eros. Me dijo: «Es como un vuelo de mariposa». Ayer, pensando en mi padre, escribí, qué extraño, unos versos dedicados a mi madre, que está viva y goza de perfecta salud. Me pregunto por qué motivo habré trasladado a la imagen de mi madre el dolor que siento por la desaparición de mi padre:

«... la vida de tu madre permanece / en sus medias colgadas a secar / después de su muerte / nadie se ha preocupado por la cuerda de la ropa, / te limpias los dientes con su cepillo / como si rezaras / por ella y crees aturdido que / su débil incisivo aún persiste, / se ha ido una forma suya / de vivir las costumbres que ahora son tuyas / y se te nubla la vista».

Rarezas, rarezas...

Hay mujeres —como M.— en las que el Eros sólo se desencadena después de furiosas peleas.

Comenzaba la destrucción.

Los portazos hacían temblar las lámparas judías. El caballo encabritado del caballero, del barón Sorghental^[8], se encabritaba ahora con razón. Los platos ovalados de Bassano^[9], en los que aparecían pintados instrumentos musicales y partituras, parecían desafiar a M. con su burlón aspecto de bandurrias. Lo pagaban caro: el más grande aún lleva vendado un ojo que perdió en la batalla, como el mariscal Neipperg^[10]. En la mesa de cristal del cuarto de estar, de la que M. había tirado todos los libros, periódicos y correspondencia, volvía a ponerse en marcha el pequeño autómatas suizo: un mono limpiabotas que, después de cada giro, se encogía de hombros y frotaba unos zapatos.

El Buda de la época Hajan que, como M. muy bien sabía, era un recuerdo de un viaje especialmente feliz, caía al suelo con una sonrisa que confirmaba el canto del Ramayana: «Sigue sonriendo, oh sabio moribundo». Después de pasar algunos días en el taller que un restaurador amigo mío tiene en Via dei Giubbonari, la estatua volvía a su sitio con las heridas suturadas. Dependiendo del número de pedazos que le llevara en la caja, el restaurador sopesaba mi erótico correr hacia el final:

—Estás a punto de llegar —decía—. Cada vez hay más.

La figurilla del emperador Commodo con los atributos de Hércules, una auténtica rareza arqueológica, me lanzaba una sonrisa maligna; pero antes de que pudiera reaccionar, M. ya lo había cogido por los atributos y lo estrellaba contra la pared. Recuerdo que yo, por mi parte, tuve la feliz idea de lanzar contra la puerta de la entrada la estatuilla de una vendedora de *dirndl*^[11] que formaba parte de una colección que M. adoraba: aquellas estatuillas vienesas le recordaban los bailes a lo Fanny Elssler^[12], esos sones que tanto le gustaban a Ana Strauss. Después lancé una segunda y una tercera. A los pocos segundos las pobres muchachas de mejillas redondas y sonrojadas yacían sobre la moqueta como después de un ajusticiamiento, pero éstas, en lugar de ser enviadas al restaurador, acabaron en el cubo de la basura.

L'aikuki, la daga japonesa, otro recuerdo de uno de mis viajes, despertaba en nosotros ideas criminales. Las figuras peruanas con gorrito, decoradas con los signos de la paz eterna, confirmaban que la muerte no es el peor de los males. M. rasgaba las bacantes del tapiz de Aubusson^[13], porque le recordaban a las fornicadoras del

puteus^[14]. Un incensario en forma de ciervo con los cuernos demasiado largos y claramente alusivos acabó hecho pedazos.

Como puede verse, en aquella época yo me dedicaba a coleccionar antigüedades y objetos de valor.

En el jarrón indio en forma de cráneo humano, sobre el que había un pato rojo y amarillo, M. trataba de inculcar las ideas que a mí no me entraban en la cabeza; al final, ella acababa con el pato cogido por el cuello y yo arrodillado en la alfombra recogiendo los trozos del jarrón para después meterlos en la caja.

Yo le pedía que no rompiera los espejos. Pero, como M. no es supersticiosa, rompía el espejo de cuerpo entero en el que solía mirarme cuando me despertaba en mitad de la noche. Sin embargo, no se permitía actos iconoclastas —M. es creyente, aunque sólo practique por temporadas—, por lo cual las estaciones del vía crucis que yo utilizaba como pantallas de la luz se salvaban *in extremis* y los ceniceros en forma de ángeles volaban muy raras veces.

Así hasta que la armadura japonesa Yokohagido-gusoku parecía gritar «¡Basta!» a través de la máscara, entre las alas del yelmo forjadas a semejanza del mítico pájaro Hó-Hó, y extendía los cubrebrazos y las bocamangas con un gesto de no poder más.

Entonces una fuerza que se alimentaba yo diría que precisamente de nuestro cansancio nos empujaba hacia el último mueble —la cama— que no tenía otra característica que la de la comodidad; bajo la cabecera enmarcada de cobre, M. se tumbaba aplacada y, al mismo tiempo, enormemente excitada.

Nuestros altercados tenían, como las hojas, la capacidad de mostrar un revés brillante y no lacerado por las tormentas. Acababan en pactos sexuales no menos violentos y absolutos; conseguíamos armonizar con nuestros cuerpos todo aquello que era tan difícil de armonizar con las palabras.

Me dejaba caer junto a ella. Ahora ninguno de los dos trataba de tener razón. Ambos la teníamos. Se dejaba penetrar de costado, en su postura preferida de abandono. ¿Qué relación había entre la disponibilidad con la que se adaptaba tan perfectamente a mi ritmo, de tiempos y deseos, y su reciente hostilidad?

Yo llegaba incluso a pensar: ¡parece mentira hasta qué punto la belleza física puede ser moral!

El Eros del pequeño subterfugio...

No sé por qué me acuerdo ahora de esto. Quizá porque, en mi insatisfacción, trato de encontrar algo con lo que identificarme.

Durante algún tiempo salí con una joven bastante mentirosa que se llamaba Lidia. No salía con ella por sus artes de seducción —no me parecía que fuera especialmente seductora—, sino por el exquisito placer que me producía desvelar sus mentiras, tan carentes de sutileza y de malicia y tan fáciles de descubrir. En ellas veía contenida, simbólicamente, la Mentira femenina, que es como un extraño mecanismo de relojería.

Cuando ella se levantaba para ir al baño, yo me sentaba en el borde de la cama y miraba a mi alrededor: y allí, infaliblemente, aparecían siempre aquellas zapatillas. Azules, grandes, de hombre. Siempre aparecían repentinamente ante mis ojos en los lugares más insospechados. Estaba claro que la joven las escondía en el último momento debido a su vocación por el subterfugio, pero sin reflexionar en lo que hacía. Aparecían en el revistero, o bien debajo del armario de la ropa, o una encima de la otra en lo alto de la estantería. O también podía ser que cayeran al suelo, contentas y burlonas, delante de mis pies, cuando, en un último intento por descubrirlas, abría la puertecita de la mesilla de noche.

Las cogía, las observaba.

Me las calzaba y mis pies desaparecían en su interior. Pensaba que aquellas dos enormes fundas azules sólo podían pertenecer a un gigante y, para mis adentros, llamaba «El hombre de las nieves» al misterioso huésped con quien compartía la disponibilidad de Lidia.

¿Volveré a recuperar la frivolidad y la risa de aquel tiempo?

Las obsesiones y perversiones del Eros

Definición:

«*Escopofilia*: neologismo utilizado sobre todo en psicoanálisis para definir el voyeurismo. Está motivada por *pulsiones parciales*, es decir, por excitaciones sexuales no específicas, y puede formar parte de un acto preparatorio llamado “placer preliminar”, que sirve para aumentar el placer “final”. Solamente cuando este placer preliminar excluye cualquier otra forma de actividad sexual, la escopofilia se convierte en una perversión.

»La escopofilia va unida al aberrante deseo de ser observado. Es simétrica a un exhibicionismo por lo general reprimido. De hecho hay una identificación entre el voyeurismo “inverso”, que consiste en la exhibición del propio cuerpo, y la escopofilia».

Conozco a algunos maridos que se excitan viendo cómo su mujer es poseída por otros; hombres que se excitan viendo cómo su compañera satisface, de todas las formas posibles, los deseos de otro. Son seres abyectos en cuya perversión no hay más que mezquindad.

Cesare era un mirón cuyo Eros podía ser definido como un «Eros de las tinieblas». Era digno de piedad como todo aquel que vive en su propia carne la desesperación y expía su drama recorriendo todas las estaciones del calvario.

Era un jardinero, o mejor dicho, un poeta de las plantas y de las flores, un recreador de armonías dentro de la belleza creada por la naturaleza. Se había casado con Rosa. Y Rosa le llevaba a casa a sus amantes y dormía con ellos en la cama de matrimonio. Cesare era relegado a una cainita que había en el piso de abajo y, por las mañanas, después de haber estado oyendo durante toda la noche los gritos de placer de su mujer, sus orgasmos, llevaba el café a la pareja.

Rosa lo había convertido en esclavo de su crueldad, en humillado siervo de sus caprichos carnales, y Cesare, a partir de un determinado momento, había dejado de reaccionar, abandonándose a la morbosidad dolorosa de ser tratado como un ser al que había que destruir. De ese modo había comenzado a huir en medio de la noche, a convertirse en un mirón de los coitos ajenos. Así, espiando a las parejas en las que ella no era Rosa, su mujer, a la que él seguía amando, se redimía abyectamente de sus infidelidades.

Cesare fue contándome su drama poco a poco, a medida que fue adquiriendo confianza y amistad conmigo. Yo lo había conocido porque, de ser un jardinero a

quien todo el mundo respetaba, había sido degradado a cuidador ocasional de plantas a domicilio. De las descuidadas plantas de mi terraza había hecho un pequeño paraíso.

Cesare me tenía afecto. Y yo aprendí a tenérselo. Hubiera dado su vida por mí. Venía a verme cuando yo estaba solo y necesitaba que me solucionara algún problema práctico. El cariño que me tenía le permitía intuir con un sexto sentido mis momentos difíciles. En una ocasión en que tuve mucha fiebre se quedó sentado durante dos días junto a mi cama cuidándome, pero sobre todo observándome en silencio, con esa amable sonrisa que, a pesar de todo, no había desaparecido de su rostro; con esa misma amabilidad musical que le permitía conseguir que una planta, una flor, crecieran con todo su esplendor.

Cesare se pasaba las noches recorriendo las acequias del Tíber. Dentro de los cañaverales y las malezas deambulaba por las viscosas orillas o se adentraba a ciegas entre las espesas hierbas selváticas hasta quedarse exhausto. Lo que iba a hacer en aquellos infames lugares romanos no era muy agradable. Hacía salir de sus escondites a hombres y mujeres que interrumpían su coito cuando le descubrían espiándolos. Los hombres se alarmaban y reaccionaban, y las mujeres se separaban del sexo de sus amantes llenas de odio. Y él, al verse descubierto, huía corriendo con la cabeza baja.

A veces lo perseguían y, si lograban alcanzarlo, le rompían la chaqueta y le cubrían de puñetazos.

Cesare sangraba por la nariz y por la boca, pero no cejaba en su búsqueda. La noche romana estaba llena de parejas fornicando y de mujeres hundidas en el barro. Las había incluso debajo de los puentes. Y él hacía salir de sus escondrijos incluso a los perros que se ocultaban entre los matorrales para agonizar, avergonzados de mostrar su muerte a la luz de las estrellas. Y bajo el puente de Viale Marconi ya no encontraba mujeres, sino gatos tiñosos que aullaban mientras se apareaban con las gatas huidas de las chabolas.

Había un momento en que Cesare llegaba a lo alto de un montecillo, desde el que se divisaba, a través del follaje, el resplandor de la lejana Roma. Entonces apoyaba la espalda en un árbol y parecía como si su mirada, huyendo de las tinieblas que le rodeaban, se dirigiera hacia la oscuridad de su caja craneal. Inclina la cabeza sobre el pecho y el rostro se le inundaba de sudor. Y con las uñas clavadas en la corteza del árbol, sacudía los hombros mientras lloraba y murmuraba:

—Ayúdame, Dios mío...

Una noche, Cesare se encontró espiando a una pareja feliz.

Se amaban dentro de un coche, sin brutalidades, sin fealdad. La mujer amaba a su compañero con tanta ternura y delicadeza, que Cesare no pudo evitar compararla con sus plantas preferidas cuando conseguía que éstas hicieran más luminoso el cielo que las rodeaba.

En la mujer vio a Rosa: tal y como él siempre hubiera querido que se comportara con él.

Era tanta la felicidad que ambos mostraban, que se abrió paso en su corazón y la sintió suya.

De pronto pensó que sería un delito dejar que se desvaneciera aquel momento de felicidad que la pareja estaba proporcionándole. Mientras que matar a alguien como él no sería ningún delito, sino una liberación.

Así fue como mi amigo Cesare se quitó la vida.

...

Definición:

«*Fetichismo*: perversión por la cual una sola parte del cuerpo (cabellos, seno, vello púbico, etcétera) o bien una prenda de vestir (zapatos, medias, bragas, etcétera) son susceptibles de despertar el deseo sexual. Los conflictos que éste origina se manifiestan en las enfermedades del amor (*Liebeskrankheit*). Ellis afirma: “No hay una sola parte del cuerpo humano que no pueda ser erógena”.

»Las partes del cuerpo que suelen ser objeto del fetichismo son: las *manos*, elemento fundamental de la sexualidad; *los pies*, cuyo fetichismo, bastante extendido, se complica con otros factores, como el fetichismo del zapato; el *pubis*...

»La predisposición al fetichismo, como todas las predisposiciones infantiles, siempre es objeto de represión, y va acompañada, desde la más tierna edad, de un sentimiento de culpabilidad».

Toda Parma admiraba la belleza de Mafalda Bordi. Por eso, cuando dio a luz a un niño tan incomprensiblemente feo como Pietro, los habitantes de Parma se mostraron asombrados y sarcásticos. ¿Cómo era posible que Mafalda hubiera dado a luz a alguien tan diferente a ella? Pietro creció rodeado del desprecio ajeno, como si él fuera el culpable de su falta de atractivo. Al crecer comenzaron a repetírsele los mismos sueños: se veía a sí mismo como un arbusto retorcido naciendo dentro de un jardín maravilloso; se veía como un mamarracho saliendo de una vagina símbolo de la perfección, creada por Dios con su mano de artista. Era incluso como si se escuchara a sí mismo y se considerara una nota desafinada dentro de una maravillosa partitura musical.

Y aquella vagina, deseada por tantos hombres, se convirtió para él en una pesadilla que no le abandonaba ni siquiera cuando estaba despierto. En su mente se le presentaba como un ídolo, como una puerta dorada e indignamente violada.

Mientras paseaba por la ciudad le parecía distinguir la imagen de su extraordinaria madre en los ojos de todos aquellos que lo miraban provocativamente de arriba abajo o lo observaban con disimulo; la distinguía incluso en las pupilas del ciego Migliavacca, el *Paganini de la Mazurca*, que tocaba el violín sentado en el suelo como un mendigo.

Rogaba: «Dios mío, haz que me vaya haciendo más hermoso a medida que

crezca...».

Todas las mañanas, sin dejar de pensar en los enamorados de Mafalda, que lo detestaban, se desnudaba ante el espejo y, tras un momento de vacilación, sus ojos comenzaban a descender a lo largo de su cuerpo con la esperanza de que algo hermoso, al menos un lunar, hubiera nacido en él, del mismo modo que en los árboles aparece de pronto un capullo solitario. Pero el follaje y las ramas del árbol seguían mostrando la misma desolación de siempre.

Sin embargo, lo que Pietro tenía de feo lo tenía también de inteligente y astuto. Aprendió a tocar todos los instrumentos con el fin de que las mujeres, que de otra forma hubieran apartado la mirada para no verlo, le prestaran un poco de atención. Las conquistó tocando el piano con maestría; haciendo surgir de su violín los sonidos angélicos del ciego Migliavacca; evocando con el clarinete el encanto de las ninfas y de los faunos; haciendo nacer de la guitarra las melodiosas emociones que despierta un amor feliz. Sabía perfectamente que las mujeres se dejaban poseer porque las hechizaba con sus armonías, y él a su vez las poseía, atravesando las puertas doradas que éstas ocultaban, con un justificante en regla que le permitía no violar ningún umbral natural como si fuera un impostor.

Y, cada vez que él entraba en una mujer, surgía en su mente el aria del *Don Carlos*: «*Ella giammai m'amò!... No, quel cuor chiuso è a me...*»^[15].

Pero no era la voz de su mente la que cantaba; era su alma herida, que aún permanecía al otro lado de aquel prodigioso confín vaginal del que había salido su cuerpo imperfecto. Y el sexo de su madre, que se volvía inmenso y astral, brillaba como una constelación en una bóveda celeste y se transformaba en un ojo que lo observaba, sin perderlo de vista ni un instante, mientras él se exhibía —precisamente para aquella mirada— en sus fornicaciones.

No debía defraudarla. Debía compensar de algún modo la desilusión que le había causado al venir al mundo. Por ello —él, que se sentía un auténtico réprobo genital— ponía en sus fornicaciones todo el empeño característico de los réprobos que tratan de redimirse. Así fue cómo, gracias a su inteligencia, que también podría haber sido definida como genital, y a la sabia constancia que desplegaba para conseguir procurar un prolongado placer a las mujeres, fue desarrollando un arte amatorio que contenía las más insospechadas delicadezas eróticas.

Pietro se ganó la fama de ser un amante extraordinario y llegó un momento en que poco les importó a las mujeres que fuera feo, realmente feo. Gracias a Dios, existe una humanidad femenina que no cavila demasiado cuando se trata de gozar.

Pero su única obsesión seguía siendo la puerta dorada de su madre. Y después de cada coito, con el que dejaba agotada a su amante, era como si se arrojara ante aquel ídolo, feliz de recibir un gesto de aprobación; feliz de que el ídolo le dijera: «Muy bien, de nuevo te has redimido»; pero también podía oírle decir esta frase al entrar en la vagina en lugar de al salir.

Y después de cada una de sus hazañas sentía la obligación y el acuciante deseo de

llevarse una prueba, al igual que el experto cazador de leones se lleva a su casa la cabellera del rey de la selva. Cuando el acto sexual llegaba a su fin, Pietro realizaba un último ritual, exclusivamente, suyo: se arrodillaba sobre la cama, hacía una genuflexión entre las piernas abiertas de la mujer, delante de su puerta, que permanecía entreabierta después de tanta avidez, y allí depositaba un beso, que, a decir verdad, no debía de ser demasiado amoroso dado el gritito que provocaba en las mujeres.

De hecho, lo que Pietro hacía con gran maestría era arrancar con sus dientes un mechón de vello púbico. La mujer, exhausta, pensaba que se trataba de un último capricho erótico de Pietro. Pero era todo lo contrario. Era como si autentificara con un sello sagrado su deseo de redimirse.

Pietro guardaba aquellos mechones en el interior de unas hojas de papel cuidadosamente dobladas y escribía en ellas el nombre y el apellido de la mujer, la fecha y un breve comentario de este tipo: «Excepcional» (al adjetivo seguían unos +, cuya cantidad indicaba el grado de intensidad), «Ella me ha dicho: “Eres único. Nunca he gozado tanto”».

A lo largo de los años la cantidad de hojas dobladas fue aumentando. Y a veces Pietro las consultaba y, alzando los ojos hacia lo alto, hacia el lugar desde donde Mafalda, ya muerta, no dejaba de observarlo, murmuraba:

—¿Has visto, madre? ¿No te sientes orgullosa de mí?

Pero, como a todos los hombres, le llegó el momento del declive: fue perdiendo las fuerzas y la destreza con que sus dedos tocaban los instrumentos. Porque con el paso de los años incluso los grandes artistas pueden llegar a fallar.

Entonces Pietro comprendió lo que debía hacer.

Abrió una tras otra las hojas de papel plegadas y fue como recorrer las etapas felices de su vida. Cada nombre de mujer, cada fecha, le producían un agudo dolor en el corazón. Volvió a ver sus rostros olvidados, recordó con nitidez cada una de las situaciones, como si las reviviese. Cogió entre sus manos los mechones de vello púbico y sintió su calidez: eran como suaves plumas que parecían contener la felicidad que sienten los pájaros al desplumarse.

Con las manos llenas de aquellas reliquias se acercó a la balaustrada de la terraza. El, que sabía tocar todos los instrumentos orquestales, hizo por primera vez un gesto de director de orquesta. Abrió los brazos y las manos, los impulsó hacia delante y cerró los ojos hasta que sus manos se quedaron totalmente vacías. Sólo entonces volvió a abrirlos.

Los mechones que Pietro había arrancado a tantas mujeres en los momentos de máxima y gloriosa alegría se hallaban esparcidos en el aire y el sol los envolvía con un halo. Al principio aquella visión dorada pareció resistir la acción del viento, pero después éste formó con ellos un torbellino y los mechones se dispersaron ganando cada vez mayor altura... Hasta llegar a la puerta dorada de su madre, que a Pietro ya no le pareció un ojo inflexible, sino, por fin, un ojo bondadoso y clemente. Pietro

sintió dentro de sí la unión de su cuerpo filial con el cuerpo materno y vio en su propio cuerpo la belleza del ciervo cuando se mueve intuyendo que el cazador está al acecho y, con él, su inevitable destino. Se vio como un ciervo que, consciente de estar dando sus últimos pasos, se mueve con una majestad suprema.

Pietro oyó claramente la voz de su madre, Mafalda Bordi, disuelta en la impalpable consistencia del universo, donde quizá no se distinga entre belleza y fealdad. Y la voz le invitaba, amorosa:

—Ahora puedes volver a penetrar en mí, hijo mío. Ahora la gran puerta es por fin dorada y puedes traspasarla sin desilusionar a nadie... Ya no tienes que superar ninguna prueba.

Esto es lo que le sucedió a Bordi Pietro. Sobre quien los psiquiatras y asistentes sociales habían extendido un informe que decía: «... de oficio “músico polivalente”. Maniaco sexual. Fetichista con evidentes síntomas degenerativos. Caso especial por el particular encanto con el que ha vivido su neurosis obsesiva, su compulsión genital a la repetición. En cualquier caso, hay que mantener a este sujeto bajo continua observación, a ser posible con una mirada maternal».

...

Definición:

«*Zoorastia*: neologismo creado por Krafft-Ebing para diferenciar del bestialismo aquellos casos en que el acto sexual practicado con animales tiene orígenes patológicos y, por tanto, depende de taras hereditarias, de neurosis constitucionales, de una especie de compulsión a ejecutar el acto contra natura y, más genéricamente, de un grave defecto de heterosexualidad».

Hasta hace algunos años, en el Museo Lombardi de Parma —dedicado a la memoria de María Luisa de Habsburgo, quien gobernó la ciudad a partir del 19 de abril de 1816, fecha en la que entró solemnemente en el ducado— podían verse cuatro grandes anillos de oro colgados de una pared en un lugar discretamente apartado.

Sobre aquellos anillos que desaparecieron después de que yo investigara y escribiera acerca de ellos, corrió una morbosa habladuría relacionada con María Luisa y el caballo *Alexandre*.

La oficina de Gobernación de entonces tachó de infamias políticas unos documentos que, por otra parte, nada probaba que fueran apócrifos; entre ellos, un informe confidencial que el secretario jefe del Ministerio de Justicia y Buen Gobierno remitió al conde Adamo de Neipperg: «... Siguiendo vuestras órdenes llegué a las caballerizas a las siete de la tarde y, cumpliendo la ingrata misión que me había sido encomendada, observé todo lo que había que observar. Y ahora me dispongo a describir con palabras, que quisiera que no fueran mías, el espectáculo que presencié,

capaz de sobrecoger el ánimo de cualquier gentil. Me resulta difícil nombrar a Nuestra Augusta Soberana, por lo que de ahora en adelante me permitiré llamarla *Ella*... Y, con todo el dolor de mi corazón, debo decir que el acto de bestialidad entre *Ella* y el inmundo animal fue realizado delante de mis ojos, que hubiera deseado que fueran ciegos...».

El caballo *Alexandre* podría ser inmundo, pero eso no quitaba para que fuera un magnífico ejemplar de pura sangre. Escrito en un dialecto tan cerrado que roza con el código secreto, existe un cantar popular de cuya traducción pueden deducirse las siguientes escenas:

«... La duquesa llegaba a los bosques después de que el encargado de los bosques y de las caballerizas de Su Majestad hubiera dado la drástica orden de alejar de allí a todos los cazadores e intrusos. El caballero acompañaba a la duquesa hacia la cuadra de *Alexandre*, que era la única iluminada de la caballeriza de los Gelsi.

»Cuando ésta entraba en la cuadra, la puerta se cerraba tras ella. Debido a su predilección por la antigua cultura campesina, había impedido que quitaran de las paredes de la cuadra un Cristo que, con devota blasfemia, había sido representado como un pobre y deforme infeliz. Pero, para que sus ojos rodeados de espinas no vieran nada, lo había colocado detrás de un pilar. *Alexandre* la saludaba golpeando el casco contra el suelo. Las baldosas, alrededor de las cuales la paja se hallaba perfectamente ordenada, eran cálidas y suaves; liberados de los zapatos, los pies de la duquesa se deslizaban por ellas con una sensación de bienestar que invadía todo su cuerpo.

»Aquellos pasos eran el momento más feliz de todos. Se aproximaban con la misma perplejidad entre feliz y emocionada con la que, por una avenida desierta, una muchacha se acerca a su compañero. Parecía como si los ojos de *Alexandre* se hicieran más grandes y más límpidos; era la única forma que el animal tenía de transmitirle algo que se parecía a la alegría. Se intercambiaban sus propias señales. Una vez cerrada la cuadra, desaparecía el significado de las palabras, como si éstas nunca hubieran nacido para separar al hombre de las otras criaturas que conviven con él en la tierra; así, palabras como “locura” y “escándalo” dejaban de tener sentido y eran sustituidas por una percepción tan misteriosa como el tiempo.

»Mientras oía a los perros que ladraban en los alrededores y el bosque agitado por el viento, la duquesa deslizaba sus manos por el hocico del caballo, descifrando mensajes siempre nuevos y misteriosos: “qué error”, reflexionaba, “ese afán de los hombres por apoderarse de la lógica. Yo no soy la lógica para él. Ni él lo es para mí. Por tanto no hay nada que pueda contra nosotros”.

»Cuando lo abrazaba, *Alexandre* intentaba ponerse de manos, pero no lo conseguía, porque el caballero le había bloqueado las patas con cuatro anillos de oro que, después de la muerte del caballo, acabarían en una subasta clandestina y, más tarde, conservados como reliquias blasfemas. La Duquesa hacía todo lo posible por abrirlos y se destrozaba las uñas; al final se rendía y, arrodillada, le acariciaba las

pezuñas y los corvejones desgarrados por las zarzas; se los besaba sin sentir repugnancia alguna y el caballo le respondía bajando el hocico.

»Dominada por la potente musculatura y por la visión del escroto, aturdida por el olor que despedía el pelaje, *Ella* sentía la supremacía de las fuerzas naturales sobre la razón y veía al caballo como una montaña por la que deseaba ser violada aun a costa de correr un riesgo mortal.

»Desde su escondite, el encargado de las caballerizas y el mozo de cuadra escuchaban con tanta intensidad el silencio que envolvía la cuadra que, con el paso del tiempo, llegaron a oír, quizá por efecto de la autosugestión, un grito desgarrador de mujer, un relinchar que comenzaba muy tenue y luego enloquecía; a sus oídos, el abrazo bestial acababa abrazando la noche con la potencia de un huracán, en el que lo único que adquiriría sonido y forma podía ser sencillamente la tensión de sus conjeturas.

»De hecho los dos hombres no apartaban su mirada del farolillo que, movido por el aire, enviaba un resplandor intermitente que los hipnotizaba y les hacía tener visiones: entonces la ventana se transformaba en un telón que se abría para mostrar una escena en la que la duquesa movía unas manos de bruja y la verga del animal parecía sangrar, y la hemorragia de semen parecía no tener fin...

»Nada más salir de la cuadra la duquesa recuperaba su dignidad real y dirigía hacia la oscuridad una indefinible sonrisa: de tigresa aplacada, pensaban ellos. El caballero se apresuraba a besarle la mano; era cierto, certísimo, que estaba empapada, ensangrentada. Y esta absoluta certeza le impulsaba a entrar en la cuadra, donde se movía como un general entre los restos de una batalla; tras quitarle los anillos al caballo, entre los corvejones al fin libres, se dedicaba a borrar con un trapo lo que quizá no existiera, dejando el suelo como un espejo».

Quizá las cosas ocurrieran de esta forma. O quizá...

¿Y si tuviera razón quien sostiene que María Luisa de Habsburgo se adentraba en la caballeriza de los Gelsi y se encerraba con *Alexandre* sólo para desafiar una habladuría nacida del corazón de sus enemigos, sólo para acariciar las crines de un caballo que nunca la había traicionado tirándola de la silla y le había permitido correr alegremente por los bosques?

Por una caricia...

El Eros puede ser una caricia, una carta

Carta cruel, sobre una caricia, a una amante que ha tenido otros muchos amantes:

«... He sentido, mientras te acariciaba con las yemas de mis dedos, que ya no estabas sola, que ya no estabas perdida en un mundo de hombres egoístas y vanidosos, a los que durante una época te dedicabas a complacer, quizá de un modo inconsciente, o quizá movida por los mismos sentimientos que ellos. He percibido bajo mi tacto la complicidad erótica que has buscado en vano en tantas camas ajenas. Al rozar tu perfil con mis dedos he sentido también la emoción por aquel momento maravilloso que estábamos viviendo en una de esas tardes que se recuerdan por la belleza con la que no sucede nada excepto cosas imperceptibles, como mi caricia.

»El Eros puede ser también esto: algo imperceptible. Mi caricia, que me parecía iluminada por el verano que estaba volviendo, pasaba sobre ti como la más profunda de las almas mientras tú observabas desde la ventana los chopos lombardos y después, en medio de aquella gran quietud, te peinabas, meditabunda, pensando en algo.

»Mi caricia podía parecer igual a muchas otras, pero tenía la luz de un gesto inédito, de un nuevo hallazgo amoroso, de esos que inventamos juntos como un delicioso juego. Te he acariciado con un sentimiento de eternidad. A nuestras espaldas se hallaba la cama deshecha, tu almohada aún cubierta por tu sudor de amante, tan agradable... Éramos un complicado instrumento del que se servía el amor para manifestarse. A través de aquella caricia nuestros seres se disolvían, del mismo modo que aquella nubecilla se disolvía en el cielo mientras los vencejos chillaban volando bajo.

»Era una tarde tan límpida, sobre todo por la parte de los montes, que uno temblaba ante la idea de Dios. Y también te transmitía este pensamiento con mi caricia.

»Esta caricia nacía de nuestra necesidad de confiar y comunicamos incluso los peores secretos, era como las ansiadas palabras que un mudo desearía poder pronunciar. En esta caricia podía medir la necesidad que siento por ti. Era como cuando mi gata *Gina* se me acurruca encima deseando que el latido de mi corazón se funda con el suyo.

»Me hubiera gustado descansar contigo serenamente, a la orilla del río, bajo la sombra de los chopos y no sentir aquel dolor que me llevaba a elaborar oscuras

hipótesis sobre los muchos hombres que te habrían poseído antes que yo. Había un pequeño silencio en mis dedos, ¿lo percibiste?

»Qué lejana sentía la muerte en aquel momento... A través de mi gesto escuchaba tu pureza, que a pesar de todo ha sobrevivido y que era semejante a la música mental de las palabras que antecede al habla. Mi caricia nos hacía perfectos a los dos. Y tú tuviste la certeza de que en ti habían desaparecido para siempre una forma de vivir y ciertas costumbres tuyas un poco impúdicas, mientras mis dedos descendían desde tus ojos a tu cuello, como la mano de un niño que roza las teclas de un piano al que no puede dar sonido, sino sólo el recuerdo de una melodía sublime que oyó alguna vez.

»Una caricia que se asombra ante su propio e inesperado encanto.

»La mano que te ha escrito esta carta es la misma que el otro día te acarició. Dentro de poco dejará la pluma y reposará sobre la mesa.

»Mientras te acariciaba pensaba: un día nos hallaremos lejos el uno del otro, seremos un repentino y mutuo pensamiento, de esos que nos asaltan dolorosamente mientras paseamos por la calle en una mañana primaveral; seremos un mutuo recuerdo olvidado.

»*Era una caricia de despedida.*

»No lo comprendiste, no podías comprenderlo.

»Te di todo lo que era capaz de darte de mí mismo; por eso en el futuro, cuando pienses en mí, si es que piensas, sólo podrás sentir gratitud hacia mí. ¿Qué puedo decirte? No vuelvas a entregarte a ningún hombre sólo para calmar su deseo sexual de un momento, un deseo que, si no, es distraído y débil.

»Todavía noto tu calor en mi mano.

»Siento también un deseo cruel hacia mí mismo, un deseo autodestructivo. Quisiera decirte: traiciónale enseguida, rápido, y haz todo lo posible para que yo me entere. Así será menos atroz mi nostalgia de ti.

»Te recordaré siempre. Y cada vez que pase bajo tu ventana miraré hacia arriba y sentiré un punzante dolor...».

...

Las mujeres que me amaron y a las que yo descuidé...

Hay momentos en los que el doloroso recuerdo de cada una de ellas se transforma en remordimiento.

Mi corazón palpita de soledad cuando vuelvo a pasar por los lugares en los que durante algún tiempo me sentí feliz, comprendido, cuidado. A veces, cuando voy a algún restaurante, a alguna fiesta, a algún local público, me las encuentro junto a sus nuevos compañeros. En esos momentos el Eros que llevo dentro de mí quisiera volver a ser ese dios niño con los ojos vendados.

Normalmente evitamos saludarnos.

Cuando veo a esas mujeres junto a esos hombres que me parecen tan torpes, es decir, tan carentes de ese arte juguetón y «consciente» del Eros, que yo y las amantes perdidas nos transmitíamos en el pasado, y que para ellas era toda una ciencia de vida y de amor, me digo: «Y pensar que me han amado *con las uñas*, como me decía una de ellas».

Al volver a observar a los hombres que me han sustituido, una sensación de vacío se apodera de mí y me digo: ahora ellos disfrutarán en la cama de los juegos amorosos que yo inventé con ellas cuando fueron mis compañeras, durante todas aquellas tardes y noches dedicadas a traducir fantasías. Así pues, siento como si esos hombres me hubieran robado, pues se han adueñado y gozan de algo sagrado que sólo me pertenece a mí: mi arte de entender el Eros, de «escribirlo» en la intimidad de una mujer del mismo modo que puedo escribir una poesía.

Y veo cómo ellos, a pesar de desconocer ese arte único y de ser ciegos y sordos a su encanto, encuentran los pequeños tesoros que yo escondí en sus actuales amantes.

Pero yo lo he querido así, yo me lo he buscado.

Ayer, entre los muchos escritos que conservo, encontré la carta de una mujer sensible perdida en la búsqueda de sí misma. Escribía muy bien y llegué a darle algún consejo que otro acerca de su escritura. Fue otra relación más que dejé atrás. Me interrogo, busco una respuesta a esto; y pienso que tal vez se deba a que mis sentimientos no se han visto nunca satisfechos: ya sea impulsados por la avidez de que mi vida no fuera sólo una y para siempre, sino que fuera mil vidas en una; ya sea por el temor a la muerte, que me hacía concebir la ilusión de que tal vez me aguardaran otras vidas más extraordinarias que las que estaba viviendo...

He aquí un fragmento de la carta:

«... en estas últimas semanas he pensado en ti, en las leves sombras, de origen incierto, que pasan sobre una relación y modifican su luz y su aspecto. Sin motivo alguno, de un modo aparentemente caprichoso, la escena cambia y un pequeño o gran amor acaba, dejándonos como perdidos, extraños. Siento que me falta algo y estoy triste. Sé que he acabado en el vacío de tu memoria y que ahora diriges tu curiosidad hacia otros lugares, pero qué pena perderse sin nostalgia, sin ni siquiera esas palabras afectuosas que nos salvan de la desaparición. Ya no existe nada, todo está en calma y, sin embargo, queda una fantasía que tarda en desaparecer y que aclara la penumbra de tu habitación, donde, en medio del humo de los puros, liberas tus deseos...».

Recuerdo de Nuvola

Leo la siguiente noticia en los periódicos: «¿PUEDE CONSIDERARSE QUE EL SEXO ORAL ES UNA VIOLACIÓN? El Tribunal Supremo ha dado una respuesta negativa y ha absuelto al marido. Esta sentencia amenaza con sentar un peligroso precedente».

El sexo oral es considerado, erróneamente, un acto banal, un mero preámbulo. Y sin embargo es la relación sexual en que la conciencia erótica se halla más implicada. Por lo cual, si se realiza en contra de la voluntad del otro, puede representar una coerción más violenta e incluso más humillante que la penetración forzada. No hay que olvidar que la mujer suele preferir el coito oral a la penetración. Son muy pocos los hombres a quienes el sexo oral no les produzca repulsión. Por lo cual, a la hora de realizarlo, suelen mostrarse torpes, esquemáticos, totalmente ajenos a los secretos estímulos de los que se nutre la naturaleza femenina.

J. S. era una buena actriz: después de varios años de notoriedad, su carrera se vio truncada por la drogodependencia. Más tarde acabó con las drogas, pero los productores no acabaron de olvidar las malas críticas que había recibido por ello. Era una de mis amigas más queridas y yo la escuchaba con paciencia cuando me explicaba lo que ella definía como su ninfomanía y me contaba el calvario de sus obsesivos tormentos.

J. S. ensalzaba los méritos de la práctica oral sobre los órganos genitales femeninos, despreciando la rudeza y la desconfianza de los amantes. Explicaba esta desconfianza hacia el *cunnilingus*, de tan antigua tradición, como un rechazo oscuro, castrante, por parte de los hombres, a sumergirse con el rostro, con la respiración, en el sexo de una mujer, en las aguas maternas, en el mar asfixiante de los primeros signos de la vida. Explicaba que el terror inconsciente que los hombres sentían hacia aquel olor a mar, hacia aquella especie de concha, hacia aquel abismo capaz de un vampirismo subacuático, se debía a que les hacía tomar conciencia de que en el fondo continuaban siendo unos niños traumatizados.

En las exageraciones de J. S. había algo de verdad.

Después, la claridad de la nieve, que se difundía a través de las ventanas, o las luces encendidas de la calle, perfilaban el cuerpo de mi amiga con un halo que me turbaba, como si de pronto convergieran en él imágenes perdidas en el tiempo. Ella se deslizaba hacia abajo, a lo largo de mi cuerpo, y sus pechos de media luna, con unos pezones como gruesas gotas negras, desaparecían entre mis piernas. Su frente y sus párpados se inclinaban sobre mi sexo como sobre una comida. Yo sentía el impulso de encender la luz para quemar con una viva llamarada aquel rito secreto, aquellas

imágenes fantasmales que me llegaban desde la cabeza de mi amiga, la cual se movía por debajo de mi vientre, absorta en realizar aquel acto en el que era experta. La veía como la cabeza de un ídolo adueñándose de sus víctimas.

Entonces me acordaba de Nuvola, la mujer que, cuando yo era niño, me inició en el coito oral.

Recuerdo que sucedió un día en que yo tenía fiebre.

Nuvola me contó, como si se tratara de un cuento, que la fiebre debía ser consolada como se consuela la tristeza, y se arrodilló entre mis piernas, como si quisiera rezar ante mí, adorarme. Mientras me acariciaba con sus dedos los hombros y el pecho me contó que, si un niño no conoce ciertas cosas, su mente puede llenarse de arañas, de sueños enfermizos, de pensamientos que caminan hacia atrás como los cangrejos, y que incluso puede llegar a volverse loco.

Se inclinó sobre mí, pero antes me besó el vientre y me rozó con los labios el pubis, donde comenzaba a nacer una suave pelusa. Canturreó en voz baja una canción y me habló sonriendo del Po de Venecia, de cuando los marineros, intrépidos como capitanes turcos, volvían de sus largas travesías para que sus esposas los consolaran. Después se produjo un silencio y la canción murió en su garganta: mi sexo la hizo morir.

Yo escuchaba su respiración. Y su boca, al moverse, tenía la levedad de aquella respiración. Me cogió una mano y se la llevó a la cabeza. Sus cabellos desprendían un intenso calor y yo tenía la sensación de crecer, dentro de su boca, con todo mi ser, incluidos mis pensamientos y mis fantasías. Fue la primera vez que leí la sexualidad en mi cuerpo: los signos, los puntos privilegiados, los misteriosos e invisibles escritos que no sabemos que llevamos marcados pero que alguien ha grabado en nosotros; los descubría y los leía junto a Nuvola, con su misma sorpresa.

Pensé en las plantas y en las flores que de pronto crecen y se abren en un determinado día de primavera, porque ésta, deseando su florecimiento, envuelve sus brotes con un chubasco feliz que desciende del cielo. Nuvola era mi primavera. Y yo ¿qué flor, qué planta era?

En los días siguientes Nuvola no volvió a aparecer. Yo la buscaba por todas partes con esa memoria corporal que, a un amputado, debe de procurarle el miembro que ya no tiene, pues, a pesar de todo, está seguro de poseerlo todavía. Era como si Nuvola, con su boca, me hubiera amputado el sexo. Una tarde volví a verla. Llevaba una falda muy corta que dejaba al descubierto sus piernas de bailarina. Unas piernas indecentes y al mismo tiempo puras que, al moverse, sugerían la idea de libertad.

Un hombre la llevaba cogida de la cintura mientras ella canturreaba una canción del Po de Venecia. Desaparecieron detrás de un seto. Yo, con el corazón en un puño, me acerqué lo más que pude tratando de que no me descubrieran. Sólo podía ver las punteras de los zapatos del hombre tumbado en la hierba. Cuando Nuvola cesó de canturrear en voz baja, me entraron ganas de llorar. Aprendía, también con ella, que una mujer con la que has compartido alguna vez tu ser, puede conceder secretamente

a otro hombre lo que antes te ha concedido a ti; sin saber que estás allí y que eres testigo. Aprendí que no hay nada más terrible que conocer la verdad imaginando, oyendo. Es una crueldad que puede matar cualquier pureza de la mente, cualquier ingenuidad del corazón.

Célebres y secretas ambigüedades

En Parma, la casa de Piazzale Inzani, donde yo nací, era como una pajarera de tías. Mi abuela Amelia había tenido quince hijos: de los cinco varones, uno había muerto, dos estaban en la cárcel por motivos políticos y otros dos —buscados por subversivos— habían emigrado clandestinamente.

Algunas mañanas las diez tías salían a la vez a la terraza; se llamaban, se respondían; era todo un revolotear de batas de colores, un alzar de manos que me recordaba el desenfreno de los palomos. Yo exploraba la pajarera y me deslizaba furtivamente en cada una de las habitaciones. Podía entrar en la de tía María, que se pasaba el día sentada junto a una mesita haciendo preguntas a unas viejas cartas del tarot de Bolonia. O en la de tía Giulia, que conjuraba con sus rezos su destino poco propicio. Cuando, yendo por el pasillo, acercaba el oído a su puerta, podía oírla rezando sus oraciones, que me parecían no tener fin.

Tía Adele, dentro de su habitación, que era la más bella de todas —con unas sillas de abeto, dos divanes con adornos y una gran cama de cobre—, no hacía otra cosa que ponerse cremas y probarse vestidos. Su aspecto exterior era una mezcla de finura y tosquedad: tenía los ojos verdes, pero demasiado maquillados; las mejillas aristocráticas, pero una boca descaradamente pintada; los brazos robustos y las manos delicadas; las piernas fuertes y los pies minúsculos. Sus hermanas la regañaban constantemente, pero lo único que conseguían de ella es que cada vez fuera más provocativa. Era la piedra de escándalo. Malgastaba su dinero en fútiles adquisiciones, sobre todo en anillos y pulseras, y se paseaba medio desnuda por la pajarera, envuelta en batas transparentes, feliz de turbar a los desconocidos. Le complacía pasar por una pervertidora sin prejuicios y se enorgullecía de no poder calcular los hombres que la habían poseído. Sin embargo, conservaba algo de cada uno de ellos: fotografías, objetos insignificantes, y los recuerdos de sus amantes llenaban un gran armario. Ella decía irónicamente que aquel armario era la Redipuglia^[16] de sus amores desaparecidos... Y que el día que se marchara a algún maravilloso país haría todo lo posible para llevárselo.

Me cruzaba con desconocidos que dejaban en el patio sus motocicletas. Antes de cerrar tras ellos la puerta de la habitación de tía Adele me hacían distraídas caricias.

Pero la habitación que más me atraía era la de tía Carmen. Al contrario que su hermana Adele, ésta detestaba su belleza, que era de una perfección casi absoluta: los rasgos españoles, heredados de la familia de su padre, adquirían un especial misterio en el óvalo de su rostro emiliano, que envolvía en su círculo mágico una fisonomía

vibrante e intrépida; la cual contrastaba con una especie de languidez, con una sensualidad espiritualmente profunda. Hacía pensar en los signos que el misterio de la naturaleza traza, a su capricho, tanto en un ser humano como en una planta o una flor.

Tratando de comprender su propio encanto, con una tendencia a mirarse en el espejo que se había transformado en obsesión, tía Carmen se debatía en un conflicto psicológico al que no veía salida alguna; por una parte aquel encanto que poseía le inspiraba respeto, y, por otra, soberbia. Y si ese respeto la hacía sentirse indigna de tanto favor natural, la soberbia le impedía compartirlo. Consideraba que ningún hombre era digno de gozar de ella movido por algún efímero amor y mucho menos movido por pasiones que siempre imaginaba vulgares. Eso le provocaba angustias que, aparte de atormentarla, se reflejaban en el desorden de su cuarto, donde tía Carmen acabó por comparar la hermosura con una culpa que quita la paz y hace que una criatura se sienta excluida del mundo.

Así pues, a diferencia de tía Adele, ella deseaba que los años la envejecieran para llegar a descubrir algún día en su rostro los signos de la decadencia: sólo cuando fuera vieja se sentiría dueña de sí misma. Los hombres que entraban por la noche en la habitación de tía Adele se topaban a veces con su figura. Inmóvil en el fondo del pasillo, parecía esperarles entre las sombras, pero si daban un paso hacia ella, desaparecía...

Me preguntaba estupefacto por qué tía Carmen tendría las paredes de su habitación llenas de fotos de actrices y actores famosos: desde Rodolfo Valentino a Greta Garbo y Marlene Dietrich... ¿No estaba en contradicción este culto aparente con su rechazo a todo tipo de idolatría corporal? Entendí la razón cuando descubrí, entre las cosas que se amontonaban en desorden en su cuarto, una auténtica colección de *rarezas*: biografías, diarios, autoconfesiones, incluso ediciones raras.

Cuando comencé a leer algunas de aquellas páginas, me di cuenta de que el tema de todas ellas era la ambigüedad.

Lo que más me impresionó fue el diario secreto de Rodolfo Valentino, el «dios moreno adorado por millones de mujeres» (las cuales, en su fanatismo, cometen a menudo errores garrafales). Al divo le llamaban *Pink Powder-Puff*, borla rosa de polvos, y el *Chicago Tribune* escribió: «Hubiera sido mucho mejor si esta borla rosa, que no se mueve nunca sin su polvera, este hermoso hijo de un jardinero, Mister Guglielmi, alias Valentino, se hubiera ahogado en un estanque antes de ser importado a Estados Unidos». Valentino se casó con dos conocidas lesbianas: la primera, Jean Acker; la segunda, más inquieta, Natascia Rambova.

En el diario secreto, y en cierto modo terrible, del actor, que ha sido considerado como el símbolo por excelencia del seductor de mujeres, tía Carmen había subrayado dos fragmentos:

«27 de junio. Ya no lo resisto más. Mañana me embarco. Cuando pienso que Natascia está en París en los brazos de esa mujer... ¡Qué terribles son los celos!».

«5 de julio. La noche que pasamos juntos en París nos ha separado aún más. Ha vuelto a rechazarme... A las cuatro de la mañana me fui del hotel y paseé sin rumbo por las calles de esta ciudad tan fascinante y romántica, para respirar un poco... ¡Me siento devorado por la pasión, ardo en deseos de hacer el amor, y Natascia me aparta de su lado! Hace un cuarto de hora que me sigue un joven guapísimo y al final me aborda delante de la Opera... He ido con él a su casa y, ya en las escaleras, me ha abrazado con frenesí. Yo estaba como desenfrenado... Hemos hecho el amor como dos tigres hasta el amanecer».

También en la habitación de tía Carmen leí las confesiones de Mercedes De Acosta, poetisa y guionista en Hollywood durante los años treinta y cuarenta. Mercedes era una gran seductora de mujeres famosas, de divas consideradas inalcanzables.

Greta Garbo enloqueció por ella. Su relación, consumada en un chalet de Sierra Nevada, acabó cuando Mercedes lo contó todo en una autobiografía: «Fueron unos días de absoluta perfección y armonía con la naturaleza que nos rodeaba». Unas fotografías atestiguan esos días: en ellas aparecen dos mujeres desnudas en la orilla de un lago. Isadora Duncan escribió una poesía erótica dedicada a Mercedes De Acosta: «Mis besos son como abejas —que vuelan— entre tus piernas...». Marlene Dietrich la cortejó con ramos de tulipanes, y cuando la De Acosta se los devolvió alegando que tenían una forma demasiado fálica, trató de hacerse perdonar mandándole dos veces al día rosas rojas, siempre con el mismo mensaje: «Nuestro amor será eterno». La De Acosta afirmaba: «Conseguiría robar cualquier mujer a cualquier hombre». Y cuando Traman Capote la provocó, le dijo: «Pregunta a mi marido. Incluso a la luna de miel me llevé a una amiga».

Mercedes siempre llevaba consigo un billetito de la Dietrich, donde el Ángel Azul le confiaba lo que era su propio credo: «Hago el amor con quien me apetece. Lo mismo me da que sea hombre o mujer».

...

Cuando la *bisexualidad femenina* se manifiesta en una relación con otra mujer, suele confundírsela con una desviación homosexual, incluso con una perversión.

En la mayor parte de los casos la bisexualidad no es una entidad patológica, sino que debe ser considerada como una planta cuyas raíces son las mismas que las del autoerotismo. Tienen razón aquellos que subrayan la importancia del narcisismo para deducir sutilmente que la mujer, sobre todo en la adolescencia y en la primera juventud, puede investigar su propia sexualidad a través de la de alguna compañera suya. Se trata del potencial erótico, que busca una forma de expresarse; del descubrimiento, en un cuerpo del mismo sexo, de ciertas revelaciones que el sujeto

no domina conscientemente; de la aparición de una «viciosidad límpida» que no es una paradoja, sino que existe como expresión inquieta de la curiosidad.

Leo: «Aparte de la indeterminación de los caracteres de femineidad y de masculinidad, todo individuo —sea cual sea el sexo al que pertenezca— posee en proporción variable ambos caracteres. Sin embargo, debemos reconocer que, en general, las mujeres tienen mayor tendencia a la bisexualidad que los hombres».

Hay un fragmento de Roberto Longhi —en *Correggio y la Cámara de San Paolo*— cuyas intuiciones se adaptan perfectamente a este discurso, aunque en apariencia no tengan nada que ver. Longhi sostiene que Miguel Ángel hubiera podido exclamar, como hizo Picasso de un constante seguidor suyo: «*Correggio c'est ma femme!*»^[17].

En la sensibilidad de toda mujer, en el sueño del Eros que debemos imaginar como pintado con mano maestra sobre su mente, hay un Miguel Ángel, hay un Correggio. Utilizando las palabras de Longhi, «Esa energía arribista, esa “convexa turgencia”, se funden con el profundo encanto retraído y “cóncavo” de Correggio».

He escuchado muchas confesiones de mujeres y también de compañeras. Lo que las impulsaba a la bisexualidad no era tanto la ambigüedad de las pasiones como la pasión por la ambigüedad. Me refiero a que vivían esas experiencias serenamente, pues las veían como actos ocasionales e iluminados por la alegría que formaban parte de la evolución de su propio equilibrio psicológico. La primera vez que tomaron conciencia de la reciprocidad sexual —cuando aún temían la agresividad masculina y el mito negro de la violencia— fue a través de aquellas caricias, de aquellos besos...

Mi amiga A. B. me confiesa:

—Sí, a veces lo que me ha unido a ciertas mujeres ha sido un común deseo de un amor imposible, por desilusionante y desilusionado, por parte del hombre. Es el Eros del consuelo mutuo, el Eros de la amistad, una amistad femenina que el hombre no puede entender...

Le pregunto acerca de la primera vez que le ocurrió:

—Fue cuando tenía dieciséis años. Era de noche y mi amiga y yo dormíamos con su madre en la misma cama. Comenzamos a acariciarnos, a besarnos, excitadas también por el temor a que su madre se despertara. Al principio lo hicimos con el placer, con la belleza del «corazón en vilo», después con cómplice alegría, felices de estar haciendo algo secreto, prohibido, a espaldas de una adulta severa que dormía vuelta hacia el otro lado... Después me sucedió con otras mujeres. Lo que más me gustaba era insinuarme encima de ellas, como si pudiera realizar las funciones del hombre... La excitación nacía siempre de la rabia, o de la tristeza, por la ausencia de un hombre que pudiéramos considerar digno de nuestra sensibilidad y sexualidad... Los hombres, pésimos amantes no sólo con el miembro, sino también con el alma, eran responsables de nuestra insatisfacción.

Recuerdo algunos juegos amorosos.

Como, por ejemplo, el de dos mujeres que comenzaron a expresarse, ante mis ojos, sin necesidad de palabras, sirviéndose de la comunicación silenciosa de los

gestos. Recortándose en la claridad de la ventana, una de las amigas inclinaba su cabeza sobre el hombro de la otra, que la estrechaba contra sí. La visión de sus espaldas desnudas y próximas, mientras al otro lado de las ventanas el viento arrancaba las hojas de los árboles y las hacía girar en espiral, recordaba las representaciones de los templos orientales.

También la escena de dos mujeres que se desvisten observándose, desde ambos lados de la cama, ejerce una atracción sagrada: incluso en las circunstancias más oscuras, este prelude conserva cierta pureza. Cada una de ellas se observa en la otra y, poco a poco, conforme van desnudándose, aflora en ellas una nostalgia de sí mismas; y cuanto más morbosa y ambigua es la situación, más intensa es la nostalgia de una intimidad que en otro tiempo fue pura.

Ironías, ironías...

1

En el Pórtico de Octavia, donde los hombres del hampa romana juegan al *frontón*, se han descubierto los cuerpos de dos personas asesinadas. Son las mismas galerías que, desde tiempos inmemoriales, utilizan estos tipos como polígonos de tiro y donde el número de las marcas de bala aumenta a ojos vista.

Dentro de este gran espacio dominan los colores rojos y negros, que parecen pintados por la mano de Escipión, y el agrio olor del agua del Tíber que, después de infiltrarse a través de los muros, se estanca alrededor de los ventanales y de los ventanucos, desde los que pueden adivinarse unos puentes en la lejanía. Yo solía ir allí con frecuencia. Confiaba en los posibles encuentros. Si sigo viviendo en Roma, es porque la ciudad tiene también este poder perverso: genera, y enseguida degenera, sorprendentes cruces de existencias.

Eso es lo que me sucedió con Donata.

Antes que nada debo aclarar que el *frontón* es diferente a la pelota a mano y a la pelota vasca. Es un juego carente de pasado y, por supuesto, de futuro. Quizá sólo se practique en el Pórtico de Octavia. El jugador lanza la pelota con un guante de cuero negro en forma de gran mejillón; el blanco, accionado mecánicamente, se mueve con rapidez de un lado para otro y hay que dar en el centro de tres círculos rojos. Se trata de una metáfora de la lucha contra el tiempo. Las pelotas, acompañadas de blasfemias, siguen trayectorias sin sentido, y la mano del hombre, al recibir los golpes de las bolas, vuelve a lanzarlas con el torpe empeño de dar en el blanco. ¿Acaso no es el tiempo un violento ir y venir que se justifica por sí mismo?

Donata —tardé muy poco en descubrirlo— era una persona violenta y egoísta con una doble naturaleza, un poco pelota y un poco guante. Feroz e inútil como los jugadores.

Se hallaba sentada en una sillita de hierro contigua a la mía, a un lado de la galería: las pelotas silbaban a nuestro alrededor del mismo modo que, por las noches, las balas deben de perseguir a las víctimas elegidas por el hampa romana. Intuía en ella una sexualidad tan preñada de amenazas como aquel polígono: tenía como mucho dieciocho años, un olor a hembra que recordaba al agrio olor del Tíber, y el pecho aquejado de una mastitis. Me preguntaba qué haría allí, cuál sería su relación con los jugadores, probablemente asesinos, envueltos en mandiles de cuero que emitían chispas y cuyos hombros y brazos desnudos estaban empapados de sudor; y

con aquellos otros hombres que, junto a las paredes, intercambiaban apuestas con gritos roncós.

Un tufillo de genitales excitados impulsaba a Donata a hacer un gesto que parecía nimio pero que en realidad era obsceno. Se deslizaba los dedos de su mano derecha, con las uñas pintadas de rojo, entre los muslos, totalmente ceñidos por unos pantalones vaqueros, y se daba rápidos apretones en el pubis. Yo la miraba una y otra vez, pero ella seguía haciendo aquel gesto, sin reparar en las pelotas que rebotaban y amenazaban con destrozarle el cráneo. Al final me sonrió. «Tiene una dentadura de caníbal», pensé.

No nos movimos de allí hasta que los jugadores acabaron. En la galería no quedó ni un alma. Ahora el ambiente se parecía al de la plaza de un mercado después del cierre: alguna que otra bombilla encendida, los delantales de carnicero colgados de las perchas y los guantes con forma de mejillón, que pendían de los ganchos, conservando aún la rabiosa presión de las manos que los había enfundado. Las pelotas yacían esparcidas por el suelo. Una gigantesca letra A sobre la pared de enfrente y aves nocturnas en los ventanales.

—Vamos a mi casa —me dijo.

Donata sólo me transmitía una sensación de vacío. Su cuerpo se movía con la desarmonía de la sordidez carnal. ¿Qué me impulsaba, pues, a seguir sus pasos, que caminaban rápidamente en medio de la oscuridad confirmando su familiaridad con los meandros? ¿El desagrado? ¿El engaño, demasiado evidente, con el que se proponía sacar algún partido de mi presunta ingenuidad?

Era algo menos y algo más. Me sentía provocado por la nada. Pero no por la nada metafísica, sino por la nada que se insinuaba entre las pequeñas bellezas y crueldades de la vida, formando con ellas un entramado. Donata me invitaba con una falta de atracción tan perfecta que se volvía irresistible.

En ese sentido fue una noche gratificante.

Un cuartito. Una cama deshecha pegada a la pared, con una manta de piel de leopardo artificial. Justo encima de ella, unos tambores de guerra africanos y una lanza somalí. En el suelo, montones de periódicos llenos de polvo en los que pude ver de soslayo algunos titulares sobre distintos delitos. Y por todas partes, zapatos, en su mayor parte de hombre, cuyas puntas de distintos colores aparecían entre los periódicos como narices de payaso. Pero los jugadores del cuartito, presumiblemente los mismos del *frontón*, habían esparcido aquí y allá más restos suyos: calzoncillos, camisetas y cinturones. La puerta del baño estaba abierta y una bombilla azul aclaraba la soledad. La ventana, por la que apenas entraba el aire, estaba al nivel de la calle (nos hallábamos en San Giovanni, en el sótano de un edificio).

Donata apagó la luz y corrió con cuidado las cortinas de la ventana. Yo le pregunté por qué lo hacía.

—Para que no sepan que estoy —respondió—, que existo.

—¿Pero quién?

—Los hombres —contestó bruscamente.

—¿Qué hombres?

Mirada impasible.

—Los hay de todo tipo —insinué—. Los intelectuales, por ejemplo, y los defensores del orden. ¿A cuáles temes tú? ¿A los hombres del frontón?

—A todos. Me gustaría verlos a todos colgados de los pies en el Piazzale Loreto.

No añadió nada más.

Me hubiera gustado decirle que yo también pertenecía a esa despreciada raza: Pero hubiera sido un error. Estaba claro que, al mismo tiempo que rechazaba la realidad masculina, se dejaba seducir por la nada masculina, de la misma forma que la nada femenina, aquella noche, despertaba mi curiosidad. Y yo la representaba ante sus ojos. Dos nadas que se atraían como imanes.

De aquella nada afrodisíaca de Donata extraje el mayor jugo posible. La perseguí por toda su anatomía como si recorriera las celdas de un laberinto. Me movía perfectamente entre los cabellos que le llegaban hasta la cadera, negros como el carbón, sucios. El recién nacido chupa de los pezones de su madre el alimento para su nada todavía fetal; yo chupaba los grandes pechos de la muchacha. Encima de ella, como la amenazadora letra A de la pared del frontón, yo exploraba su vientre y la grama del pubis.

Donata me exploraba a su vez a tientas con su ceguera espiritual: ya se sabe que los ciegos son invencibles en la oscuridad.

En varios momentos temí desaparecer dentro de aquel vientre. Comprendía la sabiduría de los antiguos textos: el Talmud, el Zohar, Isaías. Donata encarnaba el trío de la demonología caldeo-asiria (la más exacta, a mi parecer): Lilú, demonio íncubo; Lilitu, demonio súcubo; y Ardat Lili, la sierva de los dos primeros, que escoge a los amantes para devorarles, además del falo, toda la materia adanística de la que están compuestos. Pasaban muchas ideas por mi mente, pero sobre todas ellas se imponía una, plateada, en forma de corazón puntiagudo; no era una ilusión óptica, sino un estoque real: ¡la lanza somalí!

La utilizaría en caso de necesidad.

Cuando abrí el ventanuco, los primeros rayos del sol iluminaron a Donata, que jadeaba en medio de un charco de sudor. Como yo. Se limitó a cruzar las piernas sobre el lecho y a sonreír con la misma sonrisa indiferente con la que me pidió que le devolviese la invitación:

—¿Cómo es tu casa? —preguntó.

—Muy amplia —le respondí, mirando aquel cuarto en el que casi no se podía ni respirar—. Con muy buenas vistas.

—¿Con quién vives?

—En otra época con mi mujer. Ahora con nadie.

—Vamos —dijo.

Yo había invadido su nada, incluida la ambiental, y ahora ella estaba decidida a

invadir la mía.

No me dio tiempo a replicar. Salió con una bolsa y los tambores de guerra, que había metido en una red. Por otra parte —pensaba yo—, la nada no conoce ni el pasado ni el futuro y sólo tiene necesidad de sí misma, de su música devoradora. Subimos al coche. Hizo que me desviase varias veces y nos adentramos por unas callejuelas de Sari Giovanni, también sórdidas, entre enormes edificios.

—¡Frena! —ordenó.

Me pidió que la esperara. Volvió a aparecer en un portal llevando una pajarera en la que saltaban pajaritos de varias especies. De otras dos casas —de unos amigos seguramente íntimos— emergió con grandes bolsas de celofán llenas de vestidos; y sus propios amigos, con los rostros de los asesinos que juegan al frontón, la ayudaron a cargar en el coche vestidos, cajas, tocadiscos y posters enrollados. Sin dirigirme, obviamente, ni un solo gesto.

Así pues, Donata renacía de sus cenizas. La perfidia de su cálculo se transformaba en una alegría absoluta. Seguimos parándonos aquí y allá, y una y otra vez me obligaba a frenar bruscamente. Señalaba puertas y ventanas. Bajaba corriendo, volvía con animales bajo el brazo; los perros y los gatos iban a hacer compañía a los pájaros, las cosas a las cosas, dejando al descubierto un segundo plano existencial de Donata que yo jamás hubiera supuesto y que, con continuos revoloteos, aparecía bajo la forma de un objeto, un animal, un envoltorio misterioso o un paquetito.

Otros hombres desafeitados, muchachas lívidas, madres claramente alcahuetas de sus hijas, porteros con la corrupción reflejada en la cara, salían poco a poco detrás de ella aportando su contribución. Imaginaba en lo que podría convertirse mi apartamento; con la diferencia de que mientras yo había invadido el refugio de Donata saboreando el gusto de la anulación, su toma de posesión preveía, además de un asentamiento estable, la técnica del pleonismo.

—Espera un momento, querida —le dije, mientras detenía el coche debajo del obelisco de Piazza del Popolo—. Sólo un momento.

La dejé fumando con una actitud descarada, con el codo fuera de la ventanilla. Tenía la ferocidad satisfecha de una domadora de leones entre pajaritos que cantaban su color verde, perros que rascaban el cristal de atrás, cajas que se volcaban dentro de otras cajas y vestidos que ondeaban al viento. El automóvil era un pequeño circo al que ya se aproximaban unos guardias desconfiados.

Entré en el café Canova y volví a salir acto seguido ocultándome detrás de un desconocido. En algunos casos es magnífico ser vil. Huí en dirección al Pincio. Hacía años que no corría con tanto entusiasmo; y me sorprendía ser capaz de correr con una discreta velocidad fingiendo tanta indiferencia.

No volví a saber nada de Donata ni de mi coche (me limité a denunciar el robo). Ni tampoco volví al Pórtico de Octavia a ver a los hombres del hampa jugar al frontón. Leí en el periódico que en una de las galerías habían descubierto otro cuerpo sin vida. ¿Se trataría de ella? La víctima llevaba las uñas pintadas de color rojo. En

ese caso, no estaba equivocado. La nada tiende a la nada y —en este caso concreto— se convierte en metafísica, en eterna. En suma, hay una justicia para todo.

2

Los ventanales de la casa de Sybille Weiser dan a la Isola Tiberina. En un salón que tiene aspecto de taller unas lámparas iluminan con efecto esmaltes vieneses de Mohn, ampliaciones fotográficas de las modelos de Egon Schiele y objetos de los artistas de Gabón. Entre sus poderes, Roma también tiene el de crear oasis que contienen costumbres y gustos de otros pueblos.

Esta casa es mi refugio preferido por las noches. Y como Sybille es una artista de las estratagemas, yo la llamo para mis adentros «la mujer de las mil y una noches». Ella sigue recibéndome alegremente vaya a la hora que vaya. Me aprecia. A su modo me ama. Pero hemos decidido mantenemos en ese *antes* donde —mi amiga es categórica— resulta divertido inventar preámbulos y que, quizá, sea lo mejor de una relación.

—¿No es más sugerente el amanecer que el día?, —sostiene—. Y la sed, antes de calmarla, por ejemplo, con el agua fresca de una fuentecilla de montaña, ¿no es un placer torturante pero al mismo tiempo maravilloso?

En algunos momentos casi llega a convencerme sobre el *antes*... Antes de que sucedan, las cosas son más bellas. Le doy la razón aunque con cierta ironía: la vida, antes de la muerte, ¿no es más bella que la misma muerte? Basta con entenderse.

Sybille tiene treinta años. Su cuerpo me recuerda a la mujer que, en el *Pez de oro* de Klimt, muestra sus excitantes nalgas al observador. Cuando nos quedamos solos hasta el amanecer y ella se tumba en la cama desnudándose con indolencia frente a mí, pienso que Klimt debería haber titulado ese cuadro «El antes»:

—¿Ves como el antes puede ser genial? La tensión del deseo llega al máximo, te sientes irresistiblemente impulsado a alzar la mano, a rozar, a tocar... Pero sólo rozas la ilusión de una pintura. —Me invita—: Vamos, rózame, tócame.

Hago lo que me dice. Pero no consigo llegar a pensar que sus glúteos sean fruto de una ilusión. Se lo confieso. Ella me contesta:

—Eso te sucede porque no sabes separarte de tu pasado. —Después cae en un juego de palabras—: ¿No has hecho nunca el amor con el *antes*, antes de conocerme a mí?

—Jamás —reconozco.

—Es un vicio del que debes liberarte. Eres un testarudo consumidor del después, lo mismo que un fumador empedernido. Es necesario que comiences alguna vez. Lo importante es tirar ese primer cigarrillo que, con un gesto automático, te llevas a los labios... Vamos, probemos.

Me explica la prueba:

—Desnúdate tú también. Métete en la cama conmigo. Durmamos juntos sin hacer nada. Saboreemos simplemente el calor de nuestros cuerpos. En este mutuo calor que nos roza se encuentra ya el coito, el orgasmo. Cierra los ojos, relájate y descubrirás que tengo razón.

Cierro los ojos. Mantengo inmóvil la mano que apenas roza su muslo. Ella comienza a hablarme de ciertos deseos que serían muy fáciles de satisfacer, pero lo más hermoso de todo se encuentra en el no satisfacerlos...

—¿Estás relajándote? ¿Notas que el sueño está a punto de llegarte?

—No, Sybille. Pero no te preocupes, duérmete tú. Déjame a mí el antes, ya me las arreglaré... El antes de la creación. En el fondo en esa época no había problemas, ni soledades, ni tentaciones imposibles...

—¿Lo ves como tengo razón?

—Sí. Y después vino el *fiat lux*... Duerme, Sybille. Dentro de poco amanecerá. Y se hará la luz Y yo podré levantarme e irme, dejándote abrazada a nuestro antes, que es un maravilloso amante.

Sybille, lógicamente, ama a Schönberg. Me invita de nuevo:

—Vuelve a ser niño. Y, como cuando contabas ovejas, piensa intensamente en el *Pierrot lunaire*. Ah, el *Lied Misa Roja*^[18] en el cual Pierrot se sube al altar y muestra a los fieles la hostia llena de sangre... Es su corazón lo que sujeta entre sus dedos, ofreciéndolo como admonición para que no nos disipemos en la banalidad del amor, en el fuego de la realidad que enseguida lo convierte todo en cenizas.

Lo intento. He llegado a detestar tanto al Pierrot como a Schönberg:

—Yo adoro a Verdi y a Rossini, Sybille. Qué le voy a hacer.

—Son sólo unos artesanos.

Reacciono, la toco. Pero lo hago sin sensualidad, en nombre de un ideal de poesía, de melodías que nadie ha conseguido jamás hacer desaparecer de mi corazón. El antes permanece intacto:

—Demasiadas lágrimas —afirma despreciativa, volviéndose hacia el otro lado en la postura del *Pez de oro*. Y yo hago lo mismo, pero adopto una postura más banal y le doy simplemente la espalda.

Ella añade:

—Siempre hay un exceso de pasión.

... Pero esta noche las lágrimas y el deseo de pasión son suyos, de Sybille. Comprendo que uno de sus amantes —con quien nunca fornicó con el antes, a diferencia de conmigo— la abandonó de improviso y la trató brutalmente.

De hecho, Sybille sólo me concede a mí el raro privilegio del antes, pues a los otros hombres los considera indignos de él. Con los otros pasa enseguida al después. Y son muchos —dicen— los destinatarios de tanto desprecio.

Debería considerarme afortunado. No es muy normal ser el favorito de una mujer tan encantadora. Y que se conoce de memoria el «contrasentido» atonal de Schönberg.

El episodio tuvo lugar después de que, siendo todavía un niño inocente, me encontrara frente a la desnudez de Albina Savi, en los arenales del río del valle del Po, y antes de la primera vez que estuve con Ada Vitali, en Ghiare, el pueblo de las hoces.

Me di cuenta de la curiosidad que despertaban las mujeres en los hombres que me rodeaban. Hice dos descubrimientos a la vez: descubrí que descubrir aquella curiosidad me alegraba. Cuando era todavía un chiquillo me iba solo a la periferia de Parma y me detenía enfrente del chaletito en el que vivía Fabrizia Orlandini, a quien llamaban el «Baile sin disfraz».

El chaletito se alzaba, con aspecto sumiso, delante de un edificio en construcción cuyas obras se prolongaban desde hacía años: concebido para ser una escuela, sufría continuas y misteriosas interrupciones. Permanecía allí, con sus cinco pisos trazados en el vacío, sin paredes, como una gran estantería de cemento, y con esa anónima arrogancia que parecen poseer las construcciones sin acabar. En aquella zona de la periferia no había nada más que aquel gracioso vasallo, el chaletito, y aquel rey alocado.

Me escondía y espiaba los tablones oscilantes y la cerca de cañas, es decir, la desdentada corona del rey. Un chiquillo es un detective muy hábil. Al no tener que resolver el enigma de la vida, se dedica a investigar y resolver fenómenos considerados erróneamente como colaterales. Por eso me di cuenta de que los hombres organizaban aquella pantomima con un solo objetivo: ver a Fabrizia, a la que poco después yo también conocería como la más arriesgada y seductora exhibicionista de la ciudad, a través de la ventana del chaletito.

—Van a ver el cuerpo de diosa de la Orlandini —decía la gente refiriéndose a los individuos que trepaban por el edificio—. Van a asistir desde el gallinero al Baile sin disfraz.

Había muchos tipos de trepadores. Subían albañiles que no eran albañiles; falsos aparejadores y peritos de la construcción. Antes de aventurarse a subir se quitaban las chaquetas y los chalecos, se ponían unos gorros de papel y se arremangaban la camisa. En realidad eran abogados, médicos y profesores que se transformaban para la ocasión en desmañados acróbatas. Una vez conseguido el adecuado puesto de observación, iban de un lado para otro llevando pilas de ladrillos sin saber dónde colocarlos y, mientras tanto, no quitaban ojo a las ventanas de la casita.

Escalaban la cima incluso falsos supervisores del catastro e inspectores del Ayuntamiento, con abrigo y cuello de piel. Dando bruscos pasos sobre el inseguro andamio se dirigían en voz alta y enojada a oficiales subalternos a los que nadie veía por la sencilla razón de que no existían. Y no era difícil deducir, incluso desde el lugar en el que yo me hallaba, que sólo algunos gatos vagabundos y algunos ratones,

cuando no eran únicamente las polvorientas cañas, escuchaban sus críticas sobre la edificación de Parma.

Después subían los poetas.

Fingían coger flores, nunca florecidas, de entre las malas hierbas que nacían en los andamios. Bordeando la terraza y mirando hacia las ventanas de Fabrizia, hacían equilibrios entre la felicidad que les procuraban los sentidos y la vocación, frecuente en los temperamentos líricos, de un suicidio cósmico; es decir, corrían el riesgo de caerse. Distinguí uno que realmente llevaba un ramo de rosas; durante el tiempo que estuvo observando, lo mantuvo apoyado, bien a la vista, en el hombro. Al irse, lo abandonó sobre las cañas y el viento lo deshizo y lo dispersó en el aire.

Y, por último, subían los *honestos*.

Me refiero a aquellos hombres que para espiar dentro de la casita no necesitaban fingir nada, por lo cual no tenían que ponerse gorros de papel ni llevar debajo del brazo unos planos donde se hallaba dibujada la nada. No improvisaban diálogos con los gatos y los pájaros, sino que se entregaban a los encantos de la profanación óptica con diligencia y candor, asomándose sin miramientos y asumiendo la responsabilidad de sus ademanes de vigías de los mares.

La pantomima era bastante animada; los equívocos, frecuentes. Al salir a la terraza, algún que otro falso albañil chocaba con alguien que se paseaba a lo largo del vacío con un ramo de rosas o con falsos inspectores que trataban de convencer a un vencejo de que la fuerza de las cosas, que hacía que aquel edificio estuviera sin acabar, era difícil de explicar y corregir. Pero la ebriedad que les producía compartir la misma transgresión y el reconocerse como semejantes creaban una viril complicidad entre ellos que hacía desaparecer cualquier signo de turbación. Por lo cual no era raro ver a dos o más señores mirando juntos a Fabrizia, al tiempo que se cruzaban sonrisas y se encendían los cigarrillos los unos a los otros.

... En la casita había una ventana en concreto cuyas cortinas se hallaban sujetas indiscretamente con unos cordones rojos. Dentro los objetos se hallaban envueltos en una indiscreta penumbra, desde donde llegaba la música de un disco, de un gramófono. Un perrito, hundido en un sofá, aguardaba modestamente. Las cosas parecían estar preparadas para cortejar a la figura que todos esperaban. Y ella surgía con una armoniosa belleza; pero Fabrizia, que fingía hablar al perro o, en dirección al pasillo, a misteriosas presencias (criadas y familiares inexistentes), no salía para mirar, sino para que la miraran. Y para conseguir lo mejor posible este resultado comenzaba a hacer improvisaciones que la convertían también a ella en una actriz sobre un paradójico escenario. ¿Quién era en realidad el protagonista de la pantomima: la mujer o los mirones?

La Orlandini se movía desnuda en el vano de la ventana, en medio de un juego de luces y sombras, y bastaba un reflejo, una falsa perspectiva, para que sus formas cambiaran. Ora su cuerpo aparecía alto y espléndido, con los senos pequeños y puntiagudos; ora más bajo y con grandes pechos. Fabrizia charlaba animadamente

con sus propios fantasmas del mismo modo que quienes la miraban, o se reía de bromas que nadie pronunciaba. Aquello resaltaba su encanto. Su humor cambiaba como si a su alrededor se amontonaran presencias unas veces tristes y otras alegres, que la inducían a alternar gestos de melancolía e indolencia con bruscos movimientos de una sensualidad agresiva. Se agachaba, fingiendo recoger objetos del suelo, para hacer resaltar sus nalgas. Simulaba repentinos desfallecimientos y se tumbaba en el sofá o en el sillón, con una pierna apoyada en el brazo del mueble, mostrando el pubis. Su exhibicionismo llegaba al máximo cuando se arrodillaba y acercaba su oído al hocico del perro, que ladraba y parecía prestarse así a la representación: las curvas de sus muslos y su espalda ofrecían a los espectadores una irresistible visión barroca.

Fabrizia desaparecía y, ante la idea de no volver a verla, todos sentían una dolorosa punzada en el corazón. Pero enseguida volvían a sentirse felices cuando el espejo, como por arte de magia, la reflejaba dentro de su marco, en el momento en que ella se pasaba los dedos por los labios haciendo ademán de ponerse carmín. Estaba claro que aquellos pequeños retoques también eran simulados, dada la gran cantidad de tiempo que empleaba en ellos, como si sus labios tuvieran una gran superficie. El hecho es que, en aquella postura, ligeramente de puntillas y con las caderas impulsadas hacia atrás, su estructura física habría merecido un aplauso.

Y mientras la Orlandini se exhibía, los observadores, situados en lo alto del edificio inacabado y con los ojos clavados en la ventana, se intercambiaban automáticamente frases que, en lugar de justificar su presencia, la hacían más patética:

—Esta escuela no la acaban nunca, es un escándalo —sostenía un conocido abogado que llevaba las mangas recogidas.

—Precisamente yo he subido para comprobar su estado de abandono —afirmaba un cronista de la *Gaceta* local—. ¡Escribiré un artículo fulminante!

—Yo pienso en nuestros hijos, usted me comprende. Acabaremos por impartirles la cultura en un dique o en cualquier prado, ¡o incluso en la misma plaza de la catedral!

—El gobierno debe intervenir.

—¡Intervendremos!, —aseguraba un asesor del Ministerio de Educación.

Alguno conjeturaba que la construcción se quedaría tal y como estaba por el simple motivo de que, en caso contrario, ya nadie podría explorar el cuerpo de Fabrizia; y a consecuencia de ello la educación, no la escolástica, sino la sexual, se resentiría.

Un poeta, arrojando una flor, insinuaba:

—Los gobernantes siempre serán un atajo de ladrones. ¿Quién se habrá embolsado el dinero destinado a esta escuela?

El asesor reaccionaba:

—Esa es una opinión conservadora. O peor todavía, ¡fascista!

Pero ni siquiera su ímpetu de izquierdas le hacía desviar la mirada de la casita.

—¡Pronto, querido amigo, muy pronto, la derecha volverá al poder!, —decía alterado un excombatiente de la Decima Mas^[19], pero el fulano renunciaba inmediatamente a atacar al asesor y olvidaba el *Memento Audere Semper*, pues en ese momento Fabrizia comenzaba a hacer una de las suyas. Entonces el mirón pasaba de la idea del manganello^[20] al sueño de entrar un día en la casita haciendo crujir sus botas y vestido con el uniforme fascista, para reducir así la distancia óptica que le separaba de la Orlandini:

—Volveremos, amigo mío. Como ella vuelve... —Y en ese mismo momento el mirón perdía la compostura y señalaba, ya sin reserva alguna, la ventana de la casita:

—Mirémosla abiertamente y sin disimulos: forma parte de nosotros, es una maravilla, ¡cada uno de nosotros lleva una Orlandini en el corazón!

En efecto, cuando Fabrizia se acariciaba el cuerpo... Su mano parecía transformarse en la de un hombre que, invisible detrás de ella, le explorara las caderas con delicada lujuria (el juego de luces y sombras hacía que aquella mano no pareciera suya). ¡Qué armonía minuciosamente perversa! Y cuando se apretaba los senos, el vientre, o las sienes...

Acabada la exhibición, miraba hacia arriba, hacia la terraza del edificio en construcción, con la sonrisa de la protagonista que, una vez finalizada su representación, da las gracias al público. Hacía una inclinación y se retiraba, esta vez de verdad. El mirón nostálgico era el primero en aplaudir, afirmando:

—Nosotros volveremos porque, a diferencia de vosotros, no permitimos que la realidad se imponga a nuestros ojos, sino que tenemos el valor y el masculino orgullo de imponer nuestros ojos a la realidad.

El indecoroso aplauso se perdía bajo las nubes.

La casita de la Orlandini y el edificio de la escuela inacabada, eran a su modo la Italia inamovible.

La jerga del Eros

Cuando volvía a Parma, Maura Fiori me enviaba a jóvenes amigas tuyas, que eran como mensajes en una botella con los que conseguía mantenerme encerrado en la habitación del hotel, feliz de poder organizarme de alguna forma la vida. A veces me dejaba notas en las que, con afectuoso sarcasmo, me decía que esperaba que me divirtiera y no me preocupara por nada y, por último, me escribía esta frase: «Tengo muchas cosas que contarte».

Me las contaba precisamente a través de sus amigas, todas ellas pertenecientes a familias de la antigua estirpe parmesana, que no sólo conocían el dialecto y la jerga, sino también todas esas ceremonias de los sentidos tan típicamente nuestras.

Maura pensaba devolverme así los sabores de mi ciudad, de la que solía ausentarme durante largos periodos; del mismo modo que me persuadía para que viviera con más calma los días que pasaba allí, frenando así mi deseo de volver a partir y deslizándome en una dulce espera de lo inesperado.

Con aquellas jóvenes volvía a utilizar el habla de mi tierra. Al dialogar con ellas me daba cuenta de que había olvidado en buena parte el dialecto y la jerga, del mismo modo que se pierde la destreza en un oficio cuando se deja de realizar asiduamente. Mientras que aquellas palabras y frases hechas eran para mis amables visitantes sólo unos esquemas divertidos, para mí, contenían la sal de la vida. Era lo que más me atraía de ellas, más que algunos juegos, que también me hacían recordar ritos eróticos ya olvidados. Estos se remontaban a una época en la que la moral campesina elaboraba sus propias normas y se ejercitaba en soportar fatigas y marginaciones. En esos tiempos, por ejemplo, las trilladoras, detrás de los setos y en los rápidos descansos, liberaban a sus compañeros del exceso de semen, no para procurarles placer, sino porque estaban convencidas —como enseñaba el proverbio campesino— de que los testículos llenos confunden la cabeza e impiden concentrarse en el trabajo.

El dialecto, la jerga, volvían a fluir, sencillos, alegres. Y más que amantes éramos como esas alegres aves que se responden unas a otras mientras se despluman en las ramas. Era como ir descubriendo un lenguaje grabado en forma de jeroglíficos sobre las espaldas sonrosadas, las nalgas bien modeladas y las largas piernas acostumbradas a dar grandes zancadas, típicas de las mujeres de Emilia.

Cuando las jóvenes abandonaban la habitación, yo volvía a abrir la ventana y respiraba el aire del amanecer. Parma estaba manchada de nieve. Sobre el azul nevoso, veía el pináculo de la catedral y, más arriba, una pequeña luna sobre el ángel iluminado.

Comprendía que ya había perdido la cuenta de los días. Y que el concierto de los primeros pájaros, el silbido de un merlo, eran semejantes al lenguaje con el que yo y las amigas de Maura Fiori nos habíamos poseído. Este todavía parecía flotar en la atmósfera, del mismo modo que persistía el perfume corporal de las vivaces presencias apenas desaparecidas.

...

En mi tierra, en Po, el sexo masculino cambia de nombre dependiendo del oficio de los hombres. Los carreteros de Arginotto lo llaman cariñosamente *alberobello* (árbol grande y florido) o *pingherlone* (mango); los barqueros de Barbamarco lo denominan chistosamente *remo ghignante o prua* (remo sarcástico o proa); los contrabandistas de Mirasole se refieren misteriosamente a él como el *Hermano Branca* (el carabinero) o *el seminarista rosso* (el seminarista rojo), o también como *Fucile 91* (Fusil 91).

Todos los dialectos, los *slang* y las jergas, muestran una extraordinaria capacidad para crear expresiones ingeniosas.

El eufemismo popular más extendido en Italia y en el área romance occidental es el de *figa* (higa) por vulva (aparece por primera vez en Toscana). En casi todos los lugares, la fruta en general se presta a ser utilizada como vehículo de metáforas referentes al sexo femenino, debido a una semejanza icónica o a afinidades inconscientes más profundas. En el área septentrional se utiliza el término *brugna* (ciruela); y en varios dialectos, tanto del norte como meridionales, aparece la palabra *muljàga* (albaricoque).

En las denominaciones de los órganos sexuales también suelen aparecer el ratón y el gato. En Emilia utilizan para referirse a la vulva los términos de *sorgàrola* y *bùs del gèt* (trampa para ratones y gatera). Otras metáforas zoológicas son *parpàja* (mariposa), sobre todo en el nocetano; *pasarénna* (pajarita), y *pisàcra* (becada), que también ha sido adoptada debido a su homofonía con *pisàr* (mear). Los términos *barbiza* (de *barbif*, bigote) y *pelosa* (peluda) son conocidos en gran parte de Italia, sobre todo en la zona septentrional; *varpelosa* aparece utilizado en *La madre de las santas*, de Belli.

En las jergas es muy común la adopción de nombres de instrumentos musicales. Sirvan de ejemplo los más comunes: *chitàra* (guitarra) y *Chitarénna* (guitarrita), que también son toscanos. Muchos términos provienen, en cambio, de nombres de persona: *Bertàgna*, de Berta (de origen germánico); *Barnarda* (del área véneta lombarda y emiliana), obviamente de Bernarda; *Flippa*, especialmente en Friuli y en el Véneto, de Filippa; y *Gnéza*, de Agnese.

El fonema palatal «gn» aparece bastante a menudo en los términos con que se denomina la vulva. Este fonema se ha cargado de un valor fonosimbólico al estar unido a la idea de «lamento» o de «cosa tierna y al mismo tiempo desagradable».

Sirvan como ejemplo el romanesco y foggiano *frégna*, el toscano emiliano véneto *parpagnacca*, el toscano *fogna*, el jergal *zampogna*, el véneto *zgnéra* y *gnocca*.

El término *Siora Luigia*, señora Luisa, se utiliza, además de en Emilia, en otras varias regiones; pero también existe *Luigione* para referirse al órgano masculino. No se sabe cuál es la razón para que se eligiera este nombre propio y no otro.

Sólo en mi tierra, a veces puede oírse a algún viejo que, al ver pasar una joven en minifalda, rezongue: «*La fa vèdr al nùmor dla cà*», es decir: «Enseña el número de la casa».

Los términos metafóricos que aluden al sexo masculino utilizan en general las mismas imágenes en las que éste se transfigura en la imaginación. El más común es el de pájaro; eufemismo que, por pudor, se ha convertido en tabú y ha perdido su significado fantástico e inocente. En un estudio realizado sobre los dialectos puede leerse lo siguiente: «También *caz*, “caso”, en la rima popular *naz bel caz*, “naso bel caso”^[21]. (¡Ah, Pinocho!), debe ser entendido como eufemismo por alteración fonética de *cas*, *cazzo* (polla), del que probablemente deriva *ciccio* (empleado sobre todo en el véneto)».

También para referirse al miembro masculino se utilizan sencillos y divertidos eufemismos populares consistentes en breves frases descriptivas, como por ejemplo el clásico *cressinmàn* (crece en la mano); o también *cama ca se zlònga* (carne que se alarga). El término *ghigno* (risa sarcástica) debe situarse junto al napolitano *chigno*.

En un estudio sobre los motes del Valle del Po puede leerse: «El sintagma *s la ja mètta in fila la stafila la lòn’na*, (si los pusiera en fila azotaría la luna^[22]), dicho de una mujer poco seria, revela el difundido empleo del pronombre neutro para referirse al miembro. El pronombre demostrativo *chi lù* (éste de aquí) va casi siempre acompañado de un gesto de la mano».

La gama es también muy amplia para los actos sexuales.

Me divierte la idea de un intercambio de frases —bisbiseadas en una noche de verano, detrás de un muro, con el aroma de los tilos— entre una muchacha de las llamadas gaviotas, porque vuelan libres, y un hombre que se complazca en utilizar la jerga.

La muchacha pregunta:

—¿Qué quieres hacerme?

—Un *bacio ammobiato*. —(El *cunnilingus*).

—¿Y qué quieres que yo te haga a cambio?

—*Polpastrelli a la truccante*. —(Utilizar las yemas de los dedos en la masturbación del mismo modo que las utiliza un ladrón para descubrir el número secreto de una caja fuerte, llamada precisamente la *truccante*).

—¿Y después?

—*Un bicérino stélante* —(Un vasito estelado). La *felación* es considerada como un vasito de raro licor, símbolo del continente y al mismo tiempo del contenido; cuando la mujer se la hace hábilmente al hombre, éste, extasiado, sube al séptimo

cielo y contempla las estrellas, convirtiéndose así en estelado, con la cabeza llena de los resplandores de su sangre y del firmamento.

—Y al final nos vamos felices con el *Culofigato*.

Una palabra que, como he escrito en otras ocasiones, es un homenaje popular a la poderosa raíz de la vida. Se refiere a cuando la mujer adopta en la cama la misma postura que adoptan los santones orientales para orar, es decir, cuando parece no existir solución de continuidad entre las nalgas y el sexo.

A los de Po nunca nos ha parecido vulgar. Siempre ha tenido el mismo sentido que *Anhelo feliz*, es decir, uno de esos momentos de felicidad por los que merece la pena vivir.

La traición

Al mecanismo compulsivo por el que una mujer continúa traicionando a quien sea y como sea durante toda su vida, lo llamamos en mi tierra la *Mente Bolina* (la mente-vagina), obscena y obsesionada por las relaciones carnales.

Dicen que es un vicio que no perdona y que no se perdona.

Serena era todo lo contrario a su nombre. Durante años había traicionado a Federico, su marido, cada vez con menos pudor, hasta el extremo de hacer gala de sus traiciones pasando las noches en las camas de sus amantes de turno y no volviendo a casa hasta el amanecer.

Federico, que la amaba profundamente, lo había sabido desde el principio y desde el principio lo había soportado. Era consciente de que, contra la *Mente Bolina*, hay muy poco que hacer excepto oponerle la paciencia inaudita del amor y la esperanza, desgarrada por el dolor, de que algún día pueda suceder un milagro.

Desde hacía mucho tiempo, Federico, que tenía el oficio de sillero, repetía los mismos gestos al amanecer; pero cada día le parecía que era la primera vez que los hacía. La luz, todavía imperceptible, que comenzaba a surgir por detrás del otero de Donada, le despertaba como si fuera un sonido, una campanilla del sol, y él levantaba la cabeza de los brazos, apoyados sobre la mesa del taller, donde se había quedado dormido.

Los reflejos sangrientos que percibía en los perfiles de las sillas le hacían comprender que había llegado la hora. El olor del cuero era como una droga que le despejaba la mente y le hacía sentirse despierto y lúcido. Lo respiraba a fondo. Después aguzaba el oído. Pasaba muy poco tiempo. Había llegado a acostumbrarse al ruido que hacía Serena al volver a casa después de pasar la noche no se sabe dónde ni con quién. Y sin embargo, cada vez que lo escuchaba, sentía el mismo nudo en el estómago que había sentido cuando tuvo que rendirse a la evidencia de que ella lo traicionaba con quien fuera.

Dejaba que su mujer subiera al piso de arriba, a la habitación del fondo del pasillo, donde dormía sola. Esperaba a que se lavara el rostro y se quitara las huellas del amor ávidamente consumado con otro y entonces abandonaba el taller y subía a su vez. Ni siquiera se había acostumbrado a la emoción que le producía saber que se la encontraría ya acostada, vuelta de espaldas y con los ojos fijos en la pared, por lo cual su mano titubeaba en el pomo de la puerta antes de decidirse a abrir con el corazón en vilo. Se detenía junto a la cama y esperaba pacientemente a que Serena se volviera hacia él y a duras penas consiguiera enfocar su figura.

Le sonreía. También ella trataba de sonreírle, pero era en vano.

Federico se sentaba en el borde de la cama y rozaba la mano de ella abandonada sobre la mantas. Hacía mucho tiempo que ya no le preguntaba: «¿Puedo tumbarme junto a ti?». Pero cada vez que renunciaba a aquella pregunta, que la alejaba de su alma, sentía el mismo vacío de aquella mañana, ahora lejana, en que la había sentido morir por primera vez en sus labios. Se limitaba a alzar el mentón de su mujer y a decirle:

—Déjame que te mire a los ojos.

Serena obedecía y se los ofrecía a su escrutinio. Federico penetraba hasta el fondo de aquella mirada perdida; quería comprobar si en aquellos ojos, que pasaban del azul intenso al verde, persistía, aunque fuera mínima, la luz de la razón, o si la *Mente Bolina* la había hecho desaparecer del todo. Con el mismo terror de la primera vez se sumergía en sus ojos con el poder de comprensión que le otorgaba el amor; y con la felicidad de la primera vez descubría que la luz seguía allí, aunque fuera en una esquinita, como un animalito al acecho.

Le bastaba ese momento de felicidad. Daba un beso en la frente a Serena, le deseaba que durmiera bien y se dirigía hacia la puerta. El tiempo, en lugar de desgastar el siguiente momento, lo había vuelto más tenso, casi insoportable: Serena, al verlo junto a la puerta, le llamaba por su nombre. El se volvía, apretando el picaporte para descargar su tensión. Se daba cuenta de que era cuestión de segundos; su suerte se decidía cada mañana en cuestión de segundos. Porque Serena trataba de decirle:

—Túmbate conmigo. Hagamos el amor. Olvidémoslo todo y volvamos a empezar.

Hacía mucho tiempo que los dos llegaban cerquísima de aquellas palabras, que los labios de ella hacían ese imperceptible movimiento. Animo, Serena —la alentaba mentalmente— trata de conseguirlo, estás casi a punto, ánimo. Pero después las palabras desaparecían en cuestión de segundos y la *Mente Bolina* volvía a adueñarse de la cabeza de la mujer, impulsándola a volverse hacia el otro lado con un sollozo. Entonces Federico cerraba la puerta tras de sí.

Iba a mirar el otero de Donata con el único deseo de que el sol naciente quemara las imágenes que acababan de imprimirse en su retina, que cegara incluso su mente, su memoria, para no volver a ver nada de este mundo, para no volver a pensar en nada...

El Eros del hallazgo sentimental

Es una fotografía de los años cuarenta, con forma de postal. En el dorso tiene un espacio para poder escribir y enviarla. Pero nadie la había enviado nunca. Había permanecido en un cajón de mi madre y después en el de mi mesa de trabajo. Era uno de mis objetos más queridos y secretos.

La instantánea tiene unos efectos de luz y una disposición de las figuras que pueden recordar vagamente a Manet, lo mismo que ese fondo que tiende a desaparecer en claroscuros y a convertirse en un lugar impreciso. Y, sin embargo, es Parma, con sus antiguas murallas, los olmos, los castaños y las mujeres hablando sentadas en los bancos.

El verano debe de estar a las puertas. En la parte izquierda se distinguen unos cerezos en flor y unas glicinas cayendo sobre las fachadas. Por el arco de las murallas, que apenas se distingue, sale una pequeña banda militar. Debía de ser un día de fiesta porque, sobre la foto, alguien ha escrito en dialecto pamesano: *Col zachètt e il braghi tiràdi*, con la chaqueta y los pantalones planchados, como en las festividades.

El hombre que aparece nítidamente en primer plano es mi padre. Junto a él, mi madre, tomada por sorpresa, destaca por la elegancia de su porte. Parece como si acabaran de encontrarse, ríen con la mirada y desafían con su ademán a quien está retratándoles.

Toda la postal parece perfumada por la limpidez de su mirada y la de la ciudad que los contempla, así como por la armonía que existe entre ellos. Es la única imagen que conservo de un pasado familiar que, a juzgar por este momento en concreto, parece pertenecer a otra persona.

La he encontrado de repente entre mi correspondencia. Me ha sorprendido no sólo que alguien hubiera podido cogerla de mi cajón, sino también que hubiera podido saber que yo la tenía allí.

Pero así ha sido.

Y la persona que me la había substraído ahora me la enviaba desde un lugar que resultaba indescifrable en el sello postal. Como indescifrable era, por lo menos en un primer momento, aquella única firma que cruzaba el dorso. He hecho mil suposiciones, pero después he comprendido de quién se trataba.

He sentido una gran gratitud hacia Silvia.

Cuando he vuelto a guardar la postal en el cajón en el cual estaba, mi gesto parecía estar acompañado de la melodía de la vida.

Los itinerarios del Eros

En la prensa han aparecido muchos artículos con esta noticia:

«Las alegres mansiones de los alrededores romanos se han convertido en el lugar apropiado para aquellos italianos que van en búsqueda de transgresiones. Estos refugios para el amor en grupo son mansiones aisladas, reservadas, con jardines llenos de árboles seculares y los pisos superiores llenos de camas. Son el nuevo negocio de hoy en día. Adiós al vino de origen y al apreciado lechón... Una vez en la verja se llama por el portero automático, se dice la contraseña y todas las transgresiones están aseguradas. La Policía investiga la posible utilización de “Círculos culturales” como tapadera...».

Otra vez Italia y sus miserias.

Los neuropsicólogos, a la hora de explicar algunas perturbaciones psicóticas, sostienen que la idea fija nace cuando la mente no consigue comunicarse. Este diagnóstico puede aplicarse a nuestra sociedad actual. La mente de esta sociedad se comunica cada vez con mayor dificultad en el plano ideológico, espiritual y cultural; y por esa razón se obsesiona con aspectos «menores» y decadentes, como el de ciertas prácticas sexuales, vividas no como fruto feliz del instinto y del erotismo, sino como un escape psicótico.

Es la Italia del anuncio: SE BUSCAN EROTÓMANOS.

Se atrae al público convirtiendo las excentricidades sexuales en algo escandaloso. En general se trata de un Eros sintético, de plástico. Es una coartada patética, consecuencia de una desesperación social que, sin embargo, es auténtica y anida en el corazón de una multitud por lo general inconsciente.

El hombre sufre un cansancio histórico que lo ha llevado a adoptar viejos esquemas, tales como la previsibilidad, la repetición, la necesidad de la posesión vaginal. No sabe cómo vivir su cansancio, no conoce sus mecanismos, lo enmascara de forma instintiva (la «Tangentópolis»^[23] es una muestra perfecta de ese corrompido «cansancio» masculino). La mujer, por su parte, sufre otro mal: busca continuamente un compañero que no consigue encontrar. Al no encontrarlo cae presa de una obsesión y entonces: o se encierra en su concha y deja de comunicar sus emociones, o pasa al polo opuesto, es decir, se degrada, se prodiga sexualmente.

El drama nace de estas dos posturas en conflicto: por un lado, la escasa evolución psicológica del hombre; por otro, la búsqueda desesperanzada de la mujer. Hoy en día el concepto de esperanza está en decadencia, ya no es el tema del futuro. ¿Cómo puede tenerse esperanza en un mundo vacío? Todo es confuso. Muerta la esperanza colectiva sólo podemos confiar en que cada individuo construya su propia esperanza y aprenda a administrarla como una pequeña empresa. Sólo si conseguimos construir un entramado de muchas «pequeñas empresas» altruistas, renacerá algo.

...

Y aquí, semioculta en el follaje, está la «Mansión del pecado», con su muro de piedra, un gran portalón de madera maciza perfectamente cerrado y cascadas de yedra y glicinas. El camino principal conduce también a otra puerta, la de la dueña de la casa —criadora de pastores alemanes—, que ha alquilado la casa a una pareja muy emprendedora. El gran cartel blanco dice: CACHORROS, CRÍA DEL DESEO. RESERVAS 1993-1994...

Leo la siguiente noticia en *La República*: «A juzgar por las matrículas de los lujosos cochazos que el sábado por la noche se amontonaban en el jardín del presunto club cultural La Gioconda, en Grottaferrata, los casi cincuenta *vip pornos* no venían sólo de la capital, sino de más lejos, como por ejemplo de Verona, Bolonia, Rávena, Ancona... En su mayor parte eran profesionales, empresarios, abogados, etcétera... Sodoma y Gomorra se encuentra en esta zona de vacaciones de príncipes y de papas. El sábado por la noche se infiltraron en la mansión cinco agentes que se hicieron pasar por clientes: dos parejas y un soltero. A continuación, ofrecemos una crónica digna de Bocaccio en la que aparecen señores maduros sorprendidos en situaciones embarazosas, mujeres y amigas, enredos humanos, orgías en habitaciones con vistas, es decir, carentes de ventanas y llenas de espejos, pantallas que multiplican los vídeos pornos, colchones de agua (que resultan tan transgresores), separés atestados, señoras desnudas sobre divanes rojos, música cómplice, *strip-tease* más o menos premeditados...».

...

Fragmentos de las «notas» que tomaron acerca de lo que vieron en el interior de la mansión:

«... apartado del resto de la gente, un hombre llora sentado en un sofá; es un hombre tétrico, envejecido, y llora porque su joven mujer ha subido al piso de arriba con un joven desconocido. Trata de disimular su llanto llevándose automáticamente los dedos a las gafas empañadas...

»Quisiera acabar con su vida como se acaba con un capricho que se ha convertido en un tormento, en algo repugnante. El, que había ido allí movido por un deseo de

sentirse cómplice con gente ajena a él, ahora comienza a despreciar a esa gente precisamente por el hecho de resultarle ajena».

«La joven se mueve con rapidez, cerrando ventanas, encendiendo luces. Pretende que el escenario, además de cobrar vida, se libere de las sombras, vuelva a su desnuda realidad; y quiere que también ocurra lo mismo con ella: que le den vida, que la desnuden como el escenario.

»Francesco V., que en una época tuvo fama de magnífico amante, se siente obligado a repetir una larga y licenciosa práctica. Pasa sobre el cuerpo de ella sus manos de prestidigitador; mientras le quita el vestido, descubre de pronto algo que no esperaba: un sentimiento de nostalgia, en el sentido puramente afectivo, de sus mejores años, y una desesperada frustración. Se da cuenta de que los personajes como él se han convertido en payasos, pues las compañías amorosas ya no necesitan maestros de ceremonia, la galantería está pasada de moda y ya no existe nada escandaloso e irreconciliable con la moral de los nuevos tiempos. La joven está allí para demostrarle que el momento actual ya no tiene una moral a la que ofender, ha desgastado el escándalo e incluso carece de sabor de época.

»El cuerpo de la joven, una vez desnudo, es un fetiche que al mismo tiempo que le atrae se burla de él, mostrando sin atenuantes la crisis de su personaje. El hombre hace el gesto de arrastrar a la joven hacia la cama, pero en realidad es él el que se deja arrastrar, mientras se mira el sexo que —piensa— fue famoso entre las mujeres. No le queda otra elección que servirse de él, hundirlo como si fuera un arma. La brutalidad del coito no turba a su ocasional amante: mientras él la penetra, ella le quita impasible el reloj de la muñeca y lo deja en la mesilla.

»Cuanto más se esfuerza Francesco V., mayor es su sensación de haberse quedado aparte, encerrado en una soledad que roza los límites de lo tolerable. Intenta desesperadamente que la joven reaccione. Cuando se derrumba sobre ella, se da cuenta de que su propio sudor empapa la sábana, le baja por la cara, y ve que la cara de la joven está tensa, seca, atravesada tan sólo por una mueca de desagrado hacia el sudor y el semen que la ensucian».

«Marina C. ha llegado con su novio, Orlando N.

»Marina trata de dar una identidad a cuantos la rodean, señores y señoras maduros, parejas más jóvenes, chicas. ¿Serán profesionales liberales, amantes de profesionales, estudiantes, empleadas?, ¿burguesas ociosas, actrices de mala muerte, modelos?

»Cierra los ojos. Cuando vuelve a abrirlos, ve a un joven que parece distinto de los otros e intuye que es extranjero: está en un lugar apartado, tiene un aspecto amable y no participa. Junto a ella hay un piano. Y Marina extiende la mano y hunde el dedo en una tecla. En cada nota hay una pequeña y dolorosa melancolía.

»Orlando, en el fondo de la habitación, besa los senos de una... Marina se siente

agredida, están encima de ella, se introducen en ella como cangrejos. Y ella pulsa repetidamente una tecla del piano. Hasta que se van y vuelven a formar parte de ese ambiente, que es como una charca cenagosa de medias palabras, risitas, orgasmos no llevados a término, algunos gritos. Una señora, presa de un ataque de histeria, vuelve a vestirse rápidamente y se va de allí dando un portazo.

»Las mujeres se arrodillan, se insinúan entre sus piernas, sustituyen la imaginación por una habilidad mecánica; siente entre las rodillas los latidos acelerados de sus corazones; y Marina, con la misma habilidad mecánica que ellas, vuelve a hundir el dedo en las teclas.

»Orlando pasa y la regaña:

»—Por una vez en la vida, deja de comportarte como una aguafiestas.

»Y cierra con un golpe seco el piano. Ella vuelve a destapar el teclado, que brilla bajo una de las pocas luces encendidas. Un hombre con el rostro cubierto de sudor, que ha llegado con su novia, se detiene ante ella y contempla su mano sobre el teclado. Parece quedarse atrapado por esa fascinante imagen. Sonríe encantado y satisfecho ante la visión del dedo índice de Marina buscando sucesivamente las notas. Después, y a su pesar, se acuerda del motivo por el que se encuentran allí reunidos y se acerca a ella. Mientras tanto la novia, sentada en el suelo a pocos pasos de allí, mira a Marina a los ojos y ésta le devuelve la mirada. El hombre se aleja y cada una de ellas intenta no ser la primera en apartar la vista.

»Un chico sujeta por los hombros a la novia y se la lleva a la otra esquina de la habitación. Al seguirles con la mirada, Marina encuadra en su inerte campo visual a Orlando: se halla tumbado entre dos mujeres que se inclinan sobre su cuerpo. Mira el techo, es decir, también él mira un punto semejante a una tecla perdida en un piano; un punto —piensa ella— donde busca la imposible fantasía.

»Entre los muchos que hacen alarde de energía e improvisaciones, el joven de aspecto amable y extranjero continúa encogido, con los brazos alrededor de sus rodillas y la mirada fija en Marina. La observa intensamente, pero no para ver lo que hace, sino para ignorarlo, con una serena transparencia en los ojos. Sólo le interesa su rostro, como si de los hombros para abajo su cuerpo no significara nada.

»Orlando se da cuenta de lo que está ocurriendo y esboza una sarcástica sonrisa.

»... Marina se da cuenta de que la mayoría de la gente está yéndose. Oye los coches partir, alguien abre las ventanas para que salga el humo que rodea nebulosamente las lámparas, produciéndose un débil conflicto entre el aire del amanecer y los halos neblinosos. Orlando penetra en ella, donde los otros han penetrado, en la cama donde los otros han estado, dejando sus escorias que se convierten en costras muertas. Se concentra en esas visiones; en realidad posee esas visiones, no a Marina. Lo provocan con una excitación que compensa algo que él desconoce: quizás un vacío, o una angustia, o unos celos enfermizos.

»Cuando Marina entra en el baño, descubre que el joven de aspecto amable le ha dejado en el borde del lavabo una medallita envuelta en un papel en el que ha escrito

su nombre extranjero. Vuelve a entrar en la habitación y enseña la medallita a Orlando.

»—¿Por qué te hace tan feliz?, —le pregunta él ensombreciéndose.

»Ella se lo explica; pone toda su pasión y su inteligencia en explicarle qué es la fantasía y cómo este gesto la expresa de una forma absoluta y auténtica. Orlando se hace con la medallita y la aprieta en su mano. No reacciona de la forma que Marina había temido. Duda, baja la cabeza diciendo:

»—Ayúdame...

»Si no se acordara de esa frase que él siempre le ha repetido con orgullo: “Yo no he llorado en toda mi vida”, ella pensaría que está llorando realmente. Llorando despacio, imperceptiblemente, para que su llanto no tenga sonido y se deslice fuera de su cuerpo junto a un vacío, una angustia, unos celos enfermizos. El llanto lo libera.

»Después permanecen el uno al lado del otro».

NOTA AL MARGEN

Diálogo entre dos amigas acerca de cómo algunos hombres tienen una idea equivocada del Eros

A Eleonora M. y Laura T. las envolvía la luz violeta del crepúsculo, que hacía nacer en ellas un deseo de ingravidez, de alegre vuelo.

Eleonora miró a Laura a los ojos: los invadía aquella inefable ingravidez a la que ella hubiera deseado abandonarse para dejar de tener contacto con la realidad. Y eso la impulsó a confiarse a ella. Le habló de las contradicciones que atormentaban a Loris, su compañero, y como consecuencia, a ella misma. De cómo éste la llevaba a ambientes turbios en los que la hacía mezclarse con otros hombres, con otras mujeres; de todos aquellos juegos que ni siquiera le proporcionaban un placer sensual, pues por mucho que él los planeara, no nacían de una emoción sincera.

Esas sombrías barreras habían deteriorado una relación que hubiera podido ser muy hermosa y le habían impedido enamorarse verdaderamente de él.

Después añadió:

—Te envidio, Laura, porque entre tu compañero y tú existe un sentimiento puro y sincero que ninguna circunstancia, ni siquiera la peor, puede poner en peligro.

—Así es —respondió Laura—. Es cuestión de imaginación. Cuando se tiene imaginación y se la utiliza con el único objetivo de gozar de ella, ésta puede crear sentimientos y hacemos cómplices. Cuando, por el contrario, carecemos de imaginación o la ponemos al servicio de estados de ánimo viciosos, enfermizos, desaparece el entusiasmo de la complicidad y todo sigue siendo tan sórdido como antes, si lo era.

—¿Y en el caso de Loris?

—La angustia puede llegar a separarnos, como si fuera un muro, de la persona a la que amamos; entonces buscamos remedios, inventamos situaciones falsamente embriagadoras para no ver ese muro.

—¿Pero a qué se deben sus celos? Un hombre celoso jamás compartiría su mujer con otros.

—Los comportamientos eróticos de los hombres a veces carecen de lógica. Pueden amar desmedidamente a una mujer y, sin embargo, decirse: el mero hecho de pensar que pueda serme infiel a mis espaldas me enloquece. Temo sus traiciones: las siento y se me escapan, como si se burlaran de mí. Prefiero ser yo la persona

responsable de ellas: que, en cierto modo, nazcan de mí...

Eleonora observó con amarga ironía:

—Y pensar que yo creía que era un soñador.

—¿Y quién te dice que no lo sea? El hombre sueña siempre con llegar muy lejos, de lo contrario no se siente hombre. Pero cuando se da cuenta de que no es capaz de conseguir la altura soñada... De que le bastaría sólo un pequeño esfuerzo para conseguirla, del que, sin embargo, no se siente capaz...

—De hecho —la interrumpió Eleonora—, si se hubiera esforzado un poco más habría sido el hombre adecuado para mí. Y eso me da rabia.

La otra continuó:

—Ese poco que le falta para ser feliz le hace deprimirse, humillarse a sí mismo y a su compañera, destruir y destruirse, sentirse como una piltrafa. Y, además, acuérdate de esto: en el ánimo de un hombre siempre hay un oscuro y latente odio hacia la mujer, incluso cuando la ama...

—El amor es bastante complicado, ¿no crees?

—Sí, lo mismo que el Eros.

—Tal vez sea yo quien se ha equivocado. No debería complacerle.

Laura la sorprendió al explicarle:

—Pero tú no lo complaces. Lo haces porque te parece que es un modo de mostrarle tu agradecimiento.

Eleonora, estupefacta, tuvo que reconocerlo.

—El agradecimiento por la felicidad que sientes cuando estáis bien juntos.

—Sí, pero es una felicidad extraña. Es cierto que la siento cuando estoy con él, porque en esos momentos es amable y apasionado conmigo. Pero al mismo tiempo, tengo la sensación de que no proviene de él... Tal vez esté loca o esté pagando mis errores de otros tiempos; de cuando, por ejemplo, me entregaba a un montón de idiotas. Y tú, ¿te acuerdas?, me regañabas y me decías: «No malgastes de esa manera tu rabia y tu desprecio por los hombres, por el mundo, incluso por ti misma...». Tenías razón. Y una acaba por rendirse, cansada, a ese poco de felicidad, aunque más tarde tenga que pagar por ella de algún modo.

—No, Eleonora, no estás loca. Permanece a su lado y no vuelvas a cerrar los ojos a su realidad, que ahora se te escapa. Y con la paciencia de una madre tranquilízalo y ayúdale a realizar ese pequeño esfuerzo de más que lo convertirá en adulto... Los hombres son así. Pero normalmente no todo es culpa suya. Son niños que se sienten profundamente heridos al darse cuenta de que se hallan rodeados de demasiadas mujeres que encaman el símbolo de la madre, que se han entregado a demasiados hombres para procurarles placer, a demasiados *padres*; y esto, en cierto sentido, les hace sentirse huérfanos.

—Pero ellos también han estado con muchas mujeres, ¿no es cierto?

—Claro. Pero la naturaleza consiente a los niños ser impunemente cínicos y ávidos, porque aún no saben nada de la vida. Por eso ellos creen que no se implican

con el alma, y probablemente sea verdad: su falta de madurez amorosa se lo permite. Pero nosotras debemos comprenderlos porque tenemos una inquietud en el corazón que ellos desconocen... No sirve de nada decir: si lo haces tú, yo también lo hago. Nuestro destino, quizás ingrato e injusto, es el de ser amorosamente superiores...

Existe un Eros de la despedida, del final

Cuando una relación llega a su fin, vuelves a recordar momentos, episodios mínimos... Las vivencias cotidianas afloran con una lacerante belleza. Pero más que el contexto recuerdas los detalles: gestos, frases, un abrazo bajo una lámpara; y aquella luz, aquel momento de intercambio humano en el que parecía que nada ni nadie podría romper aquella unión indisoluble, adquieren una gran nitidez.

En ti se ha abierto una herida que el tiempo se encargará de cicatrizar. Y una y otra vez vuelve a tu mente el mismo pensamiento: ¿Por qué todo debe acabar así?

También afloran con violencia los detalles del Eros, haciendo que te asalten dolorosos deseos.

Hay momentos en los que se te hace insoportable la idea de que ella esté con otro, de que goce con él. La ansiedad alimenta tu imaginación: es como si ella tuviera un enorme poder erótico, que antes dabas por descontado y ahora te parece una concesión privilegiada que otorga a los desconocidos, del que te sientes apartado para siempre. Ese poder erótico incluye —como ya he tenido ocasión de decir— todo lo que le enseñaste y le aportaste. ¿Cuándo se cerrará la herida? ¿Cuándo desaparecerá ese sufrimiento que producen los celos, tan diferente a cualquier otro?

Llegará un momento en que cesará tu nostalgia por un Eros que era sólo tuyo y que ahora parece haber huido, pasando a pertenecer a unos extraños, pero te darás cuenta de que has consumido una parte de tu vida, una parte del tiempo que el destino te había concedido, y que lo único que te queda es un agujero, o una vorágine, que quizás algún día llenes pero que en cualquier caso te hará sentirte más cerca de la muerte.

Cuando las relaciones amorosas llegan a su fin, se convierten en aliadas de la muerte...

Mientras tanto quisieras volver a conquistar esos detalles precipitadamente, haciendo retroceder la máquina del tiempo:

... Ves de nuevo ciertas imágenes: como cuando ella volvía a vestirse junto a la cama en la habitación a oscuras y veías en la pared un cuadrado de luz blanca que entraba por la ventana y anunciaba un amanecer estival que pronto daría paso a un nuevo día.

Te gustaba aquel momento en que, antes de que se fuera a su casa, comenzaban a aflorar de su figura, antes sumergida en la sombra, los rasgos, las formas, las expresiones, como si su consistencia fuera naciendo del fondo neutro de la no

existencia, lo mismo que la idea y el deseo de describirla que ella despertaba en ti. Te enfrentabas a la hoja en blanco y, hacia el amanecer, comenzabas a dar rasgos, formas y expresiones a ese deseo, a esa idea.

Antes de volver a vestirse pasaba las manos por su cuerpo, como si con ese gesto volviera a tomar posesión de aquel instrumento con el que debía enfrentarse a las batallas diarias, olvidadas durante la noche de amor. Te parecía un guerrero que midiera sus fuerzas antes de la lucha. Y, de pronto, ella se veía asaltada durante solamente unos segundos por una idea: pensaba que hubiera sido hermoso permanecer con la media a medio poner y quedarse así para siempre, en la postura de una figura pintada en un cuadro, sujetando con los dedos la cenefa sobre su rodilla, el pie en la silla y el cuerpo desnudo inclinado en un gesto trivial que, sin embargo, produce la misma sensación de un movimiento detenido en el tiempo.

Una vez que se había ido, el tiempo parecía detenerse también sobre la hoja de papel.

Durante la noche ella se había abrazado a ti con más pasión que nunca, e incluso habías tenido la sensación de que lo hacía contra el mundo de los otros...

Vuelves a leer las cartas que te escribió.

Un hombre romántico cuenta a un amigo suyo que cuando, para olvidarse de todo, se aislaba unos días con la mujer amada en la suite de un hotel, se dedicaba a escribirle cartas desde la habitación contigua al dormitorio.

—¿Desde la habitación contigua?

—Eran cartas de amor. Para el amor no hay distancias, ni siquiera cuando existen. Por eso lo perfecto era enviarlas desde la habitación contigua. Me levantaba al amanecer, me encerraba en el saloncito provisto de papel y pluma y después deslizaba el sobre por debajo de la puerta del dormitorio. Ella lo encontraba al despertarse.

Podía leer:

«Qué hermoso ha sido disfrutar de París, ¿verdad? Entre los muchos momentos inolvidables que hemos vivido juntos, siempre recordaré cuando paseábamos juntos por los bulevares y tú, un poco cansada, te sentabas en uno de aquellos bancos apartados; y yo me sentaba junto a ti y te sujetaba por los hombros, compartiendo tu cansancio feliz, mientras los últimos rayos de sol te acariciaban la espalda... París es como ponerse un traje de boda, ¿que más da si uno se casa realmente o descubre que la boda no ha sido más que un juego?».

Y después:

«Ayer por la noche mientras escuchábamos en aquel local esa vieja

canción de Charles Trenet que dice: *Y a d'la joie!*... Yo pensaba: “Sí, es verdad, existe la alegría”».

Otra carta, durante un viaje a América, en barco...

«... Cuando te has vuelto para mirar atrás y has visto cómo Europa se quedaba a nuestras espaldas, he podido leer en tus ojos el significado de la felicidad... Es como girar la cabeza y pasar de estar viendo la realidad a ver la luz del océano... Y te has echado a reír al descubrir sobre la sobrecogedora inmensidad del océano una nubecilla igual a la que, cuando eras pequeña, te saludaba por las mañanas en la casa donde naciste. Entonces tu risa ha atraído como un imán la atención de todos los pasajeros y yo, gracias a ti, me he sentido dueño de muchas cosas bellas: del barco que se deslizaba triunfal, de tu cuerpo, de un recuerdo tuyo, de la alegría por una nimiedad, del océano...».

Otras cartas. Otros viajes.

Los altiplanos de Asia, las rosas púrpuras del Nilo, los jardines imperiales de Japón, nuestras caricias irrespetuosas ante el Buda que duerme o finge dormir. Recorrer los mares, que sólo habían sido cruzados por legendarios y aventureros exploradores, haciendo el amor, en barquitos de vela. Pasar por los lugares donde habían tenido lugar aquellos sucesos extraordinarios que, de niños, despertaron nuestra pasión e imaginación al leerlos en los libros de aventuras...

Una de las últimas cartas decía:

«... Cuando tú eres para mí una flauta mágica con la que interpreto las distintas melodías que un músico, digno de tal nombre, debe tocar, es cuando el Eros tiene lugar. En la *Flauta mágica* de Mozart, cuánto material hay para interpretar: escenas cómicas y partes dramáticas, ritos de iniciación de cuentos de hadas e infinitas peripecias, brujerías y éxtasis. Lo considero la cumbre del genio musical... Y para que el Eros continúe entre nosotros te beso y te retengo entre mis labios, a ti, mi flauta; te acaricio con sabios dedos y después guardo lo que me queda de ti en el estuche de mi memoria, forrado de un terciopelo rojo intenso. Y tus labios conservan la armonía del Eros, como la flauta conserva la armonía de los labios del flautista».

Así somos tú y yo.

Y el amigo pregunta:

—¿Y qué ha sido de ella?

—Lo ignoro.

...

Existen mujeres con un Eros voluble, a las que los antiguos poetas chinos hubieran definido de la siguiente manera: *una dulce luna que, como por arte de magia, desaparece en el cielo vacío...*

Siempre las he detestado y evitado. Es necesario reconocerlas a primera vista con un sexto sentido del que, en general, los hombres carecen. Son capaces de acabar de pronto una relación. Incluso después de una bellísima noche de amor. Les excita la sutil crueldad de bajar el telón de golpe, de hundir repentinamente la espada. Y sus víctimas se ven obligadas de improviso a mantener diálogos como el siguiente:

—Te veo como un extraño.

Él, por el contrario, la ve más familiar que nunca.

—Respóndeme. Reacciona.

Él no puede, se ha quedado sin habla, afligido.

—Cuando trataba de imaginar este momento —continúa ella—, lo veía como algo doloroso. ¿Por qué no me produce ninguna emoción?

Su mirada está vacía:

—Es como si el tiempo que hemos pasado juntos jamás hubiera existido. ¿Cómo es posible que tantas realidades desaparezcan así, sin dejar huella?

El sigue sin creer en lo que le dice. Ella le toma del brazo y le pide:

—¡Ayúdame a sentir al menos una emoción!... Si no reaccionas, significa que tú también, en el fondo, experimentarías un enorme placer si yo me fuera.

El hombre no entiende nada. Se pregunta ansiosamente si ella tiene razón. Comprueba, dentro de sí, que ese placer no existe, que no ha existido jamás. Y oye:

—Tú ya sabías que, antes o después, esto ocurriría.

—No. No lo sabía.

—Te lo di a entender, por tanto no puedes acusarme de deslealtad.

—¿Cuándo?

—¿No has tenido siquiera un solo presentimiento?

—No. Porque, además, yo creía que entre nosotros esta noche había habido...

—Lo ha habido. Pero ahora las cosas son así. Uno cambia. Un día, tal vez, acabe de cambiar. Un día, nunca se sabe, tal vez me case, tenga hijos y todo funcione bien... Te dejo con tus costumbres, con tu interés morboso por las que son siempre iguales a sí mismas.

Pasados unos meses, te llega alguna que otra noticia de la que ha sido tu compañera.

Te cuentan que ha tenido un hijo con otro.

Es terrible.

El Eros de la madre y del padre

Mi madre tiene un sentido particular del tiempo. Si ahora fuera a nuestra casa de Po, me encontraría la cena preparada sobre la mesa y alumbrada por la luz, y mi madre me diría: «Siéntate, la cena ya está lista», como si yo acabara de salir de casa hace sólo un momento.

Una vez me senté a la mesa tras una larga ausencia y, después de cenar con ella, le dije: «Me gustaría saber cómo fue el día o la noche en que me engendraste. Es algo que siempre he querido saber». Mi madre me respondió con mucha naturalidad:

—Llévame a los prados de Bocca de Ganda. Ahora hay un bello melonar en el que podremos comer una sandía.

La llevé a los prados de Bocca de Ganda.

Más allá de las luces del melonar había una profunda oscuridad. Los perros ladraban. Nos detuvimos ante una cuenca cubierta de hierba, que había permanecido intacta. Todavía dos amantes podrían tumbarse allí y hacer el amor entre los perros y los chopos. Y hay un dique al que aún se puede llegar en motocicleta.

Mi madre se adentró en la cuenca y señaló con el pie derecho un determinado lugar. Me explicó simplemente que fue en las primeras horas de la noche. Por la tarde había caído un aguacero. Pero había dejado de llover a las cinco y, después, había habido un crepúsculo de fuego, por lo que la hierba se había secado. La cita pudo tener lugar y mi padre llegó hasta allí en motocicleta.

Fue cuestión de horas. Si hubiera seguido lloviendo algunas horas más, yo ahora no estaría aquí. Me habría salvado de la vida.

El Eros de la hermandad entre las criaturas

Existe una soledad compartida entre los seres que conviven.

Esta noche estoy solo y sediento de amor, no menos que mi gato. Se halla inmóvil y, a través de la ventana abierta, mira fijamente un punto en la oscuridad. De vez en cuando viene a lamerme la mano, como suele hacer cuando quiere pedirme ayuda; si enciendo una cerilla y me inclino hacia él, sus ojos amarillos absorben la llamita con una avidez luciferina.

Escucho con atención. El lamento de una gata en celo desgarrar el silencio. Está agazapada debajo de un árbol, en la avenida sobre la que da mi casa. Entonces pienso que debería ir por esa hembra, traerla a casa y entregársela a mi gato. No me será difícil atraparla. Hasta hace no muchos años, conseguía atrapar animales bastante más temibles y los ojeadores admiraban mi destreza.

Pienso que con un saco será suficiente. Lo cojo, bajo a la calle, sé cómo hacerlo, con qué estratagemas. Y lo consigo.

La gata se desliza viscosa contra la pared y ya está en nuestra habitación; bufa, abre sus pequeñas fauces, tiene la cola recortada y mordida por los perros, se acerca a mi gato y de pronto da un salto y enarca el lomo. Mi gato aguarda un momento y al final se decide: la olfatea a distancia, la olfatea un poco más de cerca, le olfatea el cuerpo.

Llega un momento en que los dos están apoyados en las patas posteriores y con las otras en el aire, garganta abierta contra garganta abierta, y su amoroso juego comienza.

Entonces me voy de allí.

Cierro la puerta y los dejo disfrutando de su juego.

El Eros y la escritura secreta

Quien tiene una auténtica vocación por el Eros escribe con regularidad un diario, que normalmente mantiene oculto, o apuntes cifrados, como si utilizara un código secreto y personal, o notas que quizá tome en una agenda, donde se confunden con los compromisos, con las cosas que deberá hacer durante el día. Esto sucede cuando el Eros tiene un significado que se funde con las costumbres, con el modo de vivir.

Todos los grandes poetas del Eros han llevado un diario. Páginas dulcísimas o terribles.

También yo busco ahora algunas páginas mías, esparcidas y ocultas aquí y allá...

En ellas aparecen vivencias, episodios, descubrimientos mínimos pero para mí extraordinarios. No hay nada inventado. Por lo general escribo en caliente, poseído todavía por las emociones, para revivirlas justo después con cierta perspectiva e integrarlas en la historia de mi vida. Pienso que algún día, cuando sea viejo, me será posible volver a hacer una lectura de mí mismo, y la idea me alegra, vuelve a excitarme, me devuelve el perfume de la piel ajena sobre la mía, la luz de los ojos ajenos en los míos. Será hermoso saborear la pasión a través del recuerdo.

Las imágenes, las palabras, los hallazgos amorosos, los silencios, los orgasmos y los pequeños delirios se reflejan en la palpitante sinuosidad de la propia escritura.

La fascinación erótica es siempre luminosa y radiante, no hay que dejar que desaparezca. Que nada se pierda de ese precioso bien. Al hojear mis páginas —las que consigo encontrar, pues muchas de ellas se han perdido— vuelvo a toparme con los amores y con los maravillosos días de mi juventud; los años se difuminan y experimento la alegría de haber disfrutado de lo que me correspondía. Eso es lo más importante: la dicha que siento al releer los momentos de felicidad que me fueron concedidos, que me gané colaborando con la naturaleza a la que, mucho más que a nosotros, mueve el deseo de no aburrirse. Es cierto que este acto tiene algo de morboso. ¿Pero por qué debo verlo como algo negativo? ¿No es esa sensibilidad morbosa la que nos impulsa a escribir una poesía, una novela?

Tropezco con nombres, con fechas. Aquel día... Vuelvo a encontrar, entre mis amantes más o menos lejanas, a «las más sorprendentes», a «las mujeres de mis viajes», a «mis protagonistas», a «las celosas», a «las más inteligentes», a «las imaginativas», a «las obscenas», a «las misteriosas» y a otras tantas más. Además de revelaciones y confesiones, encuentro datos acerca de mi conducta. Placeres y bajezas. Ideas luminosas para música de cámara; dúos, tríos, extraños equívocos, un intento de extraer todas las posibilidades a los arcos, al pizzicato, al trémolo y a la

sordina.

La música... El Catálogo de todo esto es una partitura. También el Eros lo es.

Las notas, a diferencia de las palabras, nos desean del mismo modo que nosotros las deseamos. Son el doble reflejo de nuestro deseo.

Queridas amigas que aparecéis en mis páginas: a veces todo era demasiado fugaz. Cuando estábamos juntos, tratábamos de esquivar las horas para que no se dieran cuenta de nuestros engaños. Mientras que ahora una parte de nosotros corre el peligro de permanecer en el tiempo.

...

Mis conversaciones con mi amiga A. B. continúan en la casa que tiene fuera de Roma, enfrente de un invernadero donde parece no faltar un solo tipo de flor: desde la más humilde del campo a todas las especies de rosas, de orquídeas. Le confieso:

—Siempre me han dejado indiferente las profesiones de fe de los célebres escritores libertinos. El culto a sus *ars amandi* me parece en general irrespirable, debido a su ansia de recuperar a través de sus explicaciones del Eros un alma carnal que no poseen. El Eros no puede caer en el cerebralismo, en esquemas intelectuales y didácticos.

—¿Qué entiendes por libertino?

—Madame de Maintenon utilizaba este término para referirse a *disoluto*, a aquel que tiene costumbres irregulares. Pero cuidado: el falso libertino, en literatura, en realidad «regula», de una forma incluso capciosa, la representación teatral de las irregularidades. Las dirige cuidadosamente. En cambio, el libertino auténtico no conoce las formalidades codificadas, ni siquiera cuando toma la pluma.

—¿Y cuáles son entonces los escritos que más te turban?

—Esos escritos que no sólo me turban, sino que también me deleitan, me perturban, unas veces me producen ensimismamientos; otras, horror, pero jamás la sensación de artificio..., son los de aquellos personajes, anónimos o no literarios, que se entregan a sí mismos en páginas secretas como el náufrago confía sus mensajes en una botella al capricho del mar. Sin preocuparse de si sus mensajes chocarán contra el casco de un barco. Otra metáfora que utiliza los mismos elementos podría ser ésta: amo a aquellos que escriben sobre el Eros utilizando las páginas del mismo modo que algunos obsesos construyen barquitos de vela en miniatura dentro de una botella. La botella simboliza el sortilegio carnal al que se halla unido nuestro origen, con sus perversiones o encantos primordiales, mientras que el velero simboliza al escritor, que se ha encerrado en ese misterio.

Sé que también mi amiga A. B. escribe un diario secreto.

Continúo:

—Adoro la perversión de orfebres de esos personajes implicados en los ritos festivos del cuerpo o, por el contrario, implicados en dramas y tragedias que con

frecuencia aparecen en grandes titulares en las páginas de sucesos. Ponen en peligro sus vidas con la avidez de Rabelais o con la desesperación de Céline. Son disolutos no porque sean licenciosos, sino porque no tienen miedo de disolverse en sus seductoras o terribles formas de atraer...

—Ponme algún ejemplo.

—Podría hablarte del marqués Casati y de otros como él. O de los diarios que me traen continuamente muchas jóvenes, pero no porque tengan la intención de publicarlos, sino porque ven en mí a un cómplice luminoso que puede ayudarlas a no hundirse en las tinieblas de sus sometimientos sexuales, en la abyección, e incluso en su crueldad. En estas páginas hay «algo»... Sea como sea hay una inquietante fuerza narrativa. Entonces la psicología y la psicopatología sirven de pantalla sobre la que pueden leerse otros significados de la vida de hoy, aparte de los sexuales.

...

Es una de las tragedias sexuales que más conmovieron a Roma en la posguerra. Un turbio caso en torno al cual, en una ciudad normalmente apática incluso con respecto al crimen, las habladurías no han cesado todavía.

1970. Vía Puccini 9. En la noche del domingo 30 de agosto se descubren tres cadáveres. El marqués Camillo Casati Stampa de Soncino se ha suicidado después de haber matado a su mujer, Anna Fallarino, de cuarenta y un años, todavía bellísima, y a Massimo Minorenti, un joven de veinticuatro años perteneciente a la alta burguesía romana y con un tormentoso pasado político como activista de extrema derecha. Según puede leerse en los informes de la policía, era muy conocido «porque gustaba a las mujeres y le gustaban las mujeres».

El caso fue rápidamente archivado como un triple drama de celos en el que se había visto envuelta una millonaria familia de la alta aristocracia, propietaria de numerosos inmuebles, la isla de Zanone en el archipiélago de Ponza, la mansión de Arcore, ahora de Silvio Berlusconi, y con una gran tradición a favor de la unidad italiana (Gabrio Casati fue presidente del gobierno provisional surgido de las Cinco Jornadas de Milán).

El propio marqués había presentado su mujer al joven Massimo, prometiéndole y concediéndole sus favores. De ese modo nació un triángulo amoroso que duró algún tiempo. Camillo Casati solía organizar juegos eróticos en los que varias personas presenciaban cómo su mujer se entregaba a otros hombres. En aquellas reuniones con la marquesa participaban muchos personajes de la nobleza y de la alta sociedad romana.

El drama comienza cuando entre Anna Fallarino y Massimo Minorenti surge un sentimiento de amor. Casati se da cuenta de que se escapan a su control, descubre que se ven a escondidas, que lo excluyen de sus relaciones sexuales. Enloquece. No acepta rebajarse a adoptar el papel de comparsa después de haber sido el director de

lo que debía haber continuado siendo una comedia carnal. Al final se siente «traicionado».

Estalla su furia homicida. En el saloncito encuentran una nota escrita por el marqués antes de suicidarse. La nota dice así: «Muero porque no soporto que ames a otro». A pesar de haber sometido a su mujer a perversiones de todo tipo, siempre la ha amado, si bien de una forma retorcida, paradójica, enfermiza. Y se sentía tan profundamente unido a ella que, ante la «traición», el disoluto Casati se derrumba con más facilidad que esos hombres que descubren el ultraje después de haberse comportado con normalidad, por decirlo de alguna manera, en sus relaciones sexuales.

Este caso es uno de los que más hacen reflexionar sobre las increíbles conexiones que existen entre la patología sexual y la afectividad.

Camillo Casati tenía la obsesión de inmortalizar, bien con una cámara fotográfica, bien con la pluma, los momentos y los comportamientos eróticos en los que se reflejaba su complicidad con Anna.

Escribió el impresionante *Diario verde*, descubierto sólo en parte y confiscado por la policía. Sus páginas contienen secretos y anotaciones sobre toda una sociedad completamente depravada. En este sentido, algunas de ellas son memorables. Y, sin embargo, lo que más excitó a los investigadores, a la prensa y a aquellos que tuvieron ocasión de leer el diario, fue un determinado fragmento. Es una prueba de la banal morbosidad de los llamados «no disolutos»:

«... Este año, en Ischia, después de que una amiga nuestra hubiera estado besando a Anna durante toda la noche, los labios mayores de ésta habían alcanzado un enorme tamaño y, dándome cuenta de que, aunque no me dijera nada, se moría de ganas de enseñarlos, la llevé a un arrecife desierto donde podía estar desnuda a sus anchas, en espera de que alguien pasara por allí. En un determinado momento llegaron cinco chicos, con edades comprendidas entre los dieciocho y los veintidós años, que solían frecuentar aquel lugar a causa de la habitual presencia de extranjeras desnudas. Anna se tumbó en la colchoneta con las piernas bien abiertas; naturalmente, los chicos se paran y, como quien no quiere la cosa, comienzan a merodear por los alrededores. Al final, después de asegurarse de que no habrá reacción alguna por nuestra parte, se acercan a mirarnos. Sus labios mayores estaban realmente enormes, casi el doble de lo normal. Al cabo de unos cinco minutos Anna les dice que no se muevan ni la toquen y que se limiten a mirarla, pues ése es su único deseo. Comienza a tocarse, primero con una sola mano y después con las dos, y se masturba durante al menos un cuarto de hora, y goza cuando los chicos, de pie, se tocan y gozan prácticamente todos al mismo tiempo. Pero no ha tocado a ninguno de ellos, y viceversa.

»En cuanto a mí, no puedo quejarme... No soy homosexual, pero la presencia de un hombre no me desagrade».

...

N., implicada en un extraño escándalo de la región de Emilia, aspirante a actriz de cine, teatro y televisión, pero sobre todo actriz de su propia crueldad, cuenta con todo detalle en las páginas de su diario sus relaciones sexuales con un famoso director de cine. En estas páginas la crueldad de lo banal fluye sin una sola pausa, sin una sola luz:

«... Me trataba como a una estrella, o al menos eso me parecía, siempre enviaba un coche para que viniera a recogerme. Había colgado mi fotografía en la pared de su oficina y decía que mi inocente rostro invitaba a la seriedad... Una tarde hicimos el amor. El me besaba, me tocaba los pechos, y yo me desnudé. Lo hice sobre todo porque era viejo; pensé: no volveré a estar con nadie de su edad. ¡Siento una gran curiosidad por ver cómo hace el amor un viejo!...».

Estas confesiones producen miedo, porque en ellas subyace un enorme cinismo que la actriz no se preocupa ni siquiera de justificar. Leo muchos, demasiados diarios parecidos a éste. Aumentan de día en día. Son muchos, demasiados, los personajes parecidos al famoso director y a la miserable muchacha.

...

Recuerdo a mi amigo Piero con mucho afecto. Nos unía, con respecto al Eros, un noble sentimiento; incluso cuando realizábamos aquello que los malévolos consideran como transgresiones. Lo practicábamos como cómplices, *con amistad*. Es la forma más alegre de practicarlo.

Releo a menudo las páginas de su diario. Esta, por ejemplo, es la última, y cada vez que la releo me conmueve y vuelvo a verme reflejado en mi amigo. Es una despedida a la mujer con la que Piero vivió y a la que, a pesar de todo, amó:

«... Mi vida se me presenta como un vacío inhabitable. Es el vacío de los teatros a los que no vuelven ni los actores ni el público. Me criticabas: “Quieres vivirlo todo al mismo tiempo”. Es cierto, pero no en el sentido que tú imaginabas. Nunca me he degradado, nunca he sido un mujeriego, como tú me echabas en cara. Siempre que me he acercado a la vida de una mujer —incluso a la de una mujer mezquina, porque vosotras, las mujeres, no os dais cuenta de que os odiáis a muerte— ha sido para tratar de entender una forma de ser y, por tanto, lo he hecho con un respeto enorme. He sentido por las mujeres la misma curiosidad que puede sentirse por un árbol, por

una luz en una ventana. Cuando veo una ventana iluminada que me parece distinta a las otras, siento una necesidad irresistible de conocer qué tipo de personas puede haber dentro de esa habitación desconocida y, al mismo tiempo, me invade una tristeza, absurda, lo reconozco, ante ese misterio que se me escapa.

»Tú seguías regañándome. Desde tu punto de vista, tenías razón. Yo intentaba cambiar. Renunciaba a mi curiosidad encerrándome en casa durante días. Pero acababa por asfixiarme. Desaparecía el inefable placer de la ubicuidad: de perderme en lo inesperado de vidas diferentes, en general oscuras y atormentadas, con la alegría de volver enseguida a tu solaridad... Siempre me ha avergonzado decir a una mujer que la amaba si no era verdad. En cambio, tenía amigos que mentían con una gran facilidad, lo mismo que sabían montar en moto con una sola rueda. ¿Y qué me dices del “Te amo” de muchas mujeres? En cuanto les proporcionas algún orgasmo, te dicen inmediatamente ese “¡Te amo!”, tan parecido a su grito de placer.

»Créeme, tú eres la única mujer a quien he dicho “Te amo”. Quiero que lo sepas. Y tú sabes que es verdad. Amiga mía, lo único que la mayoría de los hombres respeta en una mujer son los errores a los que ellos mismos la conducen. Su único ideal es vuestra mediocridad. Yo nunca te he considerado mediocre. Jamás he considerado mediocre a una sola mujer... Y ahora, cuando yo no esté, ¿qué riesgos correrá tu dogmatismo en un mundo que incluso destruye las cualidades por considerarlas un insulto a su miserable furor? ¿Cuántas de las cuentas que yo he pagado por ti, para salvaguardarte del mundo, tendrás que pagar tú sola cuando yo no esté allí para pararte los golpes?

»Te ruego que me perdones. Es mejor que desaparezca de tu vida, por ti y por mí. Pasará algún tiempo, y después —tiemblo sólo de pensarlo— quizá vuelvas a malgastar tu tiempo, como hiciste en una época, con un hombre distinto cada noche, con esos hombres mezquinos y miserablemente ávidos que creías tener en un puño pero que al día siguiente te tachaban de “puta”... Y esta idea me destruye. Yo jamás he tachado a nadie de “puta”. En cualquier caso, siempre he tenido hacia las mujeres un sentimiento de gratitud.

»Estoy contento de que, para mí, la *época de las mujeres* haya finalizado para siempre. ¡Qué horrible contraste entre el verbo “gozar”, tan bello en sí mismo, y la vulgaridad, las falsedades, las contorsiones y el tormento que en muchos casos éste implica!

»Cuida de mi gata. Ha sido una parte de mí. Y seguirá siéndolo en tu nueva vida...».

Hace tiempo que no he vuelto a saber nada de Piero. La última vez que lo vi fue cuando vino a entregarme su diario.

Le echo de menos.

...

Verdaderamente cuántos hombres hay que son todo lo contrario a Piero. Y yo los odio con toda mi alma. Escojo al azar uno de los muchos que aparecen descritos en los diarios para ponerlo como ejemplo de los hombres que corrompen el mundo de las relaciones entre hombre y mujer. En el diario de B., de treinta años, se habla de un prototipo que goza de una banal notoriedad y se considera a sí mismo como un actor cómico. Pero, en lugar de comicidad —que siempre debe ser como uno de esos amorcillos de resplandeciente y gozosa carnalidad que Correggio pintaba con tanto encanto—, sólo posee el esqueleto ennegrecido, el esqueleto de un angelito, y un tic presuntuoso, mimético, íntimamente lúgubre.

El Eros ni siquiera lo ha rozado con su gracia. Es uno de esos hombres vanidosos, mediocres incluso en su vanidad, que con la práctica de las vaginas compensan sus complejos de inferioridad. A través de las mujeres desahogan la angustia que les corroe: no serán nunca, ni siquiera por un instante, auténticos talentos creativos. Los hombres así son como los mandriles del zoo. Y, sin embargo, las mujeres van con ellos. Incluso las mujeres que aparentemente no son estúpidas se inventan razones para ir con ellos, aunque no exista razón alguna. Dicen que es «Una experiencia más». Pero en cualquier caso es horrible. ¿Por qué van entonces con ellos? ¿Porque se sienten gratificadas por el necio hecho de ir con hombres importantes? Cuesta entenderlo desde el momento en que incluso la compasiva comprensión resulta difícil.

El diario de B. se salva en cierto modo porque al menos es sincero y expresa con gran fuerza su repugnancia:

«... Bebe otro vaso y después se me tira encima. Me desnuda, se desnuda, todo sucede en un abrir y cerrar de ojos. Me mira y me dice: “Tienes un culo maravilloso”. Me arrastra al dormitorio. Se lleva allí la botella. Bebe, después me la derrama encima y comienza a lamerme como si fuera un helado. Me penetra y no puedo decir que me produzca placer... Me lleva al cuarto de baño. Me apoya en el lavabo, frente al espejo. Estoy apoyada en el lavabo y él, borracho como una cuba, me penetra con su miembro jactancioso, al mismo tiempo que me dice: “Mira lo guapa que eres”. No gozo con su miembro presuntuoso, rápido, sino con la imagen que veo en el espejo... Voy a Roma con él. Antes de follar me canta canciones acompañándose de la guitarra. Acepto su polla alcoholizada. Después se muestra servicial, agradecido, orgulloso. Ha añadido una muesca a su cuchillo... Su mundo me atrae, pero él sólo quiere eso... Bebe, fuma, no lo consigue si no bebe hasta desbordarse... Todo esto me asusta porque se ha convertido en resignación. Me voy asqueada. Lloro porque siento que mi corazón cada vez se enfría más.

»Siento un deseo irreprimible de vomitar mi femineidad y convertirla en una

ruina. No tengo la menor idea de lo que es un auténtico orgasmo. Y ninguno de los que han traspasado mi vientre ha conseguido decirme nada, ni en el plano humano ni en el erótico. Nunca he emitido un solo grito, todo lo más un débil gemido de agradecida paciencia... Gracias de todo corazón por vuestro miembro flácido, inútil, inconsciente, que tolero como un suplicio para buscar un gesto de asqueroso afecto».

El diario de B. debería ser publicado y divulgado; es un testamento que denuncia una imagen insólita de la femineidad que choca con la imbecilidad masculina.

Espero que B. no se haya perdido, sin salvación, en sus crisis, en sus momentos de desánimo.

Grandes y pequeñas alegrías...

... Entonces dejo volar la imaginación y subo y subo hacia lo alto, donde, según los astrónomos, alguien se ama...

También las estrellas, los cuerpos celestes, hacen el amor.

El último descubrimiento proviene de Japón: suspendida entre las constelaciones, existe incluso una «sala de partos estelar» en la que nacen y se forman nuevos astros. Recientemente se han registrado nueve nacimientos. La estratosférica cuna se halla regida —qué extraño— por la constelación de Taurus. En el lenguaje corriente y afectuosamente irónico de la cosmología, se habla de «esperma estelar», de «orgasmo estelar». El Big Bang sería un ejemplo de ello, un orgasmo sin fin.

... Así pues, estoy allí, inmerso en el mapa del cielo cuajado de estrellas, casi como si formara parte de los infinitos sistemas y respirase al unísono con ellos. Trato de oír el silencio de la bóveda celeste, porque también este silencio, que comunica y habla, nos advierte de que allí arriba existe un lenguaje que está inscrito en nosotros... Andrómeda, la amante más dulce de todas las constelaciones... Es como si acercara el oído a una puerta misteriosa y oyera los sonidos de las estrellas en la inmensidad de su conjunción.

El grito de una estrella, una estrellita, apenas un pequeño resplandor, dentro de un puro contorno de armonías, es como la exclamación humana, humanísima, de una mujer que goza.

...

Desde mi dormitorio, y envuelto en las mantas de mi camita, a veces oía a mis padres hacer el amor en la habitación de al lado. Aquellos bisbiseos, aquellos gritos ahogados, me liberaban del miedo a la oscuridad. Me levantaba temblando y me dirigía a la puerta cerrada. Apoyaba ligeramente mis manos y mi frente en la madera y seguía escuchando: no con morbosidad, sino con una profunda emoción, y daba gracias a Dios...

El mundo todavía no me había hecho nada.

Mi madre, en cambio, ya había comenzado a hundirse en su depresión. Su cabeza ya se había llenado de aquellos pensamientos enfermos que, durante años, destruirían su vida y la nuestra.

La oía hacer el amor y, en mi sencillo percibir infantil, sentía, se adueñaba de mi corazón, una gran alegría por ella. Y, embargado de este sentimiento de alegría por mi

madre, por aquellos momentos suyos de felicidad, me paseaba por la oscuridad de la casa. Cuando los amantes acababan, permanecían en silencio como cigarras cansadas, como los árboles en el atardecer de un ardiente día de verano. Yo sabía que mi padre se ponía a fumar, y que el humo azul rodeaba su perfil, mientras él miraba fijamente el techo...

Y aquella alegría me llevaba a abrir la ventana más secreta, a darme cuenta de que las estrellas que titilaban en el cielo estaban allí para velar el sueño de mi madre, felizmente exhausta.

...

Mientras camino con una amiga mía por la noche romana le cuento que, cuando yo atravesaba Parma, había ese mismo silencio, el silencio que suele circular en los puertos nocturnos, entre los barcos situados en la rada; yo lo saboreaba con una alegría de delfín y tenía la sensación de que al final de las callejuelas oscuras yacían restos de naufragios en lugar de jardines, de que las ventanas que me observaban eran portillas de luz de barcos hundidos y de que las bases de los faroles, de hierro negro, eran anclas enredadas en capas de algas.

Al final siempre acababa llegando bajo el balconcito, que se destacaba claramente bajo la luz de la luna, de la casa situada enfrente del hotel donde suelo alojarme cuando voy a visitar a mi madre. En esa casa, le explico, vivió la Bastardella; y le hablo de Leopoldo Mozart, el cual, en una carta escrita desde Bolonia en marzo de 1770, decía:

«En Parma conocimos a una cantante y fuimos a escucharla a su casa: fue una auténtica delicia. Es la famosa Bastardella, que posee una bella voz perfectamente impostada y con una extensión increíble. Cantó en nuestra presencia las notas y los fragmentos que te adjunto».

Así, al llegar bajo aquel balconcito, aquella alegría de delfín despuntaba como un salto en mi silencioso caminar y me imaginaba a Leopoldo asomándose al balconcito y diciendo, en nombre de su hijo, ante una pequeña multitud: «Parma tiene y tendrá un poder de hechizo musical mayor al de cualquier otra ciudad».

Después, por detrás del padre, aparecía un Mozart adolescente. Y ambos se retiraban y hacían que la Bastardella saliera al balconcito donde ésta comenzaba a cantar...

«La Bastardella era tan maravillosa como libertina», cuentan las crónicas.

Me gusta pensar que fue una de las primeras emociones carnales de Mozart.

...

Cuando estoy deprimido, me acerco a visitar a Maurizio.

De entre mis amigos y compañeros de alegrías juveniles, llamémoslas también audacias, en el sentido de que nos burlábamos audazmente del mundo, Maurizio era todo lo contrario a Piero: es decir, era muy ocurrente e ingenioso a la hora de gastar bromas y decir ironías. Idólatra de Rossini, siempre ha entendido el Eros, con ardor y con un estilo propio, como una gran Opera Buffa. Sus experiencias amorosas parecen haberse inspirado, fatalmente, en las famosas composiciones de su autor predilecto. Hasta que se divorció de su insoportable mujer, padeció las consecuencias de *El contrato de matrimonio*; ha conquistado a mujeres admirables, trepando como un acróbata de la fantasía por *La escalera de seda*; ha sufrido, de sus amantes, *El engaño feliz*, considerando, no obstante, que el universo femenino, incluso en los peores casos, es *La piedra de toque* de la vida; no ha dejado escapar nunca una sola ocasión, sosteniendo, con un egoísmo rossiniano, que *La ocasión hace al ladrón*; no ha descuidado a las *Cenicientas*; ha perdido la cabeza por las *Italianas en Argel* y las *Turcas en Italia*, y se ha dejado amablemente saquear por las *Urracas ladronas*.

Su máximo placer era contar, a nuestro grupo, aventuras siempre extraordinarias, excéntricas, como si las mujeres con las que se trataba no conocieran la normalidad. Pero lo hacía por el mero gusto de actuar. ¡Qué gran actor era Maurizio! Cuántas veces, lo sé, ha actuado sólo para mí con el único fin de verme sonreír; y, al final, siempre acababa fascinándome con sus historias, donde los sentimientos conservaban un *allegretto* infantil, y con sus coloridas imágenes, donde la sexualidad, incluso la más agresiva, era una burla a nuestra tendencia a dar demasiada importancia al mundo, a la vida, porque nos asalta el miedo y la tristeza de que, de un momento a otro, puedan dejar de pertenecemos.

Maurizio es un excepcional coleccionista y bibliófilo de los distintos vestigios del Eros a través de los siglos.

Cuando entro en su casa, me guiña el ojo y me saluda siempre con la broma de Pierre Masón: «Para la mayoría de las mujeres la palabra *Constancia* es el nombre de ese lago cuyas límpidas aguas bañan cuatro países diferentes». Por mi parte, me veo obligado a cerrar los ojos, como debe de sucederles a las conquistas que mi amigo trae aquí por primera vez, y que, por lo general, se quedan asombradas, pues Maurizio vive entre paredes literalmente cubiertas de mujercitas reproducidas en todas las formas y formatos: postales íntimas de principios de siglo, desnudos fotográficos e ilustraciones de todas las procedencias, pinturas eróticas y miniaturas antiguas pertenecientes a las más diversas civilizaciones, estampas, ex libris, litografías, figurines publicitarios y viñetas.

Hay auténticas maravillas, como los rollos japoneses de Kyosai y los «Espejismos de los jardines de Oriente», que fueron las obras más bellas de los Pachás. Las paredes deslumbran con una explosión de colores, y en ellas fluctúan, ocupando todo el espacio, impúdicas ofertas, insinuantes posturas y promesas de placer transmitidas en forma de deliciosos mensajes. Antes de dormirse mi amigo mira a su alrededor y,

al cerrar los párpados, su retina conserva las huellas luminosas de los desnudos multicolores de esa casa que parece un reino del Eros observado con un telescopio. Estirándose feliz, murmura:

—Hasta mañana, queridísimas amigas. Si alguna vez llego a dormirme sin sentir la alegría de volver a veros al día siguiente, me encontrarán muerto en esta cama.

Creo que no le falta ningún libro ni ningún catálogo. Lo único que le queda para completar su colección es el *Dedo de Santo Tomás*, y sigue haciendo todo lo posible para conseguirlo. Me suele llevar a la iglesia romana de Santa Cruz en Jerusalén, donde, en la capilla dedicada a Santa Elena, se conserva una reliquia de incalculable valor: el dedo de Santo Tomás, aquel que el desconfiado apóstol, patrono de los escépticos, hundió en el costado de Jesucristo para asegurarse de que era él.

Maurizio hace que me acerque a la custodia, en cuyo interior resplandece un zafiro y un pequeño dedo brillante y negro. La uña tiene una parte de color orín que podría ser la sangre divina.

—¿Lo ves?, —me señala—. Míralo bien. Este dedo amputado debe causar serios apuros al segundo de mis Santos Patronos, el primero sigue siendo Gioacchino Rossini, cuando tenga que dar apretones de mano en el Paraíso.

—¿Y bien? —le contesto puntualmente, para inducirle a que me lo explique.

—No olvides que debes utilizar siempre el dedo de Santo Tomás, el de la divina desconfianza, con toda clase de mujeres: jóvenes, viejas, altas, enanas, rubias, pelirrojas, calvas ¡e incluso jorobadas!... Si nada más conocer a alguna, sientes cierta debilidad con respecto a ella, húnделе el dedo como hizo el Santo. Si no, te encontrarás con el dedo hundido en otra parte. Espero que el apóstol me perdone la broma, pero si él no tuvo respeto alguno a Jesús, hasta el extremo de querer tocarlo con el dedo, ¿por qué debería de tenérselo yo a él?

Le señalo:

—Pero tú siempre has sido el primero en elegir a mujeres que te han hecho perder la cabeza y que, al final, te han dejado destrozado.

Maurizio mira por última vez el dedo que le falta para completar su colección y me contesta:

—Es cierto. Pero siempre ha sido por propia voluntad. No tardaba nada en darme cuenta de cómo eran, pero, al mismo tiempo, me volvían loco y me decía a mí mismo: ¿Qué más me da que luego me dejen destrozado? En cualquier caso, lo sé desde el principio y, mientras dure, enloqueceré alegremente... ¿Me explico?

—Sí. Perfectamente.

Nada más salir de la iglesia, Maurizio pasa a la fase del «¿Te acuerdas?».

—Las que hemos organizado, ¿eh d'Artagnan? —Nunca he sabido por qué me llama d'Artagnan, pero tampoco se lo he preguntado, no necesito saberlo—. ¿Te acuerdas?

—No empieces —trato de interrumpirlo, porque cuando comienza con el «¿Te acuerdas?» ya no hay quien le pare—. Me acuerdo perfectamente.

Pero él se siente inspirado, no me oye:

—¿Te acuerdas de las noches de Ostia?... ¿Te acuerdas de la princesa del guisante?... ¿Y de Carlina, que era tan ingeniosa como nosotros y sabía seguimos perfectamente el juego? Ah, Carlina, qué habrá sido de ella... ¿Te acuerdas de las bromas que gastábamos? No teníamos complejo alguno, éramos dueños de nosotros mismos tanto en lo que se refiere al sexo como al corazón; y honestos hasta cuando gastábamos bromas, porque nos acordábamos, incluso en las peores situaciones, del *Ecco ridente in cielo*^[24] del gran Rossini... Entendíamos tan bien la vida, que hacíamos una pantomima, una parodia burlesca de los previsibles ceremoniales, llenos de ansia y de vanidad, que llevaban a cabo toda aquella serie de hombres estúpidos cuando trataban de llevarse a la cama a una mujer... Y todo, todos aquellos fúnebres preparativos, para un aquí te pillo aquí te mato, para conseguir un agujero, un agujero, porque no sabían ver ni sentir otra cosa... Pobres imbéciles...

Le dejo que se desahogue. Porque, además, en estos casos, abre los brazos y cita unos versos míos: «En la tarde serena, cuando el viento ha amainado / y apenas oímos el latido de nuestro corazón, / hago el amor contigo como un carpintero que, silbando, cepilla la madera...».

Hoy, en casa de Mauricio, he visto su última adquisición para la colección: una ampliación de *Cybersex*. Se trata de una máquina que, según sus inventores, debería permitir hacer el amor con una persona desde lejos. Mi amigo me explica que fue presentado hace una semana en Bolonia, dentro del tercer Salón del Erotismo: *Erótica 94*, en las austeras salas del Palacio de Congresos; y también me cuenta que, en medio de toda aquella confusión, alguien quiso introducir a una niña dentro de la exposición pornográfica. Observo la negra indumentaria, la brillante y futurista maraña de planchas térmicas, sensores, vibradores, correas y ataduras.

La gente comenzó a insultarles «¡Payasos! ¡Payasos!», pero ha atraído una enorme afluencia de público, «incluso amenazadora» han dicho los periódicos. Se han llegado a formar colas de cientos de personas y atascos en la carretera de circunvalación. Por otra parte, la industria del porno, de los robots femeninos, prospera de una forma delirante: los italianos se gastan cada año un billón y medio de liras en el mercado pornográfico y un billón en los vídeos pornos.

Maurizio rompe de una patada la ampliación. Coge un periódico y lee: «Ciber, un reino de la ambigüedad. La influencia del *Gran Hermano*^[25] en la política, el sexo y la imaginación... A partir de la realidad virtual se producirá un cambio cultural y antropológico. Vamos hacia un mundo que dará paso al ciberfeminismo. Posdemocracia: el consenso político y sexual creado por los futuros medios de comunicación».

Me pregunta:

—¿Piensas que algún día cambiará esta Italia donde «el ser se reduce a una asquerosa tripa», por utilizar una frase de Gadda?... ¡Ah, Gadda! Le he amado casi tanto como a Rossini. ¡El también era un profeta! Decía que Italia era como un

zafarrancho^[26], una olla donde se cuece todo junto: la burocracia, la clase dirigente, los juzgadores y los juzgados, los políticos y las víctimas de la política, los auténticos corruptores y los corruptos... Una Italia, decía, «enharinada de angustia», «visceramen de teratocéfalos y raquitoides estúpidos», «idiotas asociados incluso en el sexo», donde la pérdida del sentido del límite y del ridículo es «gargarizada», es una gárgara de masas... ¿Cambiará algún día?

Salimos a la terraza. Es la primera vez que veo desaparecer de mi amigo la vivacidad rossiniana. Lleva en la mano unos cuantos periódicos que arroja al aire después de haber leído otros titulares: «Adiós intimidad. El sexo se convierte en *happening*», «Se busca actriz porno: y responden miles de hombres y mujeres. Todos dispuestos a hacer una prueba erótica. La harían incluso gratis».

Observamos la calina que envuelve Roma. No sirve de nada, poner a todo volumen el aria de Lindoro de *La italiana en Argel*, de Rossini.

—¿Nos libramos alguna vez de la «Ingeniería de la imbecilidad», de la que hablaba Gadda?

Le respondo sinceramente.

Del «Cuaderno de los días que pasan»

Días de junio en el río.

Vino un niño. Estaba en la puerta de mi casa de Po y me observaba intensamente, como si después hubiese de contar a alguien las impresiones de ese encuentro. Tenía las mejillas sonrojadas y su aspecto era delicado. En una mano llevaba un ramo de flores y en la otra un sobre. Me los entregó y después se fue corriendo, pero antes se detuvo un momento para comunicarme:

—Soy su sobrino y me llamo Giuliano.

Abrí el sobre. En la hoja de papel estaba escrito lo siguiente: «Te espero en el Bar Blu esta noche. A la hora de la luna “alma oscilante”». No estaba firmado, pero no me hacía falta, pues sabía perfectamente de quién se trataba.

Me adentré en la oscuridad cuando la luna comenzó a surgir, como una de esas melancolías que de vez en cuando nos embargan sin saber por qué. Tomé el camino del Bar Blu. Me acordé del pequeño zoo que había a la izquierda, antes de llegar al dique. Seguía estando allí. Los habitantes del zoo acababan de dormirse en su silencio astral. Entre las jaulas volaban algunas plumas. Bajo la luz de la luna las plumas de las aves del paraíso parecían esquiras de diamante.

Estuve caminando hasta esa hora de la noche en que los camareros amontonan las butaquitas de mimbre delante de los cafés: las apilan unas sobre otras del mismo modo que los pensamientos se superponen en nuestra cabeza; y cuando bajan los cierres metálicos, tienes la sensación de que también habría que bajar el telón sobre ese gran hallazgo que es la vida.

La luna se hallaba en su máxima plenitud cuando nos sentamos de cara a ella. Estábamos solos en medio de las butaquitas de mimbre y casi podíamos llegar a saborear aquella luna llena, que, como si fuera un milagro, se nos antojaba la luna llena más serena que habíamos visto en nuestra vida.

Nos apretamos las manos:

—Hola, Ada.

Ella no contestó nada. Bajó la cabeza y me estrechó las manos.

Los años habían pasado, pero ella seguía siendo la misma Ada Vitali de la que Ligabue había afirmado que poseía el sexo más bello del Po; hasta el punto de que lo esculpía en el tronco de los chopos y después, arrodillado, lo adoraba como si no lo hubiera creado él, sino la propia naturaleza, que en aquel momento se lo ofrecía, como el feliz don que la mujer, en cambio, siempre le había negado.

Ada, la primera mujer que me había hecho un sitio en su cama...

En el pueblo de las hoces.

Así estuvimos durante un buen rato, a punto de decir algo, pero sin llegar a expresarlo. Comprendíamos que era hermoso estar así, con todas aquellas frases en la punta de la lengua, demasiadas para caber en un discurso.

Cuando comenzó a amanecer, vimos aparecer en la cima de la colinita los caballos de carga de los barqueros: iban en fila, recortándose en el horizonte, y seguían con solemne obediencia al caballo que iba en cabeza, el único que llevaba encima un jinete. Casi sin darnos cuenta nos adentramos en ese lugar donde las bandadas de garzas rojas se levantan de pronto con el sol y, dejando tras ellas la resplandeciente arena, forman en el cielo cúpulas de color sangre.

Nos detuvimos justo en el lugar donde las olas luchan con la corriente del río y encrespan su superficie produciendo la ilusión óptica de que las aguas retroceden y vuelven río arriba, en lugar de ir hacia la desembocadura.

Sentíamos que nuestras dos vidas eran un poco así.

Entonces, sólo entonces, Ada Vitali me preguntó:

—En aquella época yo era muy bella, ¿no es cierto?

El Eros de lo que no fue

Pienso en Misia...

Fue una de las mujeres más fascinantes del siglo. A pesar de tener un amor tras otro a lo largo de su vida, y por más que sus matrimonios le proporcionaran una situación holgada y un gran prestigio social, consiguió mantener su libertad por encima de todo. Musa de artistas del baile, fue la única partícipe del drama de Diaguilev, de quien nunca se separó y al que más tarde veló y lloró. Fue la mujer que más lúcidamente comprendió al infeliz héroe de los «Ballets rusos»: Vaslav Nijinski.

Pienso en mi vida perdida. Y en todo lo que no me hubiera perdido de ella si hubiera tenido a mi lado a una mujer como Misia.

El Eros del remordimiento

Volví a ver los escenarios de aquella periferia que no parecía romana. Fachadas sobrevividas a construcciones desaparecidas, patios y pórticos que flotan en la nada, puertas tapiadas que sugieren la idea de que tras ellas hay habitaciones secretas, cuando, en realidad, no hay nada más que vacío. Todo hundido, o como surgiendo por casualidad, en la abandonada campiña. Una luz oblicua caía desde unos nubarrones violáceos.

Siempre que iba a ver a Alessandra a su casa tenía la sensación de que vivía entre los restos de una isla que se hubiera superpuesto, por una magia natural, en las afueras de la ciudad.

Dentro de poco oiría alguna de las músicas que normalmente salían a través de las ventanas, señalando la casa oculta por una hilera de árboles. La música llegó y la reconocí. Era el *Concerto grande a più strumenti obbligati* de Boccherini, una de las sinfonías preferidas de Alessandra.

—Los sentimientos que expresa la *música* de Boccherini son idénticos a los míos —afirmaba ella con su pasión por las analogías.

Yo pensaba en sus investigaciones históricas y filológicas sobre los mitos del mundo griego. Le habrían proporcionado un sólido prestigio académico si no hubiera vivido jugándose su éxito personal sólo por el puro placer del juego. Me repetía: «La gran lección de la cultura griega es que el arte florece, misteriosamente, en el esplendor y en la miseria, en la libertad y en la esclavitud». Para ella, yo era un artista. Y lo había seguido siendo, precisamente, en las más diversas circunstancias. Había creído en mí y me había animado a creer en mí mismo. Con su carácter exuberante y excéntrico había estimulado mi parte anárquica e intolerante.

Por lo único que me regañaba ásperamente era por abandonarme a mi vicio de deprimirme, de renunciar y después de atormentarme por haber renunciado.

Pero los *viciosos* nunca siguen los consejos.

Alessandra me fascinaba por su vitalidad mental y sentimental. Me proporcionaba ideas para escribir mis historias implicándome en situaciones increíbles, incluso en relaciones amorosas con mujeres amigas suyas. No sabía lo que eran los celos y me presentaba continuamente a nuevas mujeres, convencida de que mi curiosidad tenía que tener siempre algo que devorar, evitando así que se transformara en una infelicidad que, de otra forma, me hubiera devorado a mí.

—Debes desmitificar —insistía.

—Y me lo dices precisamente tú —le hacía notar yo—, que has convertido los

grandes mitos en la razón de tu vida.

Me respondía:

—Precisamente yo. Y precisamente por esta razón. El hombre debe realizar un viaje a través de sus mitos para liberarse de ellos.

Alessandra había seguido llamándome por teléfono incluso después de que yo hubiera tomado la decisión de romper con aquellas personas que, como ella, trataban de sacarme de la cueva de mis depresiones, de mis aislamientos. Ya no la escuchaba. Ni siquiera cuando, durante mis últimas conversaciones telefónicas con ella, me parecía que su tono había cambiado, como si quisiera pedirme ayuda. Será uno de sus trucos, pensaba yo. Era absurdo que Alessandra, que se entregaba por completo a todo el mundo, estuviera pidiendo ayuda y, además, con una tristeza que no había manifestado nunca. Un día que yo estaba de mal humor, le había colgado el teléfono y, desde entonces, no habíamos vuelto a saber nada el uno del otro.

... Entré en el jardín de la casa. Me salió al encuentro Angela B., su secretaria, su guardiana. «Mi diligente escriba» me especificaba Alessandra. «Si algo queda de mí, se lo deberé a ella. Anota todo. Tanto si hablo de los mitos mediterráneos, como si improviso mis argumentos. Después, sin que ella se entere, voy a curiosear a sus diarios».

Estaba contento de volver a ver también a Angela. Me dio la mano. Dudó:

—¿De verdad que quieres ver a Alessandra?

No comprendí.

Me hizo una señal para que la siguiera. Subimos la escalera de piedra y llegamos ante una puerta que estaba cerrada. Angela llamó con los nudillos varias veces. No respondió nadie. Al final, la mano de Alessandra apareció entre las hojas de la puerta. En uno de sus dedos brillaba el anillo que yo le había regalado. Los dedos se contrajeron y relajaron varias veces, como las alas de un pájaro. Aquel gesto repetía «iros de aquí».

—Soy yo —insistía Angela, con el mismo tono que si se dirigiera a una niña.

La puerta se cerró. Angela bajó la cabeza y dijo:

—Ahora volverá a abrir, ya lo verás.

Efectivamente, la puerta volvió a abrirse. Pero Alessandra no apareció. Angela me introdujo en el cuarto de estar, entre las jaulas de pajaritos colgadas por todas partes que yo había visto tantas veces. Los había de distintas especies. Observé la mesa de trabajo cubierta por un paño vacío: en otros tiempos estaba repleta de hojas de papel, libros y periódicos.

Sentí que había alguien detrás de mí y me di la vuelta. Alessandra estaba hundida en un sillón. Por su mirada, que dirigía más allá de mí, comprendí que esperaba las explicaciones de unos intrusos invisibles. Angela le dijo:

—Perdona, nos iremos enseguida.

Fue como si hablara al vacío.

La bata que llevaba Alessandra se abrió un poco y entreví una desnudez aún

fresca, sensual; su cuerpo mantenía intactos sus encantos y contrastaba con las arrugas de su rostro, de pronto envejecido. El aparato de música había dejado de sonar. Alessandra abrió de vez en cuando la boca con una expresión de estupor, como si quisiera decir algo.

Me acerqué a ella y la toqué. La piel de su brazo estaba gélida. De pronto, una ventana se abrió de par en par y una ráfaga de viento empujó a los pajaritos contra los barrotes de las jaulas. Tuve un vértigo de rojos, violetas, amarillos, negros.

Alessandra preguntó:

—¿Dónde?

Angela me dirigió una mirada.

Alessandra volvió a preguntar:

—¿Quién?

Angela me murmuró:

—¿De verdad que no lo sabías?

Me sentía confuso. A duras penas pude preguntar:

—¿Desde cuándo está así?

—Desde hace un año. Sin embargo, se puso peor hace seis meses: una noche tuvo una crisis de la que no ha vuelto a recuperarse.

Junto a mi cabeza un pajarito nos miraba desde su jaula, quieto y silencioso en medio del estruendo que organizaban los demás. Me acordé de cuando Alessandra me explicaba: «Es una pajarita de las nieves. El macho todavía no ha cantado. Eso quiere decir que está enfermo». El macho se ocultaba sombrío detrás de la hembra. Me bastó con sacudir ligeramente los barrotes, como había visto hacer a Alessandra, para que comenzara al instante el dúo de las pajaritas de las nieves. El macho entonaba unas cuantas notas y la hembra le contestaba inmediatamente. Se alternaban con tal perfección, que si la luz no hubiera sido tan intensa, uno hubiera podido pensar que en ese momento comenzaba a amanecer, pero sólo dentro de aquella pequeña prisión.

Cerré los ojos. Era como si volviera a ver los muchos momentos de amor que había vivido con Alessandra, siempre llena de vida hasta el exceso. Así era como comenzaba el dúo de las pajaritas de las nieves.

Más allá de la niebla del recuerdo, algo debía de haberse despertado en la memoria de mi amiga, a la que yo había descuidado. Traté de leer en su mirada. Fuera lo que fuera —dolorosas imágenes mentales, el vacío— la hacía retroceder en el tiempo. En su mirada, que ahora se detenía en la mía, apareció esa sonrisa que se remonta a los primeros momentos de la existencia, a los que regresamos cuando la vida está a punto de apagarse y en los que volvemos a encontrar intacto el sentimiento infantil que nunca nos ha abandonado.

—Soy yo —le dije—. ¿Me reconoces?

Sólo esa sonrisa en sus ojos.

Le repetí mi nombre. Una chispa brilló en ellos. Y después, en las pupilas remotas, se formaron dos lágrimas que coexistían con su sonrisa y parecían hacer

todo lo posible para no superar el confín de sus ojos, con un pudor inconsciente a llorar.

La mejilla izquierda se le humedeció. Yo siempre había temido la locura y Alessandra me había animado a liberarme de esta obsesión en nombre de la alegre plenitud. Y ahora ahí estaba ese tipo de locura en la que yo también podría caer: la veía concreta, en la línea líquida que brillaba entre las arrugas cercanas a los labios; el residuo orgánico de una razón que, por demasiado expansiva, se había salido de sí misma.

Angela se acercó a ella con un peine y un espejo y la peinó cuidadosamente. Alessandra se miraba en el espejo probablemente sin verse: en un determinado momento debió de volver a ver uno de nuestros encuentros amorosos, porque el beso inesperado y rápido que depositó en el espejo, en el que permaneció el halo de su aliento, iba dirigido a mí.

Después Angela cerró las contraventanas. Volvimos a salir al jardín. Yo caminaba con un gran esfuerzo mientras ella me decía:

—Alessandra sólo consigue decir «¿Dónde?» o «¿Quién?». Todas sus preguntas son así, carentes de sentido. Hay momentos en que emite sonidos extraños, como si respondiera a los pájaros. Los médicos han aconsejado que oiga la música que antes le gustaba. A veces esos sonidos parece que le hacen recuperar la conciencia.

Hice el gesto de irme. Entonces Angela añadió:

—Te buscó cuando todavía conseguía comunicarse. Antes de aquella noche, la última llamada que hizo fue a ti.

—¿Me estás diciendo que hubiera podido ayudarla de alguna forma?

—Le preocupaba que hubieras desaparecido de la circulación, que alguien te tratara mal, que hubieras dejado de trabajar. Creía en ti como nadie y hubiera deseado que nunca hubieras tenido motivo alguno de sufrimiento.

Las Mujeres Doradas

Las adoradoras fálicas. Las falóforas. La faloforia era un antiguo rito dionisiaco, una procesión que acompañaba al simulacro del falo.

Ese rito todavía sigue vivo en muchas mujeres. La mítica procesión continúa dentro de sus mentes. Juzgan a los hombres por el tamaño de su miembro, sueñan con un falo bestial, hablan de él con sus amigas, lo convierten en objeto de captura.

A ese tipo de mujeres yo las llamo despreciativamente las *Mujeres Doradas*.

Doradas es una nebulosa que forma parte de las Nubes de Magallanes, galaxia próxima a la nuestra. Contiene una estrella «anormal», supergigante, de tres mil masas solares. Esta anomalía del cosmos se halla rodeada de un campo magnético y los astros que gravitan sobre ella reciben el nombre de «astros de la desolación y de la desarmonía».

La antigüedad nos ha dejado innumerables vestigios de la adoración al falo: los obeliscos de Egipto, los monumentos de Delos, los Falos Fémicas de Sireuil, las figuras itifálicas de Altamira o de Isturitz, los bajorrelieves de la Magdalena, los monolitos de Córcega, las piedras oblongas hundidas en la tierra de Cuzco o de las Indias, los edificios polinesios, las monedas macedónicas y las tumbas etruscas, aparte del ya mencionado culto orgiástico a Dionisos.

Las supersticiones: en España, y entre los mahometanos, las mujeres embarazadas consideraban un poderoso conjuro besar los órganos sexuales de un loco. Las ceremonias crueles: los antiguos egipcios castraban a los enemigos vencidos y guardaban sus falos para llevar una cuenta exacta de las víctimas sobre las que habían construido su gloria militar, al considerar que un hombre sin pene es un hombre muerto. Hasta hace pocos años a lo largo del Po, era frecuente castrar a un toro para conjurar las crecidas. Las mujeres invocaban a Bio, el dios fálico, con el fin de que brotara del animal la mayor cantidad de semen posible y, a continuación, poder esparcirlo por la orilla del río; de ese modo, aseguraban, la crecida se aplacaría. La ceremonia también exigía esparcir la sangre del toro, por lo que la tierra adquiriría un color granate. Después, las mujeres se disputaban la verga amputada.

Las *Mujeres Doradas* llevan el olisbo en el alma. En la antigua Grecia el olisbo era un pene artificial de gran tamaño con el que, por mandato de los hombres de la familia, las jóvenes eran iniciadas en el amor sexual dentro de los Tíasos. Safo, maestra del Tíaso, huyó de ese horror. Aristófanes habla de un «Simulacro viril de cuero cocido que utilizaban las mujeres de Mileto, trébedas y degeneradas».

A la adoración fálica femenina se contraponen la «vagina dentada», locución

psicoanalítica que define el temor obsesivo de algunos hombres a que la mujer castradora les devore el miembro; esta obsesión se halla relacionada con la imagen de la madre terrible y con una monstruosa constelación de arañas omnívoras, de ballenas de Jonás y de animales semejantes a los concebidos por El Bosco o Grandville. Y de nuevo nos encontramos con la angustia por la posible castración que sienten algunos neuróticos frente al órgano sexual femenino: introducir el falo, por el que sienten adoración, en un cuerpo misterioso al que consideran hostil, provoca en ellos pánico y desagrado. En muchos casos la homosexualidad activa les lleva a penetrar un cuerpo masculino, al que ven como carente de misterio y de insidia desde el momento en que es parecido al suyo. El orificio femenino es en cambio para ellos una cavidad inimaginable, mortal.

Las *Mujeres Doradas*, al permanecer de un modo manifiesto u oculto en el estado fálico, siempre me han provocado un sentimiento de piedad. Las veo avanzar a lo largo de una colina árida, semejante a las de Festo y de Cnosos, únicas porteadoras en una faloforia rodeada de una nube de cenizas.

...

Hubo una época en la que mi casa me parecía un desierto...

Un día subí los ciento veinte peldaños de la escalera de caracol que conduce a la cúpula del Duomo de Parma, obra de Correggio, que en aquel momento estaba siendo restaurada, y me encontré bajo los *ángeles músicos* que vuelan abrazándose y besándose. Tenían la magia carnal de mis mujeres preferidas. Solamente entre las minas de Cnosos y de Festo, bajo la luz cretense, había encontrado antes esa misma solidez física y espiritual en relación con el mito de la creación; la misma fantasía poblada de «azules delfines de gineceo».

Así pues, me reconocí en los *ángeles músicos*. Yo también estaba pintado genéticamente con los colores reavivados por la restauración: los rosas matutinos, los violetas, los ilimitados blancos de las nubes. El olor acre que emanaba de los frescos me llegó con tal intensidad que sentí el vértigo de aquellas figuras que ascendían desde la tierra al cielo. No era un triunfo místico. Era una inmersión en el abismo invertido de la cúpula. En realidad los ángeles subían a Dios olvidándose de sí mismos y del porqué de su creación. Por el puro placer de ver a Dios.

Extendí las manos, toqué sus cuerpos. Pero, justo cuando estaba haciendo aquel gesto, la noche cayó de improviso sobre aquellas espaldas, sexos, axilas y piernas que se extendían para asir otras piernas. Bajo mis dedos se hizo la oscuridad. Y yo, a pesar de permanecer ligado con las uñas a aquel cielo, tuve la sensación de caer en el vacío y en las tinieblas...

Lo mismo me había sucedido con mis mujeres preferidas. Había anochecido. Hacía tiempo que no conseguía tener un encuentro de esos que te iluminan la vida durante un tiempo más o menos breve. A veces sucede.

En aquel vacío sentía la necesidad de que alguien me conquistara, me invadiera. Tanto era así que me dejaba incluso conquistar por las adoradoras fálicas, esas muchachas y mujeres que, en general, frecuentaban las discotecas e iban de un local a otro, buscando la superpolla, como ellas aseguraban riendo. Y recuerdo que una de ellas, Daniela, me decía:

—A veces me enamoro no de los hombres como personas, sino de su dios erecto. Me refiero a ese tipo de hombres que, tumbados en la cama, observan complacidos el don que les concede el dios que llevan dentro de los pantalones, excitándose más por esa visión que por mí. Después vuelven a darse cuenta de que existo y me penetran. He acogido en mi vientre miembros de todo tipo. Ya sé que es una desgracia no acordarme casi nunca de un rostro, no ser sensible a la capacidad que alguno de ellos podría haber tenido de hablarme, comprenderme, consolarme... Pero mi religión es otra.

Daniela me confesaba con los ojos fijos:

—He amado a uno que se llama Maurizio...

La perdí de vista durante algunos meses.

Volvió un domingo por la tarde. Tenía grandes ojeras y bolsas bajo los ojos, como cuando se sufre de largos insomnios. Pienso a menudo en ese día... Le toqué la frente: estaba ardiendo. Ella me observaba con su voluntad entorpecida, tratando de mantener los párpados levantados sobre la opacidad de su mirada. Echó hacia atrás la cabeza y me dijo que hubiera deseado dormir durante un mes o un año. Dominada por una desesperación que yo ya había intuido, me habló del sueño como de una liberación imposible:

—Antes me resultaba fácil dormir. Pero ahora me parece como si nunca hubiera sido capaz de hacerlo.

Se desnudó y se deslizó bajo las mantas dejando sólo al descubierto sus ojos enrojecidos, con los que me miraba. Trataba de decirme que si yo tenía intención de hacer el amor lucharía por mantenerse despierta. La tranquilicé:

—Duérmete, no te preocupes.

Y se sumergió inmediatamente en el sueño. Me gusta estar despierto junto a una mujer dormida. En general incluso las más infelices asumen posturas con las que retroceden en el tiempo, a la serenidad de su niñez, a sus primeros amores. Entonces se meten las manos entre los muslos, como si su sexo fuera un precioso bien que tuvieran que defender. También la forma de dormir refleja una manera de sentir.

Después llamaron insistentemente a la puerta.

Era un joven de unos treinta años. Entró en mi casa sin ninguna hostilidad y se presentó: era aquel Maurizio del que Daniela me había confesado haberse enamorado a causa de su dios soberbio. No tardó en moverse por toda la casa como si le perteneciera. No hubo necesidad de explicaciones. Una mirada suya me bastó para darme cuenta de que no tenía derecho a protestar, pues él estaba seguro de que allí estaba una de sus mujeres.

En pocas palabras, yo era el extraño. Con el instinto de un ladrón, supo enseguida dónde estaba el dormitorio y se dirigió hacia él apartándome a un lado. Yo le seguía, rogándole:

—Déjela dormir. No se encuentra bien.

Le vi tirar por el aire las mantas. Daniela apareció en la postura fetal que yo había imaginado; dormía con los puños cerrados y no se daba cuenta de nada. Fui presa de una fría tensión vengativa, parecida a la que sentía Maurizio, el invasor, mientras ordenaba a Daniela que se despertara y se levantara. Trataba de ponerla de pie asiéndola por la nuca y las axilas, pero era inútil. Bajo el peso del sueño, evidentemente inducido por alguna droga, se le doblaban las rodillas. Le dio una bofetada, pero no consiguió nada. Entonces la golpeó a ciegas con una ira cada vez mayor.

La muchacha no advertía el dolor, ni siquiera cuando él la golpeaba en la vagina. Abrió los párpados un instante, pero seguía sin reaccionar.

En ese momento aquella cruel escena se volvió repugnante. Al distinguir el perfil del hombre que tan violentamente se comportaba con ella, Daniela tuvo una reacción automática. Fue un instinto de defensa y al mismo tiempo de obediencia ante sus órdenes tiránicas. Abrió la boca bajo las piernas abiertas del hombre. Sus labios carnosos y con el carmín corrido formaron un círculo obscuro y estático por el que apareció la lengua, que después se aflojó sobre los dientes.

El invasor miró la boca abierta dubitativo; después se bajó la bragueta y, obedeciendo también él a un reflejo condicionado —no de desesperación, sino de brutalidad— se sacó el miembro y se lo hundió. La náusea me hizo salir de allí con un vacío en la mente. Me encontré en la cocina, en frente del lavadero. Por la ventana que había detrás de mí entraba una luz helada que caía sobre el cuchillo que yo había separado antes del resto de los cuchillos de hojas anchas.

El cuchillo estaba allí, al alcance de mi mano. El grifo goteaba rítmicamente, pero yo no comprendía si aquel ritmo expresaba inercia o impaciencia. Lo empuñé cuando oí que el invasor se había metido dentro del cuarto de baño. Era como si lo viera orinar, desnudo y pensativo. Después le oí volver a entrar rápidamente en el dormitorio y cerrar de un portazo. Dejé de considerar como algo absurdo la idea de matar a un hombre...

Yo también volví a entrar en el dormitorio y, poniéndole al joven el cuchillo en el cuello, le dije serenamente:

—Si no te vas, te mato.

No me di cuenta de que movía la hoja del cuchillo en su carne. Un hilo de sangre descendió a lo largo del hombro de aquel joven a quien yo consideraba menos que un despreciable gusano. Él hubiera podido reaccionar, pues era más ágil y fuerte que yo; pero eso no me preocupaba, al contrario, me excitaba la idea de que lo hiciera. Sin embargo, descubrí que los ídolos de las *Mujeres Doradas* son unos cobardes cuyo miedo también tiene obtusas erecciones. El invasor huyó. Y yo volví a tapar con las

mantas el cuerpo de Daniela, que, esbozando una sonrisa de agradecimiento, volvió a dormirse.

...

... Y había otras. Yo las llamaba *Mujeres Doradas* y ellas se reían porque no sabían lo que significaba esa palabra.

A la desolación que sentía por mi soledad se unía el desprecio. Permitía que vinieran a mi casa normalmente hacia el amanecer, cuando salían de los locales, sólo por darme el gusto de mirarlas de arriba a abajo, de despreciarlas, de verlas reaccionar, de sentir piedad hacia ellas. Eran unas pobres atolondradas. Esparcían sus ropas por la habitación y lo curioseaban y lo desordenaban todo. Hablaban sin parar de sus búsquedas, de sus experiencias, de sus derrotas, de su delirio. Yo era un experto en hacerles creer que las escuchaba. El Eros, para ellas, era un campo de batalla o un lago helado donde había que hacer obligadas piruetas.

Que las hicieran. Que pusieran mi casa del revés como un guante. Era una forma como cualquier otra de exorcizar el vacío, la obsesión. Daba igual, volvería a ponerlo todo en orden. No sabían que cuando tenían una relación sexual conmigo en realidad se unían con aquellas paredes, con aquellos techos, con todas aquellas cosas tan inmersas en la desolación como el propio hombre sobre el cual ellas dirigían sus escrutadores ojos de entomólogas, gratificadas simplemente por una anatomía. Para provocar mi morboso interés se atribuían perversiones, mientras fumaban y trazaban con la brasa de sus cigarrillos caprichosos dibujos en la oscuridad. Me contaban que, para tratar de satisfacerse, se sometían a las experiencias más humillantes. Y de aquel furor uterino que tantas obsesiones les procuraba, surgían anécdotas de un sarcasmo feroz acerca de los miedos de ciertos hombres o sobre el exasperado narcisismo de otros.

Se iban en pleno día. Desde la cama, las veía vestirse de nuevo. Un beso y adiós. Volvía a pertenecer a mi soledad. Vaciaba los ceniceros y cambiaba las sábanas y la funda de la almohada, empapadas de sudor y de nuestros respectivos líquidos. Muchas de ellas se dejaban el encendedor, las pulseras, los pendientes, las gafas de sol. Si volvía a tumbarme, era por el placer que me producía encenderme un cigarrillo con aquellos encendedores y ponerme unas gafas que no me pertenecían.

Apoyaba en mi nariz la forma de mirar la realidad de esos ojos a los que había visto hacía sólo un momento escrutar una anatomía como si eso fuera el único fin de sus vidas.

Adiós a mi amiga A. B.

Es una tarde como cualquier otra en la misma Roma de siempre.

Pero una luz crepuscular, más humana que los hombres y las cosas, surge para separar el día de la noche y, en esa hora mágica, el espacio que nos rodea se llena de presencias por las que se producen misteriosos fenómenos.

Conseguimos oír el silencio, fundamental para la verdadera comunicación, en medio de las voces de la gente y del ruido de la ciudad, y dentro de él un resplandor natural semejante a una respiración.

Respiramos profundamente ese «algo» nuestro que hasta ahora nos hemos intercambiado.

Le ruego:

—Apaga la luz para que la oscuridad sea completa. No quiero ver cómo te vas. No quiero ver siquiera tu sombra bajo el titilar de esa estrella que, desde fuera de la ventana, parece mirarnos curiosa e inquieta en medio de la serenidad de la noche... Hemos hablado durante mucho tiempo, me he confesado contigo como si formaras parte de mí, como si fueras un reflejo mío... Desaparece así, con la luz apagada, como han ido desapareciendo en mí muchas esperanzas.

—El destino, a pesar de todas sus vueltas, se ha portado muy bien contigo.

—El tiempo pasa tan deprisa, amiga mía...

—Ah, sí. El tiempo.

—Cuando salgas de aquí, envíame un saludo desde lejos. Grita mi nombre con la misma claridad con la que me has hablado y te he hablado. Aléjate como una de aquellas voces claras que se oían en medio del silencio de la campiña de mi Emilia, cuando yo era un muchacho y preguntaba a las nubes que se extendían sobre los pasos perdidos de las parejas de amantes mientras éstos se escondían en los recodos, cuajados de morales, de los senderos.

—Tranquilízate, todo irá bien.

—Hay momentos en los que siento el mismo terror que debe sentir una mangosta cercada por una cobra.

La luz se apaga sobre el hermoso perfil de A. B.

Ha sido como una de esas aves de paso que hacen un alto en mi terraza, desde la que se divisa toda Roma, en sus viajes hacia tierras misteriosas, dejando en mi casa un poco de su misterio.

—Te agradezco —le digo— la delicadeza con la que me has ayudado a poner en orden mis deseos, mis recuerdos, los actos en los que he seguido implicándome...

En la oscuridad, una caricia me roza. La puerta se cierra suavemente.

«Qué cruel puede ser», pienso, «la felicidad del agradecimiento cuando sabes que una mujer se ha merecido la fuerza de tu recuerdo para siempre».

Fragmento feliz

El Eros es también un fragmento de la memoria que te asalta cuando menos te lo esperas mientras caminas una mañana acompañado de tu soledad por el misterio de una callejuela. Vuelves a oír la frase de una mujer a la que amaste. Te parece que da un sentido a los días perdidos de toda una vida:

«... has sido el primer hombre con el que me he sentido mujer. Haciendo el amor contigo, ha cesado el atormentador conflicto, entre atracción y dificultad de relajarme, en el que me debatía cuando estaba con otros hombres. He podido implicarme, por fin, en el sentimiento del acto sexual, dominarlo y descubrir que, si uno llega a controlarlo, sirve de preparación para el sentimiento absoluto.

»Sólo con que me dijeras “desnúdate”, recibía un mensaje erótico que se traducía en serena complicidad, y esa invitación abría en mí las puertas de una intimidad que, por lo general, con los hombres con quienes antes había estado, se atrincheraba...».

Las Putas...

Todo parece tan sereno y tranquilo: el solecillo que acaricia las esquinas de las casas, los pájaros que alborotan en las copas de los árboles..., que hasta el silbido indolente que sale de una puertecita que se halla junto al portalón central de la cárcel parece estar en sintonía con todo lo demás. De la persona a la que espero distingo en primer lugar dos manos que protegen la llama de un encendedor, después una cabeza que se oculta bajo esas mismas manos para encender un cigarrillo y, por último, una figura que, por su forma de moverse, sólo puede ser la suya: la del Sultán.

Mientras lanza la primera bocanada de humo, Mario, al que apodan el Sultán, da alegremente los buenos días a los guardias de la cárcel (está cumpliendo una condena de tres años, pero, al encontrarse al final de la misma, puede salir durante el día). Viene hacia mi coche y, después de rodearlo, se detiene, protegido de las miradas, junto a la ventanilla abierta. Lo conocí hace algunos años cuando yo trabajaba en la sección de sucesos del *Messaggero*.

Fue el último gran empresario de la prostitución romana.

Ha querido verme, hablar conmigo. Las prostitutas —él las llama sus Damas de Compañía, sus Favoritas— están volviendo a adquirir popularidad en las páginas de sucesos, que se han convertido en un pozo sin fondo en el que cabe cualquier pretexto de escándalo, aunque sea falso, patético. Durante estos últimos días ha estado en cartel una película que incluso ha sido presentada en el Festival de Cannes: *Las putas*. Se vuelve a hablar de la reapertura de las Casas del Amor. El Sultán me ha leído las declaraciones del prestigioso escritor Naipaul: «Yo tenía una tremenda e insatisfecha sed sexual. Quería aprender el arte físico de la seducción. He sido un gran cliente de putas».

Vidiadhur Naipaul, angloindio, varias veces candidato al premio Nobel, fue famoso hasta ayer por su huraña reserva y por la intolerancia con la que rechazaba la curiosidad de los periodistas que trataban de adueñarse de su vida privada. Por eso, su confesión, realizada durante una entrevista concedida al *New Yorker*, ha dado mucho que hablar y ha aparecido en las primeras páginas de los periódicos.

El Sultán, que tiene cara de garduña, tira el cigarrillo:

—Demasiada expectación. Todos hablan por hablar... Aunque se me encoja el corazón, le diré una cosa: mi mundo está acabado a causa de las esclavas clandestinas. Ocurre lo mismo que con la ópera, que sólo sobrevive gracias a algún que otro efecto escénico. —Y para reforzar lo que acaba de decir, cita su ópera preferida—: Amigo mío, *la fuggevol ora non si inebria più a voluttà*^[27]!

Se apoya con el codo en la ventanilla y me mira a los ojos mientras afirma que, en cualquier caso, las putas de la calle y de burdel son mil veces más dignas que las que yo defino como *Mujeres-Mecano*, que se entregan a todos, que pasan de un hombre a otro, que traicionan, perfectamente protegidas y en secreto, consiguiendo mantener las apariencias de su estatus social.

—... Arrasan, están expandiéndose como una mancha de aceite. Son nuestra auténtica competencia, amigo mío. No los *viados*^[28] ni los travestís, que al menos arriesgan la vida. Pero éstas ¿qué arriesgan? No arriesgan ni siquiera su conciencia. Para ellas, la conciencia no existe.

Nos despedimos haciendo un gesto con la cabeza. El Sultán se echa a andar, vuelve a silbar, se detiene, se vuelve:

—Eh, amigo, ¿has vuelto alguna vez a la Casa del Sultán?

Fue su último burdel, el más «prestigioso» de todos los que dirigió. Lo consideraba como su palacio, como su *Maison Dorée*^[29], y en ella se reflejaba su sorprendente y extravagante fantasía, pues, a su manera, fue un obsceno creador.

...

La Casa del Sultán. El palacete, hoy desierto y en ruinas, tuvo mucha fama como «lugar de placer».

Voy allí con M., una jovencita inteligente y llena de curiosidad que siente una gran fascinación por las fábulas reales y carnales. Ha insistido en venir. M. muestra su entusiasmo mientras nos adentramos en el patio invadido por las malas hierbas. El lugar recuerda un poco a un gineceo, un poco a un cuartel. Anochece. El último sol llueve en el pórtico.

Las flores azules que bordean el pórtico de la izquierda tienen forma de margaritas; no me sorprende, porque allí, en una butaquita de mimbre, solía sentarse Inés Bartoli, a quien llamaban la Morena de las Ninfas, no sólo por su aspecto de hispano-mantuana, sino también porque se tiró tres veces al río a causa de una depresión nerviosa en la que caía con la llegada de la primavera. Y ninguna de esas tres veces se había ahogado, porque las ramas, milagrosamente, la habían asido por la ropa mientras las ninfas gigantes que la rodeaban le habían hecho comprender a tiempo que el mundo no puede ser tan feo si perfuma así.

Subimos la Escalinata de los Escritos. También tiene los peldaños destrozados. La humedad hace que las paredes exhalen un olor a manzanas podridas. Pero en ellas todavía pueden leerse algunas frases escritas por los clientes más inspirados, que — explico a la chica— se dividían en varias categorías: los mirones, los cotorras, es decir, los charlatanes, los nostálgicos, los blandengues y apasionados, y, por último, los proyectistas, es decir, los desviados sexuales.

Me impresiona encontrar frases de personajes célebres: «El momento más bello del amor es cuando se suben las escaleras». Y un poco más arriba: «Entra aquí, amigo

de mi corazón». ¿Quiénes de ellos habrían leído a Clemenceau o a Stendhal?

Nos dirigimos hacia las *habitaciones*. En ellas reina el polvo que, a pesar de haberlo cubierto todo, ha tenido una especie de sorprendente pudor a la hora de depositarse, una especie de respeto en su manera de envolver las formas. Un polvo, podría decirse, que manifiesta el gusto del tiempo que lo ha creado. Bajo la escasa luz que entra por los postigos entornados los matices del polvo varían, formando pequeños lagos de color aquí y allá, como las hojas y las flores secretas de una vegetación jamás profanada. Recortado sobre ese rayo de luz, el perfil de M. resulta conmovedor.

Antes de entrar y de abrir las ventanas, le digo:

—Podríamos jugar a una cosa...

—¿A qué?

—Verás, tu podrías identificarte con cada una de las mujeres de las que ahora te hablaré, con sus humillaciones y fantasías. Y yo podría ser, cada vez, tu rendido cliente.

Se lo propongo como una broma, pero contiene un sentimiento de despedida que M. no capta; a su edad es imposible. Sin embargo, se siente turbada y al mismo tiempo divertida por el juego.

El primer cuarto hospedó a Maddalena, a la que todos llamaban «*E lucean le stelle*»^[30]. Su orgullo eran dos tetas de ama de cría, dos volcanes de leche. De jovencita se había dedicado a recorrer los campos, de caserío en caserío, buscando criaturas apenas paridas. Después había pasado a ocuparse de los adultos convencida de que el recién nacido no crece nunca en el corazón de un hombre; y, como ama de cría, era capaz de satisfacer en una sola jornada a toda una compañía de *bersaglieri*, que se quitaban el sombrero de plumas, se ovillaban sobre sus rodillas, como el niño de la *Tempesta* de Giorgione, y, mientras mamaban, repetían: «A la guerra no quiero ir...».

Al entrar y ver resplandecer la blancura de aquellos senos, hinchados de vías lácteas, los clientes canturreaban: «*E lucean le stelle*».

La joven M. ha hecho de Magdalena para mí.

La segunda cámara hospedó *A t'è capì?*, Virginia Morí, emiliana, que al final de sus relaciones preguntaba a sus clientes: «¿Has entendido?». «¿Es que hay algo que entender?», contestaban ellos mientras se ponían los pantalones. Pero como ella hacía esa pregunta con dos ojos de pajarita de las nieves, todos eran presa de la duda y se quedaban con los pantalones en la mano pensando y mirando *A t'è capì?*, quien, a su vez, con su majestuoso cuerpo ya inclinado sobre la palangana, pensaba: «¿Habrás realmente algo que entender en estas cuatro cochinas que he hecho?».

Tuvo que intervenir el Sultán:

—Debes dejar de hacer esa pregunta, Virginia, porque aquí se viene para todo lo contrario, para no entender, ¿de acuerdo?

—Está bien, he entendido —respondía *A t'è capì?*

—Lo entenderemos, Virginia, un día lo entenderemos para que te pongas contenta.

Como lo que es, o sea, una chiquilla, M. me insinúa:

—Yo he entendido lo que tratas de decirme.

Acariciándole la cabeza y con una sonrisa amarga que realmente no puede entender, le contesto:

—Quizá...

A continuación vienen las habitaciones llamadas «De las Romanitas», porque en cada una de ellas había una joven romana con un pasado muy especial, que, a la hora de hacer el amor, aportaba algo más, algo distinto de lo habitual.

Entramos en la habitación de Laura, a la que todo el mundo llamaba «*Dove il dente duole*»^[31], tanto por los dolores que habían marcado su vida, como por la especialidad que la distinguía. La forma en que deslizaba su lengua entre los labios denotaba el hambre que había sufrido. Su madre, la madre de su madre y todas las madres de sus madres habían sacado la lengua al ver la comida con el mismo asombro inicial, y después con la misma avidez con que ahora la sacaba Laura cuando veía un sexo, tanto masculino como femenino. Como la Romanita conocía todas las crueldades de la existencia, su lengua sabía tocar justo donde el diente simbólico de la sensibilidad dolía a sus amantes, y a todos los despedía aliviados, para después retirarse resignadamente a sufrir el dolor de su propio diente, un dolor que nadie podía mitigar.

... Y la joven M. imita a Laura.

En esta habitación se hospedaba Lidia, a quien todos llamaban «El faro en el desolado mar». Era una Romanita cuyo cuerpo, demasiado flaco, carecía aparentemente de encantos. Parecía que no tuviera nada especial que exhibir. De hecho, quien no la conocía y la veía envuelta en su bata de color lila, se preguntaba qué hacía aquella mujer en la casa del Sultán.

Sin embargo, situado en el fondo de un vientre descamado, su sexo, el faro, brillaba con todo su esplendor, como el inesperado surtidor de luz que vuelve a iluminar el corazón de los naufragos en medio del desolado mar. Dignificaba todas las demás partes de su cuerpo con una especie de magia y demostraba que el cuerpo posee un lenguaje propio que debe ser conocido y educado.

... También M. tiene un sexo magnífico.

Y ésta es la habitación de Pupa, a la que todos llamaban «La Hermanita». Con los cabellos rubísimos y un aire estático en el rostro esperaba sentada en un escabel oculta en la semipenumbra. Cuando uno la descubría, parecía una imagen soñada de la infancia. Tenía una sonrisa ambigua en los labios perfectamente dibujados y un presagio en la mirada: eran los mismos ojos que tienen en las fotografías los niños que después han muerto. Y, a decir verdad, el corazón de Pupa había muerto cuando, siendo todavía una niña, había sido brutalmente violada. No vacilaba, pues, en satisfacer a la hez, pero sin dejar de soñar siempre con una primicia.

A veces las criadas y el mismo Sultán debían acudir corriendo asustados por los gritos que salían de su cuerpo endemoniado, conformado, no obstante, para los juegos infantiles. Cuando el día despuntaba, las sábanas y los almohadones de su lecho aparecían tirados por el suelo de la habitación, junto a objetos destruidos, silloncitos volcados y extraños instrumentos manchados de sangre.

... M. ha comprendido: esta es la infancia, medio Hermanita y medio diabólica, que todos llevamos en nuestro interior cuando se insinúa en ella la serpiente venenosa de la violencia.

Y, por último, estaba Clizia, a la que todos llamaban «El Piquituerto». Algunos clientes la poseían excitándose con la idea de que, como se decía, tuviera relaciones incluso con los animales. De hecho las tenía, pero en el sentido contrario al que ellos suponían. La Romanita consideraba que los hombres son animales pero sin el encanto de éstos. Según ella, los animales estaban más cerca de Dios y, como creía en El, dedicaba a los animales lo mejor de sí misma, aquella piltrafa de alma que aún conservaba.

El amor más apasionado lo había sentido por un piquituerto, el príncipe de las aves nómadas. Pero un día el piquituerto había volado para siempre. Dando brincos sobre un tejado en una hermosa puesta de sol se había encontrado con una hembra de su especie; y los dos habían sentido un pálpito. Realmente había sido un capricho de Dios que aquellos dos piquituertos de diferente sexo se encontraran sobre las tejas de una ciudad que se hallaba tan lejana de sus bosques, pero en la que el sol calentaba con la misma languidez que en su remota tierra natal.

Se habían enamorado locamente y habían tratado de regresar a su patria perdida.

... Nos asomamos a la ventana. Sobre los tejados romanos brilla la luna llena.

M. dice:

—Que la fantasía nos salve y nos guíe.

Hay visitas obligadas antes de hacer el balance final...

Regreso a la pensión romana de Vía Valadier.

En ella pasé los dos años más duros de mi vida, cuando, nada más llegar a Roma, trabajé en la sección de sucesos del *Messaggero*.

Pido una habitación. La patrona sigue siendo Emma Allegri, una mujer nacida en el valle del Po, en Sermide para más señas. Los años parecen no haber pasado por ella. Me reconoce enseguida y me saluda alegremente; me dice que me ve en la televisión y que lee mis libros (obviamente no es verdad, pues sus lecturas se limitan a sus denuncias a la Policía y a las que otras personas ponen contra ella acusándola de usar la pensión para actividades ilícitas). Está feliz de que haya vuelto a visitarla; a «residir unos días» en su casa, según una expresión suya, aunque sólo sea por una noche.

«Resido». No ha cambiado nada.

Para construir la pensión, la patrona levantó tabiques en las habitaciones demasiado grandes, tanto como las de las antiguas casas del barrio de Ai Prati^[32]. Y en los compartimentos así creados, pasaban y pasan unas horas parejas por lo general ilegítimas, clandestinas, a las cuales se sumaban otras parejas en viaje de novios que no tenían dinero para pagar un lugar más decente.

La pensión también era utilizada como casa de citas mercenarias por las «Bellas de día»: mujeres «legales» de profesionales, estudiantes jovencísimas, secretarias de despachos de abogados y notarios. Es inimaginable lo que pueden hacer en la clandestinidad ciertas mujeres que, aparentemente, llevan una vida irreprochable.

Por esa razón, Emma Allegri había tenido, y sigue teniendo, bastantes problemas con la Justicia.

Sólo había un huésped cuya única compañía clandestina, y tal vez ilegítima, era la de sus imaginaciones, y ese huésped era yo. Yo lo sabía todo sobre aquellas parejas. Tomaba nota de las costumbres y de las prácticas íntimas de aquel muestrario humano con una facilidad de la que yo mismo era el primero en sorprenderme. Volvía del periódico a altas horas de la noche, trayendo conmigo el olor a crimen de los sórdidos lugares adonde había tenido que ir para investigar sobre los asesinatos, suicidios y peleas sangrientas. Era el olor de la sangre y de la miseria más extrema. Cuando salía de mi habitación a las sombras del pasillo, era como si me sintiera purificado y volviera a recuperar el deseo de vivir.

Me adentraba entre amores desenfrenados, difíciles, enfermizos; el pasillo

serpenteaba en medio de mujeres que habían huido o que habían sido expulsadas de sus casas, que eran perseguidas o que perseguían evadirse, y de hombres que las poseían con una brutal vulgaridad, las ilusionaban con vanas esperanzas y, en general, las maltrataban.

¿Por qué vivía yo en la Pensión Valadier? La excusa que me ponía a mí mismo era que la patrona me cobraba un alquiler irrisorio y que su extravagancia me gustaba (Sermide, la ciudad donde ella había nacido, es conocida por su industria de relojes de pared: uno de ellos atronaba en el comedor, con las agujas detenidas en dirección al techo, como para mostrar que el amor clandestino no conoce el tiempo). En realidad encontraba estimulante sentirme implicado en aquel ir y venir de gente y, al mismo tiempo, sentirme ajeno a él.

Repito: todo está como antes. También esta noche.

Cuando uno de los amantes va al cuarto de baño y deja la puerta de la habitación entreabierta, distingo cuerpos de mujeres que esperan, o bien hombres que fuman con la mirada perdida. Conozco los ritos de los que forman parte los gritos femeninos, los azotes en las nalgas, las ahogadas blasfemias.

Observo, escucho, como cuando imaginaba por primera vez a quienes se perdían en el laberinto del Eros que no existe buscándolo angustiosamente en vano. En ciertos casos la imaginación no servía. ¿Cómo hubiera podido cambiar con la fantasía la realidad que había detrás de aquellas puertas marcadas con el número cinco, siete o nueve? En esta última, un hombre de unos cincuenta años, calvo, receloso incluso cuando estaba sentado a la mesa del comedor o delante del televisor, se ensañaba con su compañera, que lloraba sin cesar. La asía por los cabellos y la golpeaba contra la pared. La obligaba violentamente a repetir para él los actos y las posturas de ciertas fotos pornográficas. Y, al otro lado de la puerta, se oía claramente una y otra vez la expresión «¡Perra!».

Giro hacia el fondo. Sigue habiendo un solo baño. Una bombilla expande una blancura helada sobre las losetas corroídas. Apago la luz, dejo la puerta entreabierta y me siento en el borde de la bañera. En la claridad de una ventana que da a un patio interior el corazón comienza a batirme entre expectante y alarmado. Desde mi habitación he oído a las mujeres entrar en el cuarto de baño para ducharse o lavarse en el bidé. Quizás espere su llegada, o quizá no. Simplemente espero.

Los hombres entran siempre con el miembro escondido. El que no va en pantalones de pijama o en calzoncillos, lleva una toalla en la cintura. Encienden la luz y, al verme, se disculpan y vuelven sobre sus pasos. Con sus amantes es diferente. Muy pocas se preocupan de cubrirse. Cuentan con la rapidez con que pueden llegar al baño, además de con la complicidad carnal de las demás huéspedes de la pensión, implicadas en la misma situación. Algunas se asoman desnudas. Al descubrirme sus cabezas se alzan de pronto, pero al desconcierto sigue una imperceptible complicidad.

Al contrario de los hombres, no dan enseguida marcha atrás. Leo en sus ojos esa experta malicia que tienen ciertas mujeres a la hora de inventar subterfugios y falsos

equivocos, con la convicción de que en todas partes existen hombres con mala fe y la inocencia es un descuido. Observo pechos sudados; sexos donde me imagino las penetraciones sufridas hace apenas un momento; pies descalzos o calzados con zapatillas o zapatos de tacón. Algunas aparecen muy pálidas; otras, enrojecidas; otras, con cardenales y arañazos. Pasan de la petulancia y de la viciosa vitalidad a la frustración. Este contraste, tan frecuente en las amantes clandestinas, se refleja en sus ojos, que pueden brillar perversamente o tener un fulgor cercano a las lágrimas, en sus labios exangües o con el carmín deshecho, en la forma de sus hombros...

He vuelto a la Pensión Valadier porque, aquí, mi curiosidad sufrió violentos altibajos y se vio sometida a las más duras pruebas.

...

La vida tiene valor por sus reveses.

No podía, antes de concluir, dejar de ir a mi tierra para ver a mi madre. Ya he dicho en otras ocasiones que he sido muy afortunado en tener una madre con un humor tan fino. Nos sentamos el uno enfrente del otro y ella me dice: «¿Qué tal?». Da igual que vuelva después de dos días o después de diez años, porque ella siempre exclama: «¿Qué tal?», pone la mesa y continúa la conversación interrumpida:

—¿De qué hablábamos la última vez?

Yo me acuerdo y ella también. Y de ese modo seguimos hablando de lo que hablábamos la última vez; pero, como el mundo va demasiado deprisa, quizás habláramos de alguien que estaba vivo y ahora está muerto, pero da igual, lo único que nos importa es que no haya muerto el hilo de nuestra conversación.

La última vez hablamos de las mujeres «pilluelas», una expresión suya para referirse a las mujeres que se exhibían en los circos, que aquí, como en cualquier otro lugar, van desapareciendo mientras que cada vez son más los bufones y los inventores de trucos que deambulan por las calles de la civilización. Y es una lástima, porque los circos de esta zona eran fabulosos, como las mil y una noches; tanto es así, que el circo que en *Cien años de soledad* llega a Macondo, se inspira en uno que llegó realmente de Po a aquellas tierras; y quien no se lo crea que pregunte al autor.

Mi madre vuelve a hablarme de la Pizzi, que en el Circo Ecuestre Alibrandi salía de pie sobre un caballito blanco y, sin caerse nunca, iba quitándose la ropa y lanzándola aquí y allá como si fueran alas. Parecía un ángel y sigue pareciéndolo todavía, en el manicomio de Colorno, donde es la alegría de los otros locos, que comienzan el día viendo a la Pizzi vestida de amazona y sacudiendo la fusta. Después la ropa de amazona comienza a volar y todos aplauden contentos de que ese día también haya espectáculo...

Llega un momento en que mi madre pasa a las confidencias:

—¿Sabes que no me han olvidado?

Sé a qué se refiere, pero ella siempre vuelve a explicármelo:

—Los amantes que hubiera podido tener. Todavía hay uno que me trae ramos de flores y me hace comprender que vivir esperando ha sido su forma de no perder la juventud, y que seguirá esperando hasta que le llegue el final.

Me confía también que aún conserva lo que ella llama el «Libro de los colores», un diario sin palabras escritas, en el cual al final de cada día que pasa pone un signo de color para recordar si ha sido feliz o no.

—Adiós, madre —le digo.

Primeros amores

No sé por qué razón, cuando se hace el balance de toda una vida, te vienen a la memoria ciertos amores primeros que habías olvidado por completo.

En el río donde nací los inviernos eran larguísimos. Y yo, a mis catorce años, me sentía feliz de que aquel invierno fuera más largo que los otros, porque me aventuraba en la niebla y en el hielo e iba a espiar a Zelia por detrás de los cristales de su casa. Los cristales estaban llenos de carámbanos y sólo a través de las rendijas que había entre ellos podía ver el interior. El hielo formaba una unidad con mi fantasía, pero, paradójicamente tenía el poder de avivarla.

Zelia se movía por la cocina y, cuando pasaba por delante de la luz, yo podía ver los rasgos de su rostro bellísimo y algunos detalles de su cuerpo: la boca, los ojos, las manos, los cabellos, que emitían una luminosidad dorada. Me enamoré de aquellos detalles, mientras que el resto de su cuerpo permanecía invisible: inmerso en mi imaginación erraba sin límites, como la vastedad del invierno.

Recuerdo cómo, detrás de mí, caía de pronto la nieve de las ramas de los árboles produciendo un rumor sordo. Y yo me sobresaltaba, casi como si el padre de Zelia, un excarabinieri, me hubiera sorprendido agazapado tras los cristales.

No fantaseaba sólo con el rostro y el cuerpo de la muchacha. El resplandor de una bombilla, del fuego en la chimenea, el centelleo de los vasos sobre el mantel, me producían una emoción cuyas razones no hubiera sabido explicar. Después el invierno llegó a su fin y el sol comenzó a llover de las ramas, a deshacer el hielo. Día a día, las rendijas de los cristales iban ensanchándose lentamente ante mis ojos, a pesar de mis ruegos para que la primavera no llegara tan deprisa.

Pero el sol estaba impaciente, y la cocina, que cada vez se veía mejor, se presentaba muy diferente ante mis ojos, como una de esas desoladas tiendecitas donde no se sabe muy bien qué venden. Los rayos de luz cesaban de tener un halo maravilloso y me recordaban a esos farolillos que, situados junto a las sagradas imágenes murales desconchadas por el tiempo, hacen que las vírgenes y los cristos parezcan mustios y fuera de lugar.

Un día seguí a Zelia a escondidas a lo largo de un sendero que bordeaba el río. La había visto aparecer contra la intensa luminosidad que se alzaba de las aguas, rodeada por bandadas de golondrinas y becasadas que anunciaban la llegada del buen tiempo. Llegamos al puente llamado «Passo», consistente en unas planchas de hierro sobre las que había que caminar con mucho cuidado, pues se hallaban suspendidas sobre un barranco que producía vértigo.

En ese momento me di cuenta de que Zelia era coja.

Los tacones de sus zapatos resonaban sobre las planchas con una desarmonía que, al seguir caminando, se fundió con el sobresaltado latir de mi corazón, con el encabalgarse de mis pensamientos que eran como puñaladas en mi mente, de la que huía el sueño. Zelia, a causa de su inseguridad, se imponía a sí misma no mirar hacia abajo, hacia el barranco.

Sin embargo, al llegar a la mitad del puente se sintió presa del vértigo y tuve que correr hacia ella para sujetarla. En aquel momento, cuando la así del brazo y sus ojos se reflejaron por primera vez en los míos, fue cuando descubrí que también existe el Eros de la piedad.

Y así, a la luz de las cosas que inevitablemente llegan a su fin...

Era un joven al que llamaban Uebi, porque se decía que había nacido en Etiopía, de padres italianos. Se pasaba los días sentado delante de su choza, donde vivía solo, cerca del mar, escuchando el sonido de las olas, respirando los olores, para poder imaginárselo. Era ciego de nacimiento e increíblemente bello.

Las muchachas, movidas por el deseo de entregarse a Uebi, trepaban por el peñón por el que se llegaba hasta su choza. Pero cuando se encontraban frente a su majestuosa y ciega cabeza, que miraba una realidad imaginaria donde la realidad terrena se disolvía hasta anularse, tenían la sensación de que también sus cuerpos, allí detenidos, se disolvían bajo los tentadores vestidos que se habían puesto, como si Uebi hubiera podido admirarlos. Entonces se iban corriendo.

Entre ellas hacían apuestas estúpidas sobre quién conseguiría adentrarse en el patio y superar el límite invisible para hacerse poseer por Uebi, cuyo rostro, si se observaba bien, sólo expresaba una infinita dulzura. Pero ni siquiera Carmen de Goro, que además de ser bellísima era una desvergonzada, lo consiguió. Un día la vieron deslizarse por la roca sollozando y haciéndose sangre en las manos con las espinas de las zarzas.

Y hacían escenificaciones. Las jóvenes, para vengarse no tanto de Uebi como de la extraña turbación que les producía, compuesta de atracción y miedo, llevaban a sus amantes hacia la choza y se detenían unos metros antes de llegar al confín del reino de Uebi. Sabían que, aunque el joven no tuviera vista, poseía un oído finísimo. De modo que les decían: «¡Hagamos el amor aquí!». Sus amantes aceptaban, ya fuera porque era una condición para poseerlas, ya fuera porque se sentían más fuertes que nunca delante de un hombre que no podía ver y que ni siquiera era capaz de dar un paso en firme.

Las muchachas jadeaban, gritaban. Miraban el límite de la nada y, en aquella esquina del patio, hacían de sus abrazos un carnaval...

Pregunto a la muchacha que está contándome este episodio y a la que tengo en gran estima:

—¿Y tú?

—Yo llegué ante Uebi y pasé el límite con una gran serenidad.

—¿Y qué ocurrió?

—Uebi comenzó a acariciarme la frente, del mismo modo que me la has acariciado tú hace un momento. Me dejé desnudar y tocar, sabiendo que su

imaginación me poseía en cuanto yo la poseía a ella, dándole forma y deseo. Las manos de Uebi se movían sobre mi cuerpo, y cuando me dejé penetrar, aquella imaginación llegó al máximo. Por primera vez me sentí grande y dispensadora de grandeza.

Nos quedamos un momento en silencio.

—¿Por qué —sigo preguntándole— me has hablado de Uebi?

Leo la respuesta en sus ojos iluminados por una súbita emoción. ¿Debería considerar que mi vida amorosa era igual a la de Uebi, y que los otros, sobre todo las *otras*, se comportaban conmigo lo mismo que con él?

Ahora es ella quien me pregunta:

—¿Qué piensas hacer?

Pensando en mi futuro, desearía responderle: «Se me encoge el corazón»; pero, en cambio, le digo:

—Hay momentos en los que es necesario tener cuidado con los adioses, tanto cuando los das, como cuando los recibes.

Sobre todo cuando te das cuenta de que, no se sabe por qué estado de gracia, el mundo sigue ahí, distraído y sin memoria, conservando, a pesar de todas las peripecias, una sorprendente inocencia. Y, al verle hacer las cosas con tanto cuidado, te recuerda al viejo Maronti de Po, que cuando pintaba los jarrones, sacaba la punta de la lengua y sujetaba el pincel con pulso firme para que le saliera bien un punto de color azul.

En un momento como éste, en el que nada parece salirse de su cauce y todo se halla inmerso en una gran armonía, en el que hasta el eco del arenal parece responder con las mismas rimas a los gritos de los pájaros del río, es muy arriesgado acercarse al mundo por detrás y decirle adiós.

Podría ser que el mundo, como el viejo Maronti, se sobresaltara al pillarle desprevenido e hiciera un garabato con la punta del pincelito.

De modo que decido renunciar a decir adiós, porque además nunca se sabe lo que puede ocurrir y podría suceder que, al final, no fuera un verdadero adiós. Me subo al coche en medio de la oscuridad y, aprovechando que está cuesta abajo, lo pongo en movimiento sin encender el motor. Dejo que ruede en silencio en medio de la noche, produciendo apenas un rumor de grava.

El mundo no se da cuenta de nada. Con una excepción.

Al volverme, sorprendo un movimiento de la joven, de su sombra en la claridad de una de las habitaciones del segundo piso. Y comprendo, por ese pequeño movimiento, que sólo ella me ha oído partir y que se ha acercado rápidamente a la ventana para verme por última vez.

Notas

[1] Antonio Ligabue (Zurich, 1899-Reggio Emilia, 1965), autodidacta, fue el más conocido de los pintores naïfs italianos. (*N. de la T.*) <<

[2] Opera de Verdi. (*N. de la T.*). <<

[3] «La desazón de un amor infeliz... Yo también me sentí traicionado y desilusionado, no eres la única que has sido objeto de burla», frases tomadas de la ópera de Verdi. (*N. de la T.*). <<

[4] Fragmento de *La Traviata* de Verdi: «Todo es locura en el mundo / Excepto el placer. / Gocemos, fugaz y rápido / Es la alegría del amor / Es una flor que nace y muere, / ¡Y no puede volver a gozarse!». (N. de la T.) <<

[5] Los *Mirabilia Urbis Romae* son unas guías de Roma, escritas en la Edad Media, en las cuales se describen los monumentos paganos y cristianos de esta ciudad y se recogen tradiciones con frecuencia legendarias. (N. de la T.). <<

[6] El día 28 de abril de 1945 y, por orden del Comité Nacional de Liberación, Benito Mussolini y su amante Clara Petacci fueron colgados boca abajo en esta plaza de Milán. (*N. de la T.*). <<

[7] En dialecto pamesano en el original. (*N. de la T.*). <<

[8] Marca de cerámica. (*N. de la T.*). <<

[9] Centro de producción de mayólicas. (*N. de la T.*). <<

[10] Marido morganático de María Luisa de Austria. (*N. de la T.*). <<

[11] Típico traje austríaco. (*N. de la T.*). <<

[12] Famosa bailarina de la Viena de Metternich. (*N. de la T.*). <<

[13] Ciudad de Francia en la que existe una manufactura de tapices. (*N. de la T.*). <<

[14] En latín significa «pozo». En el texto es utilizado metafóricamente como «pozo de desvergüenzas sexuales». (*N. de la T.*). <<

[15] «¡Ella jamás me amó!... No, ese corazón se halla cerrado para mí...». (*N. de la T.*). <<

[16] Cementerio en el que se hallan enterrados más de cien mil caídos en la primera guerra mundial. Está situado en lo alto del monte Redipuglia, que, a su vez, se halla dentro del municipio de Fogliano di Monfalcone. (*N. de la T.*). <<

[17] En francés en el original. (*N. de la T.*). <<

[18] Obra de Schönberg. (*N. de las T.*) <<

[19] Pequeño ejército creado durante la República de Salò. Más o menos el equivalente a los actuales Marines. M. A. S.: Motonave Antisumergible. D'Annunzio tradujo poéticamente estas siglas como «Memento Audere Semper». (Acuérdate de atreverte siempre). (*N. de la T.*). <<

[20] Instrumento de ataque de los fascistas contra sus adversarios. (*N. de la T.*). <<

[21] Significa que cuando un hombre tiene la nariz larga, también tiene el miembro largo. (*N. de la T.*) <<

[22] Significa que si esa mujer pusiera en fila los miembros de todos los hombres con quienes ha mantenido relaciones sexuales, conseguiría llegar a la luna y azotarla con ellos. (*N. de la T.*) <<

[23] En el lenguaje periodístico y político, refiriéndose al escándalo de las «tangentes». (Dentro del marco de las relaciones entre Administración pública y empresas, suma de dinero entregada ilegalmente a cambio de la concesión de contratos o de favores y ventajas varias, ya sea como iniciativa individual, ya sea a través de intermediarios, como forma de financiación oculta de los partidos políticos). (*N. de la T.*). <<

[24] «Ahí está, alegre en el cielo», fragmento de un aria de *El barbero de Sevilla*. (N. de la T.). <<

[25] Referencia a la novela de G. Orwell *1984*. (*N. de la T.*). <<

[26] Referencia a la novela de Carlo Emilio Gadda titulada *El zafarrancho aquel de vía Merulana*. (N. de la T.). <<

[27] Se refiere a *La Traviata* de Verdi. «Amigo mío, ¡ya nunca podremos volver a recuperar aquel tiempo tan fugaz!». (N. de la T.) <<

[28] Travestis u homosexuales de origen brasileño que se dedican a la prostitución. (*N. de la T.*). <<

[29] En francés en el original. Se refiere a la Domus Aurea de Nerón. (*N. de la T.*). <<

[30] Fragmento de la ópera *Tosca*, de Puccini. (*N. de la T.*). <<

[31] Segunda parte del refrán italiano «*La lingua batte dove il dente duole*» (La lengua toca donde el diente duele). Significa que, así como la lengua toca involuntariamente el diente dolorido, los pensamientos o los discursos vuelven continuamente sobre los temas que más afligen. (*N. de la T.*) <<

[32] Barrio elegante de Roma. (*N. de la T.*). <<